Eliphas Levi

EL GRAN ARCANO DEL OCULTISMO REVELADO

1868



BIBLIOTECA UPASIKA
www.upasika.com

Eliphas Levi
(Abate Alfonso Luis Constant)

EL GRAN ARCANO DEL OCULTISMO REVELADO



Obra póstuma del autor, en la que, como eximio maestro y gran mago, descorre el velo que por siglos encubrió el gran secreto del Ocultismo, explicando a la luz de la ciencia y de la razón, todos los secretos y poderes de la alta y baja magia.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
EL MISTERIO REAL O EL ARTE DE GOBERNAR LAS FUERZAS

SEGUNDA PARTE
EL MISTERIO SACERDOTAL O EL ARTE DE HACERSE SERVIR POR LOS ESPÍRITUS

APÉNDICE

TESTAMENTO DEL AUTOR

Esta obra es el testamento del autor; es el más importante y el último de sus libros sobre la ciencia oculta. Está dividida en dos partes:

PRIMERA PARTE

El misterio real o el arte de hacerse servir por las fuerzas.

SEGUNDA PARTE

El misterio sacerdotal o el arte de hacerse servir por los espíritus.

Este libro no tiene necesidad de presentación ni de prefacio; las obras precedentes del autor pueden servirle ampliamente de prefacio y de introducción.

En él está la última palabra del Ocultismo y fue escrito con la mayor claridad posible.

¿Puede y debe ser publicado este libro?. Lo ignoramos al escribirlo; pero juzgamos que podíamos y debíamos hacerlo.

Si aún existen verdaderos iniciados en él mundo, es para ellos que escribimos y es sólo a ellos a quien corresponde juzgarnos.

ELIPHAS LEVI
(Abate Alfonso Luis Constant)

Septiembre de 1868

ELIPHAS LEVI

El Abate Alfonso Luis Constant, que bajo el seudónimo de Eliphas Levi se destacó como Gran Mago y Cabalista en el siglo pasado, nació en París el 8 de febrero de 1810 y falleció en la misma ciudad el 31 de mayo de 1875.

Por sus biógrafos sabemos que este maestro fue, antes que todo, un artista delicado y que sólo después de haber presentido el culto de lo bello, obedeciendo al impulso de su alma generosa sedienta de bien, ingresó, ardiente de piedad y fe, a la Orden de San Francisco, en la que recibió órdenes sacerdotales. Las doctrinas sociales del Cristo lo subyugan, lo arrastran, quiere ser un nuevo apóstol que ha de llevar fuera de los muros del convento la savia vivificante del amor, la justicia y la verdad, aspiración que ve realizarse en 1839, año en que es separado de la Orden Franciscana.

Disponiendo del inmenso caudal que le brindaban los numerosos manuscritos y viejos libros de la biblioteca de su convento, se había dedicado de lleno al estudio de lo oculto, adquiriendo así los vastísimos conocimientos que con tanta sabiduría y habilidad expone en sus obras.

Con el tesoro de conocimientos adquiridos en los años de vida conventual, dedicados a su ministerio y al estudio, se lanzó en busca de lo desconocido, se le abrieron las puertas de las Sociedades Iniciáticas de Oriente y de Occidente, y le fueron conferidas altas iniciaciones. El Iluminismo y la Hermandad de los Rosa Cruz lo contaron entre los suyos. Viajó como apóstol, fue vejado y perseguido. En 1875 terminó su vida, pobre pero altivo.

Entre sus numerosas obras que han sido la fuente más abundante del ocultismo y misticismo desde su tiempo hasta hoy, pueden citarse, como publicadas en diversos idiomas, las siguientes:

Dogma y Ritual de la Alta Magia.
Historia de la Magia.
El Libro de los Esplendores.
La Science des Esprits.
Le Catéchisme de la Paix.
Clefs Majeures et Clavicules de Salomón.
Le Clef des Grands Mystéres.
El Gran 'Arcano del Ocultismo Revelado.

Su convicción y su pensamiento se revelan magistralmente en su maravilloso Credo Filosófico:

“Creo en lo desconocido que Dios personifica,
Probado por el propio Ser y por la Inmensidad,
Ideal **SOBREHUMANO** de la filosofía;

Perfecta Inteligencia y Suprema Bondad".

∴

Su doctrina:

"Los Cabalistas consideran a Dios como el infinito inteligente, amante y viviente. No es para ellos ni la colección de seres, ni la abstracción del Ser, ni un ser filosóficamente definible. El está en todo, distinto de todo y mayor que todo. Hasta su nombre es inefable y aun ese nombre solo expresa el ideal humano de su divinidad. Lo que Dios es por sí mismo no es dado al hombre comprender.

"Dios es lo absoluto de la fe; pero lo absoluto de la razón es el **SER**".

"El Ser existe por sí mismo y porque existe. La razón de ser del Ser es el propio Ser".

"Es a esta realidad filosófica e incontestable que los Cabalistas dan un nombre. En este nombre están contenidos todos los otros. Los guarismos de este nombre producen todos los números. Los jeroglíficos de las letras de este nombre expresan todas las leyes y todas las cosas de la naturaleza".

"Los pueblos forman ídolos y los destruyen, el infierno se puebla de dioses caídos hasta que la palabra del gran iniciador se haga oír: Dios es espíritu y debemos adorarlo en espíritu y en verdad".

"Los cultos cambian y la religión es siempre la misma; los dogmas se devoran y absorben unos a otros, como ocurre a los animales que viven en la tierra, y el mundo dogmático sólo es el demonio del error, como el mundo terrestre es el imperio de la muerte. La muerte aparente alimenta la vida real, y las controversias religiosas deben terminar, tarde o temprano, en una gran catolicidad (universalidad). Entonces la humanidad sabrá por qué sufrió, y la vida eterna, desarmando al aguijón de la muerte, revelará a las naciones el misterio del dolor".

"Insistimos en esta observación que damos sin temor a la admiración de ***"los que saben".***

"DIOS OPERA EN EL CIELO POR LOS ANGELES Y EN LA TIERRA POR LOS HOMBRES".

∴

Eliphas Levi no fue sólo un realizador teórico, pues en su vida hay muchos prodigios realizados que testimonian su profundo conocimiento y dominio de las prácticas ocultas. Hechos, no palabras, constituyen la vida de este maestro iluminado, considerado por muchos como el más potente verbo de su época, y a quien los ocultistas más renombrados reconocen como al restaurador e iniciador del movimiento ocultista contemporáneo.

El por mil títulos célebre Estanislao de Guaita, restaurador de la Rosa-Cruz Cabalista de Francia, discípulo predilecto de Eliphas Levi y continuador de su obra, dice

del maestro:

"En nuestros días, un genio se ha manifestado para reconstruir más suntuoso, más colosal que nunca, el templo de Salomón rey. Pensamiento vasto y sintético, estilo luminoso y rico, imperturbable lógica y ciencia segura de sí misma. Eliphas Levi es un mago completo. Los círculos concéntricos de su obra abarcan la ***ciencia entera*** y cada uno de sus libros testimonia con significación precisa su razón absoluta de ser. Su ***Dogma,*** enseña; su ***Ritual,*** prescribe; su ***Historia,*** adapta; su ***Llave de los Grandes Misterios,*** explica; su ***Hechicero de Meudon,*** predica y exalta con el ejemplo; en fin, su ***Ciencia de los Espíritus,*** trae la solución de los más elevados problemas metafísicos".

Tal es la personalidad esclarecida del eminente autor de ***El Gran Arcano de Ocultismo,*** obra que por primera vez se traduce al español.

EL TRADUCTOR

PRIMERA PARTE

EL MISTERIO REAL
O EL ARTE DE GOBERNAR LAS FUERZAS



CAPÍTULO I

EL MAGNETISMO

El magnetismo es una fuerza análoga a la del imán; está diseminado en toda la naturaleza.

Sus caracteres son: la atracción, la repulsión y la polarización equilibrada.

La ciencia ha captado y aceptó los fenómenos del imán astral y del imán mineral, pero observa con desconfianza el imán animal que se manifiesta todos los días por hechos que, si bien ya no puede negar, espera, para admitirlos, concluir su análisis por una síntesis incontestable.

Sabemos que la imantación producida por el magnetismo animal determina un sueño extraordinario, durante el cual el alma del magnetizado cae bajo el dominio del magnetizador, con la particularidad de que la persona adormecida parece dejar inactiva su vida propia para manifestar solamente los fenómenos de la vida universal. Refleja el pensamiento de los otros; ve sin valerse de los ojos; se torna presente en todas partes, sin tener conciencia del espacio; percibe las formas más que los colores; suprime y confunde los períodos del tiempo; habla del futuro como si fuese pasado y de éste como si se tratara del futuro; explica al magnetizador sus propios pensamientos y hasta las acusaciones secretas de su conciencia; evoca en sus recuerdos las personas en quienes piensa el magnetizador, y las describe del modo más exacto, sin haberlas visto jamás. Habla el lenguaje de la ciencia con el sabio y el de la imaginación con el poeta; descubre las dolencias y adivina los remedios; da muchas veces sabios consejos; sufre con quien sufre y, en ocasiones, con un grito doloroso nos anuncia los tormentos que sobrevendrán.

Estos hechos extraños, pero incontestables, nos llevan necesariamente a la conclusión de que existe una misma vida para todas las almas, o una especie de reflector común de todas las imaginaciones y de todas las memorias, en el cual podemos vernos mutuamente, como si una multitud pasara delante de un espejo. Este reflector es la luz ódica del caballero Reichenbach; es lo que nosotros llamamos luz astral; ese gran agente de la vida que los hebreos denominan **OD, OB** y **AUR.** El magnetismo dirigido por la voluntad del operador es **OD,** el sonambulismo pasivo es **OB.** Las pitonisas de la antigüedad eran sonámbulas ebrias de luz astral pasiva. Esta luz recibe, en los Libros Sagrados, el nombre de espíritu dé "Python", porque la mitología griega la simbolizaba con la imagen de la serpiente Python.[1].

Ella está también representada en su doble acción por la serpiente del Caduceo; la serpiente de la derecha es **OD** y la de la izquierda **OB**, y en el medio, encima de la barra hermética, brilla el globo de oro, es decir, **AUB** o la luz equilibrada.[2].

OD simboliza la vida libremente dirigida, y **OB** la vida fatal. El legislador hebreo decía: "Infelices de los que adivinan por **OB"**, pues invocan la fatalidad, atentando así contra la Providencia y contra la libertad del hombre.

Hay ciertamente una gran diferencia entre la serpiente Python, que se arrastraba en

el lodo del Diluvio y que el sol hirió con sus dardos, y la serpiente que se enrosca en el bastón de Esculapio, de la misma manera que también difieren la tentadora del Edén y la serpiente de bronce que curaba a los dolientes en el desierto. Estas dos serpientes opuestas son la representación de las fuerzas contrarias que podemos asociar pero jamás confundir. El cetro de Hermes, separándolas, las concilia y, por así decirlo, la reúne; de esta manera, a los ojos penetrantes de la ciencia, la armonía resulta de la analogía de los contrarios.

Necesidad y Libertad, tales son las dos grandes Leyes de la Vida; y estas dos Leyes hacen sólo una, pues son mutuamente indispensables.

La necesidad sin libertad sería tan nefasta como la libertad privada de su freno necesario. El Derecho sin el Deber es la locura. El Deber sin el Derecho es la Esclavitud.

Todo el secreto del magnetismo consiste en esto: gobernar la fatalidad de **OB** por la inteligencia y el poder de **OD**, a fin de crear el equilibrio perfecto de **AUR**.

El magnetizador desequilibrado y dominado por sus pasiones, que quiere imponer su actividad a la luz fatal, se asemeja a un hombre que, con los ojos vendados y montado en ciego caballo, lo espoleara en medio de una sinuosa selva llena de precipicios.

Los adivinos, los tiradores de cartas y los sonámbulos son todos alucinados que adivinan por medio de **OB**.

La copa de agua de la hidromancia, las cartas de Etteilla, las líneas de la mano, etc., producen en el vidente una especie de hipnotismo. Ve entonces al consultante en los reflejos de sus deseos insensatos o de sus imaginaciones amorosas, y como a su vez, es un espíritu sin elevación y sin nobleza de voluntad, adivina las locuras y sugiere otras mayores, logrando así gran éxito.

Un cartomántico que aconsejase la honestidad y las buenas costumbres perdería luego su clientela de concubinas y solteronas histéricas.

Las dos luces magnéticas podrían muy bien llamarse respectivamente, luz viva y luz muerta; fluido astral y fósforo espectral; antorcha del verbo y humareda del sueño.

Para magnetizar sin peligro es preciso tener en sí la luz de la vida, es decir, ser un sabio y un justo.

El hombre esclavo de las pasiones no magnetiza, fascina; pero la irradiación de su fascinación aumenta alrededor de él el círculo de su vértigo, multiplica sus encantos y enflaquece cada vez más su voluntad. Se asemeja a una araña que se agota y al fin queda presa en su propia tela.

Los hombres que aún no conocen el imperio supremo de la razón, la confunden con el raciocinio particular y casi siempre erróneo de cada uno. El señor de la Palice les diría: “quien se engaña no tiene razón, siendo la razón, precisamente, lo contrario de nuestros errores”.

Los individuos y las masas a quienes la razón no gobierna son esclavos de la fatalidad, la cual rige la opinión que es, a su vez, reina del mundo.

Los hombres quieren ser dominados, aturdidos, arrastrados. Las grandes pasiones les parecen más bellas que las virtudes, y aquellos a quienes llaman grandes hombres suelen ser, las más de las veces, grandes insensatos. El cinismo de Diógenes les agrada como el charlatanismo de Empédocles. A nadie admirarían tanto como a Ajax y Capaneda, si Polyeucto no fuese más furioso aún. Píramo y Tisbe, que se matan, son los modelos de los amantes. El autor de una paradoja siempre tiene la certeza de adquirir renombre. Y por más que lo condenen al olvido, por despecho o por envidia, el nombre de Erostrato encarna

tanta belleza demencial, que supera a su ira y se impone eternamente a su recuerdo.

Los locos son, pues, magnetizadores o más bien fascinadores, y eso es lo que torna contagiosa la locura. Por no saber medir lo que es grande la gente se apasiona frente a lo extraño.

Las criaturas que aún no pueden andar, quieren que la gente las tome en brazos y las lleve de paseo.

Nadie ama tanto la turbulencia como el impotente. Es la incapacidad del goce lo que engendra los Tiberios y las Mesalinas. El pillo de París quería ser Cartouche en el paraíso de las calles arboladas y reía de corazón al ver ridiculizar a Telémaco.

No todos tienen el gusto de la embriaguez del opio o del alcohol, pero casi todos quieren embriagar el espíritu y complacerle fácilmente haciendo delirar el corazón.

Cuando el cristianismo se impuso al mundo por la fascinación del martirio, un gran escritor de aquel tiempo formuló el pensamiento de todos, exclamando: “Creo porque es absurdo”.

La locura de la cruz, como el propio San Pablo la llamaba, era entonces invenciblemente invasora. Se quemaban los libros de los sabios y San Pablo preludiaba en Efeso los hechos de Ornar. Derribábanse templos que eran maravillas del mundo e ídolos que como obras eran primicias del arte. Tenían el gusto de la muerte y querían despojar la existencia presente de todos sus ornamentos para desprenderse de la vida.

El disgusto de las realidades siempre acompaña al amor de los sueños: ***¡Quam sordet tellus dum coelum aspicio!,*** dice un célebre místico; literalmente: “¡cuan sucia se torna la tierra cuando contempla el cielo!”. ¡Tu mirada, al perderse en el espacio, es la que mancha a la tierra, tu nodriza!. ¿Qué es, pues, la tierra sino un astro del cielo?. ¿Será porque te lleva encima que la ves inmunda?. ¡Que te lleven al sol y tus disgustos también lo enturbiarán!. ¿Sería el cielo más limpio si estuviese vacío?. ¿No es acaso admirable contemplarlo en el día cuando ilumina a la tierra y en la noche cuando brilla con una multitud innumerable de planetas y de soles?. ¿No será que la espléndida tierra, la tierra de los inmensos océanos, la tierra exuberante de árboles y flores se torna una inmundicia para ti porque pretendías lanzarte en el vacío?. ¡El vacío está en tu espíritu y en tu corazón!.

Es el amor por los sueños lo que mezcla tantos dolores a los sueños de amor. El amor, tal como nos lo da la Naturaleza, es una deliciosa realidad, y es nuestro orgullo enfermizo el que pretende algo mejor que la Naturaleza. De esto proviene la locura histérica de los no comprendidos; el pensamiento de Carlota en la cabeza de Werther se transforma, fatalmente, en lo que tenía que ser y toma la forma brutal de una bala de revólver. El amor absurdo tiene como desenlace el suicidio.

El amor verdadero, el amor natural, es el milagro del magnetismo. Es el entrelazamiento de las dos serpientes del Caduceo; parece producirse fatalmente, pero es producido por la razón suprema que le hace seguir las leyes de la Naturaleza. La fábula refiere que Tiresias[3] habiendo separado dos serpientes que se unían, incurrió en la cólera de Venus y se tornó andrógino, lo que anuló en él el poder sexual; después lo hirió la diosa irritada y lo dejó ciego, porque atribuía a la mujer lo que conviene principalmente al hombre. Tiresias era un individuo que profetizaba por la luz muerta. Por eso sus predicciones siempre anunciaban dolencias que incluso parecían provocar. Esta alegoría contiene y resume toda la filosofía del magnetismo que acabamos de revelar.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Python.*** Pitón. Mitología: serpiente monstruosa de 100 cabezas y 100 bocas que vomitaban llamas. Guardaba el oráculo de la tierra.

(2) ***Od, Ob, Aur. Od,*** fluido magnético generado por los cuerpos minerales, vegetales y animales, visible para los sensitivos en estado de vigilia. Es la luz ódica del Barón de Reinchembach; palabra sacada de la Cábala hebrea, en la cual ella representa sólo el polo positivo de la luz o fluido astral. ***Ob,*** el polo contrarío de la misma luz. ***Aur,*** en Cabala representa a la Luz, primera manifestación del Verbo creador. Cuando esta luz se polariza positivamente, es decir, en el sentido del bien, se llama ***OD,*** y cuando se polariza negativamente en el sentido del mal, es ***Ob.*** La misma luz primaria en su grado de manifestación inferior recibe el nombre de ***Aur,*** el fuego.

(3) ***Tiresias.*** Adivino griego a quien en Tebas adoraron como un dios.

CAPÍTULO II

EL MAL

El mal, en lo que tiene de realidad, es el desorden. En presencia del orden eterno, el desorden es esencialmente transitorio. En presencia del orden absoluto, que es la voluntad de Dios, el desorden es apenas relativo. La afirmación absoluta del desorden y del mal es, pues, esencialmente, la mentira.

La afirmación absoluta del mal es la negación de Dios, puesto que Dios es la razón suprema y absoluta del bien.

El mal, en el orden filosófico, es la negación de la razón.

En el orden social, es la negación del deber.

En el orden físico, es la resistencia a las leyes inviolables de la Naturaleza.

El sufrimiento no es un mal sino la consecuencia y, casi siempre, el remedio del mal.

Nada de lo que es naturalmente inevitable puede ser un mal. El invierno, la noche y la muerte no son males. Son transiciones naturales de un día hacia otro día; del otoño hacia la primavera, de esta vida hacia la otra vida.

Proudhon [(1)] dice: "Dios es el mal", lo que es como si hubiese dicho: Dios es el diablo, pues el diablo es tomado, generalmente como genio del mal. Demos vuelta dicha proposición y obtendremos la siguiente paradoja: el diablo es Dios o, en otros términos: el mal es Dios. Pero con seguridad que al hablar así Proudhon no se refería a Dios, como personificación hipotética del bien. Pensaba en el Dios absurdo que los hombres crean y, en tal sentido, reconozcamos que tenía razón, pues el diablo es la caricatura de Dios y lo que llamamos el mal, es el bien, mal definido y mal comprendido.

No sería posible amar el mal por el mal, el desorden por el desorden mismo. La infracción de las leyes nos agrada porque así nos parece, que nos colocamos por encima de ellas. "Los hombres no están hechos para la ley, mas la ley está hecha para los hombres", decía Jesús; palabras audaces que los sacerdotes de aquellos tiempos, ciertamente consideraban subversivas e impías; palabras de las que el orgullo humano puede abusar prodigiosamente. Dicen que Dios sólo tiene derechos y no deberes porque es el más fuerte, lo que es una afirmación impía. Debemos todo a Dios, osan argüir, y Dios nada nos debe. Y la verdad es lo contrario. Dios, infinitamente superior a todos los seres, contrae también con nosotros, al ponernos en el mundo, una deuda infinita. El creó el abismo de la flaqueza humana y es Él quien debe llenarlo.

La cobardía de la tiranía en el mundo antiguo nos legó el fantasma de un dios absurdo y cobarde, que hace el milagro eterno de forzar al ser finito a ser infinito en los sufrimientos.

Supongamos, por un momento, que uno de nosotros pudiese crear un insecto y que le dijese, sin que él pueda oírlo: criatura mía, adórame. El pobre animalejo da algunos vuelos sin pensar en cosa alguna y muere al fin del día; un nigromante dice al hombre que

echándole una gota de su sangre podrá resucitarle. El hombre se hace una pinchadura - yo haría lo mismo en su lugar -, y he aquí que el insecto resucita. ¿Qué hará después el hombre?. Os lo voy a decir, exclama un fanático creyente: como el insecto en su primera vida cometió la tontería de no adorarlo, encenderá una hoguera y lo lanzará a ella, sólo lamentando no poderle conservar la vida en medio de las llamas a fin de quemarlo eternamente. ¡Ea! - dirán todos -, ¡no existe loco furioso que sea tan cobarde y tan malo como éste!. Yo os pido perdón, cristianos vulgares; el hombre en cuestión no podría existir, concuerdo; pero existe, aunque en vuestra imaginación solamente, digámoslo ya, alguien más cruel y más cobarde. Es vuestro Dios, tal como lo concebís y explicáis, y es precisamente de él de quien Proudhon tuvo mil veces razón de decir: “Dios es el mal”.

En este sentido el mal sería la afirmación falsa de un dios malo, y es este dios quien sería el diablo o su compadre. Una religión cuyo bálsamo para las llagas de la humanidad fuese un dogma semejante, las envenenaría en vez de curarlas. Resultaría de ahí el embrutecimiento de los espíritus y la depravación de las conciencias; y la propaganda hecha en nombre de un dios tal, podría llamarse el magnetismo del mal. El resultado de la mentira es la injusticia. De la injusticia resulta la iniquidad que produce la anarquía en los estados y en los individuos, el libertinaje y la muerte.

Una mentira no podría existir si no evocase en la luz muerta una especie de verdad espectral, y todos los mentirosos de la vida son los primeros en engañarse tomando la noche por el día. El anarquista se juzga libre, el ladrón se cree hábil, el libertino cree que se divierte, el déspota piensa que oprimir es reinar. ¿Qué sería necesario para destruir el mal en la tierra?. Una cosa muy simple en apariencia: desengañar a los tontos y a los malos. Pero aquí toda buena voluntad cae derrotada y todo poder falla; los malos y los tontos no quieren ser desilusionados. Llegamos a esta perversidad secreta que parece ser la raíz del mal: el gusto por el desorden *y* el apego al error. Pretendemos, por nuestra parte, que esta perversidad no existe, al menos, de una manera libremente consentida y deseada. Ella no es más que el envenenamiento de la voluntad por la fuerza venenosa del error.

El aire que respiramos se compone de hidrógeno, oxígeno y ázoe. El oxígeno y el hidrógeno corresponden a la luz de la vida y el ázoe a la luz muerta. Un hombre sumergido en el ázoe no podría respirar ni vivir; así también, un hombre asfixiado por la luz espectral no puede hacer uso de su voluntad libre. No es en la atmósfera donde se realiza el gran fenómeno de la luz sino en nuestros ojos estructurados para verla. Cierta vez, Littré, - filósofo de la escuela positivista - dijo que la inmensidad es apenas una noche infinita, punteada aquí y allá por algunas estrellas. “Esto es verdad” - le respondió alguien - “para nuestros ojos que no están plasmados para la percepción de otra claridad que no sea la del sol”. ¿No nos aparece en sueños la propia idea de esta luz, mientras en la tierra es noche y nuestros ojos están cerrados?. ¿Cuál es el día de las almas?. ¿Cómo vemos a través del pensamiento?. ¿Existiría la noche de nuestros ojos para ojos organizados de otra forma?. Si no tuviésemos ojos, ¿captaríamos la noche?. Para los ciegos no existen estrellas ni sol; y si nosotros nos pusiéramos una venda en los ojos nos tornaríamos ciegos voluntarios. La perversidad de los sentidos como la de las facultades del alma, resulta de un accidente o de un primer atentado contra las leyes de la Naturaleza; ella se hace entonces necesaria y fatal. ¿Qué hacer para los ciegos?. Tomarlos de la mano y guiarlos. ¿Pero si no quieren dejarse guiar?. Es preciso poner parapetos. ¿Y si ellos los derriban?. Entonces no son solamente ciegos, son alienados, peligrosos y es preciso dejarlos perecer, ya que no se los puede

conducir.

Edgar A. Poe refiere la historia de una casa de locos, en la que los pacientes habían logrado apoderarse de los enfermeros y guardias y encerrarlos en sus propias celdas, después de disfrazarlos de animales salvajes. Triunfantes en los aposentos de sus médicos, beben el vino del establecimiento y se felicitan recíprocamente por haber efectuado excelentes tratamientos. Mientras estaban en la mesa, los prisioneros rompen sus cadenas y llegan a sorprenderlos a palos. Se vuelven furiosos contra los pobres locos y los justifican, en parte, por los malos e insensatos tratos de que ellos mismos fueran objeto.

He aquí la historia de las revoluciones modernas. Los locos triunfando por su gran número, que constituyen lo que llamamos la mayoría, capturan a los sabios y los disfrazan de animales salvajes. Poco después las prisiones se gastan y se rompen, y los sabios, enloquecidos por el sufrimiento, huyen gritando y sembrando el terror. Querían imponerles un falso dios; entonces vociferan que no hay Dios. Los indiferentes, embravecidos por el miedo, se complotan para reprimir a los locos furiosos e inauguran el reino de los imbéciles. Muchas son las épocas en que esto ha sucedido.

¿Hasta qué punto son responsables los hombres de estas oscilaciones y angustias que producen tantos crímenes?. ¿Qué pensador osaría decirlo?. ¡Marat es odiado y se canoniza a Pio V!.

Es verdad que el terrible Ghirleri no guillotinaba a sus adversarios sino que los quemaba. Pío V era un hombre austero y un católico convicto. Marat llevaba el desinterés hacia la miseria. Ambos eran hombres de bien, pero locos homicidas, sin llegar a ser precisamente furiosos.

Cuando una locura criminal encuentra la complicidad de un pueblo, se vuelve una terrible razón, y cuando la multitud, no desilusionada mas sí engañada de un modo contrario, reniega y abandona a su héroe, éste se transforma en un chivo emisario y en un mártir. La muerte de Robespierre es tan bella como la de Luis XVI.

Admiro sinceramente a este terrible inquisidor que, masacrado por los Albigenses, escribió en el suelo con su sangre, antes de expirar:

Credo in unum Deum.

¿Es la guerra un mal?. Sí, pues es horrible. ¿Pero es un mal absoluto?. La guerra es el trabajo generador de las nacionalidades y de las civilizaciones. ¿Quién es responsable de la guerra?. ¿Los hombres?. No, pues son sus víctimas. ¿Quién, pues?. ¿Osaríamos decir que es Dios?. Preguntad al conde José de Maistre. [(2)]. El os dirá por qué los sacerdotes siempre consagraron la espada y que hay algo sagrado en el oficio sangriento del verdugo. El mal es la sombra, es la repulsión del bien. Vayamos hasta el fin y digamos que es el bien negativo. El mal es la resistencia que fortifica el esfuerzo del bien; y es por eso que Jesucristo no dudó en afirmar: “es preciso que haya escándalos”.

Existen monstruos en la Naturaleza del mismo modo como aparecen errores de impresión en un bello libro. ¿Qué prueba eso?. Que la Naturaleza, como la imprenta, son instrumentos ciegos que la inteligencia dirige. Pero, me responderéis, un buen revisor corrige las pruebas. Claro que lo hace, y ése es precisamente el papel del progreso en la Naturaleza. Dios es el Director de la Imprenta y el hombre es el revisor de Dios.

Los sacerdotes siempre han proclamado que los flagelos son causados por los pecados de los hombres, lo cual es cierto, puesto que la ciencia es dada a los hombres para prevenir los flagelos. Si, como se afirma, el cólera proviene de la putrefacción de los

cadáveres hacinados en la desembocadura del Ganges; si el hambre es provocada por los monopolios; si la peste tiene por causa la suciedad; si la guerra deriva del orgullo estúpido de los reyes y de la turbulencia de los pueblos, ¿acaso no es entonces la maldad, o más bien la tontería de los hombres, la causa de los flagelos?. Se dice que las ideas están en el aire; podría afirmarse lo mismo de los vicios. Toda corrupción produce una putrefacción, y toda putrefacción tiene su mal olor característico. La atmósfera que rodea a los enfermos es mórbida, y la peste moral tiene también su atmósfera, mucho más contagiosa. Un corazón honesto se halla cómodamente en la sociedad de las personas de bien. Se siente oprimido, sufre, queda sofocado en medio de los centros viciosos.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Proudhon.*** Filósofo, escritor y periodista francés, fundador del sistema mutualista y autor de varías obras, entre ellas, su famosa memoria titulada "¿Qué es la propiedad?", París, 1850, que es la que ha provocado más crítica sería y jocosa, consagrada a desarrollar exclusivamente esta especie de axioma escrito en las primeras páginas: "La propiedad es el robo". Arregló una edición de la Biblia con muchas notas sobre los principios de la lengua hebrea. Otras de sus obras, son: ***De la justicia en la revolución y en la iglesia, Nuevos principios de filosofía práctica, Los Evangelios anotados por J. Proudhon.***

(2) ***José de Maistre.*** Célebre publicista, filósofo y diplomático saboyano, autor del libro ***Papa,*** la más atrevida apología del poder temporal y espiritual de la Santa Sede.

CAPÍTULO III

LA SOLIDARIDAD EN EL MAL

En su libro ***El movimiento perpetuo de tas almas,*** el gran Rabí Isaac de Loria dice que es preciso emplear con gran vigilancia la hora que precede al sueño. De hecho, durante el sueño el alma pierde por algún tiempo su vida individual para sumergirse en la luz universal que, como dijimos, se manifiesta por dos corrientes contrarias. El ente que se adormece cae en poder de la serpiente de Esculapio, la serpiente vital y regeneradora, o se deja ligar por los nudos envenenados de la horrible Python. El sueño es un baño en la luz de la vida o en el fósforo de la muerte. Aquel que se adormece con pensamientos de justicia se baña en los méritos de los justos, pero aquel que se entrega al sueño con pensamientos de odio o mentira, se baña en el mar muerto en el que afluye la infección de los malos.

La noche es como el invierno que incuba y prepara los gérmenes. Si sembramos cizaña no cosecharemos fermentos. Aquel que se adormece en la impiedad no despertará en la bendición divina. Dicen que la noche es consejera. Sí, sin duda. Buen consejo trae al justo; funesto impulso al malvado. Tales son las doctrinas del Rabí Isaac de Loria.

No sabemos hasta qué punto debemos admitir estas influencias recíprocas de los entes sumergidos en el sueño y dirigidos por atracciones involuntarias, en tal forma que los buenos mejoran a los buenos y los malos corrompen a los que les son semejantes. Sería más consolador pensar que la bondad de los justos irradia sobre los malos para calmarlos, y que la perturbación de los malos nada puede sobre el alma de los justos. La verdad es que los malos pensamientos agitan el sueño y, por consiguiente, lo vuelven enfermizo, y que una conciencia limpia dispone maravillosamente la sangre a refrescarse y a descansar en el sueño.

Es muy probable, además, que la irradiación magnética provocada durante el día por los hábitos y la voluntad, no cese durante la noche. Lo prueban los sueños en los que parece que obramos muchas veces conforme con nuestros deseos más secretos. Sólo conquista la virtud de la castidad, dice San Agustín, quien impone la modestia hasta a sus mismos sueños.

Todos los astros están imantados, y todos los imanes celestes accionan y reaccionan unos sobre otros en los sistemas planetarios, en los grupos de universos y en toda la inmensidad; lo mismo acontece en la tierra con los seres vivos.

La naturaleza y la fuerza de los imanes se determinan por la influencia recíproca de las formas sobre la fuerza y de la fuerza sobre las formas. Esto debe ser examinado y meditado seriamente.

La belleza, que es la armonía de las formas, siempre está acompañada de gran fuerza de atracción; pero existen bellezas discutibles y discutidas.

Hay bellezas convencionales que concuerdan con ciertos gustos y con ciertas pasiones. En la corte de Luis XV, se habría hallado que la Venus de Milo tenía estatura excesiva y pies grandes. En el Oriente, las favoritas del Sultán son obesas, y en el reino de

Sión, se compran las mujeres a peso.

Los hombres no están menos dispuestos a hacer locuras por la belleza verdadera, que por la imaginaria que los subyuga. Existen, pues, formas que nos embriagan y ejercen sobre nuestra razón el dominio de las fuerzas fatales. Cuando nuestros gustos son depravados, nos apasionamos por ciertas bellezas imaginarias que son realmente fealdades. Los romanos de la decadencia gustaban de la frente baja y los ojos de sapo de Mesalina. Cada cual forma un paraíso a su manera. Pero también aquí comienza la justicia. El paraíso de los seres depravados, siempre y necesariamente, es un infierno.

Es la disposición de la voluntad lo que da valor a los actos. Pues la voluntad determina el fin que nos proponemos, y en todos los casos, el fin buscado y alcanzado establece la naturaleza de las obras. Es conforme a nuestras obras que Dios nos juzgará, según lo afirma el Evangelio, y no de acuerdo con nuestros actos. Los actos preparan, comienzan, continúan y acaban las obras. Son buenos cuando la obra es buena. No queremos decir que el fin justifique los medios, sino que un fin honesto necesita de medios honestos y jerarquiza los actos más indiferentes.

Lo que uno aprueba termina por realizarlo o por animar a que otros lo hagan. Si nuestro principio es falso, y nuestro fin es inicuo, todos aquellos que piensan como nosotros repetirán nuestro proceder, y si triunfan, pensaremos que obraron bien. Si nuestras acciones aparentan ser las de un hombre de bien mientras que nuestro fin es el de un malvado, las acciones que resulten serán aun más malas. Las oraciones del hipócrita son más impías que las blasfemias del malvado. En una palabra, todo lo que hacemos a favor de la injusticia es injusto; todo lo que hacemos por la justicia es justo y bueno.

Se dijo que los seres humanos son imanes que accionan unos sobre otros. Esta imantación, natural al principio, determinada después por los hábitos de la voluntad, agrupa los entes humanos en falanges y series, tal vez en forma diferente de la que suponía Fourier.[(1)]. Es exacto su concepto de que las atracciones son proporcionales a los destinos, pero se equivocó al no distinguir las atracciones fatales de las ficticias. También es errónea su idea de que los malos son incomprendidos por la sociedad, pues, contrariamente, son ellos los que no comprenden a la sociedad, ni desean hacerlo. ¿Qué habría hecho él en su Falansterio de personas, cuya atracción - proporcional al destino de ellas, según su opinión -, fuese la de perturbar y demoler el Falansterio?.[(2)].

En nuestro libro, ***La Ciencia de los Espíritus,*** dimos la clasificación de los buenos y los malos espíritus, conforme con las tradiciones cabalísticas. Algunos lectores tal vez pregunten: ¿Por qué estos nombres en vez de otros?. ¿Qué espíritu descendido del cielo o qué alma subida del abismo habrá revelado así los secretos jerárquicos de otro mundo?. Los lectores que supongan que todo cuanto allí se afirma es pura fantasía, se equivocan. Dicha clasificación no es arbitraria, y los espíritus del otro mundo, a los cuales nombramos, existen con toda seguridad. La anarquía, el prejuicio, el oscurantismo, la iniquidad, el odio, se oponen a la sabiduría, a la autoridad, a la inteligencia, a la honra, a la bondad y a la justicia. Los nombres hebraicos de Kether, Chocmah, Binah; [(3)] los de Thamiel, Chaigidel, Sathaniel, etc., que se oponen a los de Hajoth, Haccadosch, Ophanim y Aralim no significan otra cosa.

Todas las grandes palabras y términos oscuros de los dogmas antiguos y modernos representan en último término, los principios de la eterna e incorruptible razón. Es evidente que las multitudes no están maduras para el reino de la razón, y que, los hombres más locos

o más perversos las desvían por medio de creencias ciegas. Y entre dos formas de locura, encuentro más socialismo verdadero en la de Loyola que en la de Proudhon.

Proudhon afirma que el ateísmo es una creencia, la peor de todas, lo que es verdad, y es por eso que la suya es muy amarga. Afirma, también, que Dios es el mal, que el orden social es la anarquía, que la propiedad es el robo. ¿Qué sociedad sería posible con tales principios?. La Compañía de Jesús está establecida sobre los principios o errores contrarios; sin embargo, subsiste desde hace varios siglos, y aún es bastante fuerte como para hacer frente por mucho tiempo más a los partidarios de la anarquía.

Los hombres son solidarios en el alma más de lo que lo suponen. Son los Proudhon los que hacen los Veuillot.[(4)]. Los encendedores de hogueras de Constanza tendrán que responder delante de Dios por las masacres de Juan Zisca. Los protestantes son responsables de las masacres de la Noche de San Bartolomé, [(5)] pues habían degollado católicos. En realidad tal vez fue Marat quien mató a Robespierre, como fue Carlota Corday la que hizo ejecutar a los Girondinos, sus amigos. Madame Dubarry, arrastrada al cadalso como una cabeza de animal berreador y contumaz, sin duda no juzgaba que tenía que expiar el suplicio de Luis XVI. Pues, las más de las veces, nuestros mayores crímenes son los que no comprendemos. Cuando Marat decía: “es un deber de humanidad derramar un poco de sangre para impedir un derramamiento mayor”, no hacía otra cosa que afirmar lo dicho por el apacible y piadoso Fenelón.

En una de sus cartas, Madame Elizabeth, la angelical princesa, había escrito que todo estaba perdido si el Rey no tenía el coraje de mandar cortar tres cabezas. ¿Cuáles?. Ella no lo dice; tal vez las de Philippe de Orleáns, Lafayette y Mirabeau. Un príncipe de su familia, un hombre de bien y un célebre pensador. Poco importaba: la amable princesa quería tres cabezas. Más tarde Marat pediría trescientas mil; entre el ángel y el demonio sólo hubo una diferencia de algunos ceros.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Fourier.*** Filósofo y sociólogo francés, fundador de la escuela societaria o falansteriana, una especie de comunismo. Con motivo de haberle encargado una casa de Marsella donde él trabajaba que hiciera arrojar al mar una partida de arroz, a fin de poder mantener los altos precios, al impulso de tan odiosa especulación surgieron de él las primeras ideas de reforma social, e ideó su sistema falansteriano.

(2) ***Falansterio.*** Edificio ideado por Fourier para las huestes de su sistema.

(3) ***Kether, Chocmah, Binah.*** La Cabala habla de las diez Sephiras o Sefirotes. En plural es Sefirotes, y en singular, Sephiras. Tales Sefirotes o emanaciones, son como los modos de manifestación de Dios, o los atributos de Dios manifestado. Helos aquí: ***1° Kether,*** la Corona, la Potencia Suprema; ***2° Chocmah,*** la Sabiduría Infinita; ***3° Binah,*** la Inteligencia Divina; 4° Gdulah, la Majestad, llamada también Chesed, Misericordia; ***5° Gburah,*** Fuerza; ***6° Thipheret,*** Belleza; ***7° Netsach,*** Victoria sobre la Muerte; ***8° Hod,*** Gloria y Reposo; ***9° Iesod,*** Fecundación; ***10° Malkhuth,*** Reino. Kether, la Corona es el

poder equilibrador; Chocmah, la Sabiduría equilibrada en su orden inmutable por la iniciativa de la inteligencia activa equilibrada por la sabiduría. Dios es la Potencia o Corona Suprema (Kether) que reposa sobre la Sabiduría Inmutable (Chocmah) y la Inteligencia Creadora (Binah). En Él está la Bondad (Chesed) y la Justicia (Gburah), que son el ideal de la Belleza (Thiphereth). En Él siempre hay Movimiento Victorioso (Netsach) y el gran Reposo Eterno (Hod). Su voluntad es una Generación continua (Iesod), y su reino (Malkhuth), es la inmensidad que puebla los universos.

(4) ***Veuillot.*** Literato y periodista francés defensor de los intereses católicos. Como director de "El Universo Religioso", declaró guerra a muerte a la Universidad; atacó a los filósofos, a los revolucionarios y a los socialistas. Censurado por el Arzobispo de París, apeló al Papa, quien lo absolvió, continuando así en guerra sin cuartel contra la libertad, la razón, la ciencia y el progreso (1852-53). Era un apasionado defensor del poder temporal del Papa, de la infalibilidad y del ***Syllabus.*** Desde Roma espiaba la conducta del clero no conforme con sus ideas; prestó grandes servicios a la causa de la infalibilidad, por lo que Pío IX le prodigó gran afecto.

(5) ***Noche de San Bartolomé.*** Matanza de protestantes efectuada en Francia el 24 de agosto de 1572, bajo el imperio de Carlos IX y a instigaciones de Catalina de Médicis. En esta matanza no se respetó edad ni sexo, y los Hugonotes, apodo dado por los católicos a los protestantes calvinistas, fueron exterminados sin piedad en esa tétrica noche, que dio lugar a la cuarta guerra religiosa.

CAPÍTULO IV

LA DOBLE CADENA

El movimiento de las serpientes alrededor del Caduceo [(1)] indica la formación de una cadena.

Esta cadena existe bajo dos formas: recta y circular. Partiendo de un mismo centro, ella corta innumerables circunferencias por medio de innumerables rayos. La cadena recta, es la de transmisión. La circular, es la cadena de participación, de difusión, de comunión, de religión. Así se forma esta rueda compuesta de varias ruedas que giran unas en otras y que vemos flamear en la visión de Ezequiel. La cadena de transmisión establece la solidaridad entre las generaciones sucesivas.

El punto central es blanco de un lado y negro del otro.

Al lado negro, se enlaza la serpiente negra; al lado blanco, se liga la serpiente blanca. El punto central representa el libre albedrío primitivo, y es en el lado negro donde comienza el pecado original.

El negro engendra la corriente fatal; el blanco, el movimiento libre. El punto central puede representarse simbólicamente por la Luna, y las dos fuerzas por medio de dos mujeres: la una blanca y la otra negra.

La mujer negra es la Eva caída, la mujer pasiva, la infernal Hécate, [(2)] que lleva el creciente lunar en la frente.

La mujer blanca es Maya o María, que tiene al mismo tiempo bajo los pies el creciente lunar y la cabeza de la serpiente negra.

No podemos explicarlo más claro, pues tocamos el misterio de todos los dogmas. Ellos se tornan infantiles a nuestros ojos y tememos herirlos.

El dogma del pecado original, de cualquier forma que lo interpretemos, supone la preexistencia de nuestras almas, si no en su vida particular, por lo menos en la vida universal.

Luego, si alguien puede pecar sin saberlo en la vida universal, debe ser salvado de la misma manera; pero esto es un gran arcano.

La cadena recta, el rayo de la rueda, la cadena de transmisión, vuelve recíprocamente solidarias a las generaciones y determina que los padres sean castigados por los hijos, a fin de que, a través de los sufrimientos de sus vástagos, los padres puedan alcanzar la propia salvación.

Es por esto que, conforme con la leyenda dogmática, el Cristo descendió a los infiernos, y luego de romper las palancas de hierro y las puertas de bronce, subió al cielo, llevando preso consigo el cautiverio.

Y la vida universal exclamó: ¡Hossanna!. Pues había roto el aguijón de la muerte.

¿Qué quiere decir todo esto?. ¿Osaría alguien explicarlo?. ¿Podría alguno adivinarlo o comprenderlo?. A veces los antiguos hierofantes griegos representaban las dos fuerzas simbolizadas por las dos serpientes, por medio de dos criaturas que luchaban entre sí,

sujetando un globo con los pies y otro con las rodillas.

Las dos criaturas eran Eros y Anteros, [3] Cupido [4] y Hermes. [5]. El amor loco y el amor sabio. Su lucha eterna mantenía el equilibrio del mundo.

Si no admitiéramos nuestra existencia personal antes de nuestro nacimiento en la tierra, deberíamos entender por pecado original, una depravación voluntaria del magnetismo humano en nuestros primeros padres que, al destruir el equilibrio de la cadena, habría otorgado un funesto predominio a la serpiente negra, es decir, a la corriente astral de la vida muerta, y cuyas consecuencias sufriríamos nosotros, los hijos, como esas criaturas que nacen raquíticas debido a los vicios de sus padres, debiendo sufrir el castigo de faltas que no cometieron.

Los sufrimientos extremos de Jesús y de los Mártires, las penitencias excesivas de los Santos, habrían tenido como fin hacer contrapeso a esta falta de equilibrio tan desmedida, que acabaría por arrastrar al mundo a la conflagración. La gracia, es decir, la serpiente blanca, simbolizada por la paloma y el cordero, sería la corriente astral de la vida, cargada de los méritos del Redentor y los Santos.

El diablo, el tentador, sería la corriente astral de la muerte, la serpiente negra manchada con todos los crímenes de los hombres, escarnecida por sus malos pensamientos, llena de venenos resultantes de sus malos deseos; en una palabra, ***El Magnetismo del mal.***

Entre el bien y el mal el conflicto es eterno. Son siempre irreconciliables. El mal es condenado para siempre a los tormentos que acompañan al desorden, y es por eso que, desde la infancia, no cesa de solicitarnos y atraernos para sí. Todo lo que la poesía dogmática afirma del rey Satán se explica perfectamente por este espantoso magnetismo, tanto más terrible cuanto más fatal, y tanto menos temible para la virtud, a la que no podría alcanzar, porque ésta, con el auxilio de la gracia, puede resistirle.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Caduceo.*** Vara delgada rodeada de dos culebras entrelazadas. Mitología: Vara con la que Mercurio conducía las almas a los infiernos y las sacaba cuando era necesario. Es emblema de Mercurio.

(2) ***Hécate.*** Mitología: Diablesa que preside en las calles y callejones. Tiene tres caras: la derecha de caballo; la izquierda, de perro, y la del medio, de mujer. Delrío dice: "su presencia hace temblar la tierra, estallar los fuegos y ladrar los perros". Entre los antiguos, también era la triple Hécate: Diana en la Tierra, Proserpina en los infiernos y Luna en el cielo. Estas son las tres fases de la Luna.

(3) ***Eros.*** Mitología: Hijo de Afrodita, dios del amor entre los griegos, no es solamente signo del amor físico sino también un agente cosmogónico. Dice Maury, que el Eros cosmogónico es la fuerza atractiva que lleva a los corpúsculos elementales a agregarse y a combinarse. Eros fue el producto de una abstracción y una reflexión filosófica. ***Anteros,*** su contraparte, genio que se refiere al amor masculino. Se lo representa disputando una palma a Eros, como personificación de la resistencia del corazón del joven a las instancias

de sus amantes. Se le consideraba el vengador de los desdenes amorosos.

(4) ***Cupido.*** Mitología: Dios del amor en la mitología romana, es el Eros de la mitología griega. Hijo de Marte y de Venus y, según otra tradición, de la Noche y del Erebo.

(5) ***Hermes.*** Nombre griego de Mercurio (Mercurio el mensajero de los dioses). Este mismo nombre fue dado a dos grandes iniciados egipcios, que se dice vivieron en el tiempo de Abraham (1900 años antes de Cristo). El segundo fue denominado Trismegisto, tres veces grande. También hay noticias de que se designaba bajo el mismo nombre de Hermes a la academia de los altos iniciados egipcios.

CAPÍTULO V

LAS TINIEBLAS EXTERIORES

Quedó dicho que el fenómeno de la luz física se opera y se realiza únicamente en los ojos que la ven. Es decir, que la visibilidad no existiría para nosotros sin la facultad de la visión.

Lo mismo acontece con la luz intelectual: ella sólo existe para las inteligencias que son capaces de verla. Es la luz interior fuera de la cual nada existe sino las tinieblas exteriores donde, según la palabra del Cristo, no existen más que "llantos y crujir de dientes".

Los enemigos de la verdad se asemejan a los niños miedosos, que derriban y apagan las luces para gritar y llorar mejor en las tinieblas.

La verdad es tan indispensable del bien que toda mala acción, libremente consentida y realizada, sin que la conciencia proteste, apaga la luz de nuestra alma y nos lanza hacia las tinieblas exteriores.

En esto radica la esencia del pecado mortal. El pecador está representado por el mítico Edipo, [1] quien después de matar a su padre y ultrajar a su madre acabó por cegar sus propios ojos.

El padre de la inteligencia es el saber y su madre es la creencia.

Había dos árboles en el Edén, el árbol de la Ciencia y el árbol de la Vida.

El saber debe y puede fecundar la Fe; sin él, ella se gasta en abortos monstruosos y sólo produce fantasmas.

La Fe debe ser la recompensa del saber y el fin de todos sus esfuerzos; sin ella, dicho saber acaba por dudar de sí mismo y cae en un desaliento profundo que luego se cambia en desesperación.

Así, de un lado los creyentes que desprecian la ciencia y que desconocen la Naturaleza, y del otro, los sabios que ultrajan, repelen y quieren aniquilar la Fe, son igualmente enemigos de la Luz y se precipitan, cada cual más deprisa, en las tinieblas exteriores en que Proudhon y Veuillot hacen oír su voz más triste que el sollozo y el crujir de sus dientes.

La verdadera fe no puede estar en contradicción con la verdadera ciencia. Toda explicación de dogma cuya falsedad demostrase la ciencia debe ser reprobada por la fe.

No estamos en el tiempo en que se decía: "creo porque es absurdo". Debemos decir ahora: "Creo, porque sería absurdo no creer": ***Credo quia absurdum non credere.***

La ciencia y la fe ya no son dos máquinas de guerra prontas a chocar, sino las dos columnas destinadas a sostener el frontispicio del templo en la paz. Es preciso limpiar el oro del Santuario, ordinariamente tan deslucido por la inmundicia sacerdotal.

El Cristo dice: "Las palabras del dogma son Espíritu y Vida", y para El la materia nada vale. Añade también: "No juzguéis para no ser juzgados, pues el juicio que hagáis os será aplicado y seréis medidos con la misma medida que uséis". ¡Qué espléndido elogio de

la sabiduría y de la duda!. ¡Y qué proclamación de la libertad de conciencia!. De hecho, una cosa es evidente para quien presta atención al buen sentido: que si existiese una ley rigurosa aplicable a todos, y sin cuya observancia fuese imposible la salvación, sería preciso que esa ley promulgara de manera tal que nadie pudiese discutirla o dudar de ella. La duda posible equivaldría a una negación formal y el desconocimiento de dicha ley por parte de un solo hombre anularía de por sí, la divinidad de dicha ley.

No hay dos maneras de ser hombre de bien. ¿Será la religión menos importante que la probidad?. Sin duda que no, y es por eso que jamás hubo más que una religión en el mundo. Las disidencias son apenas aparentes. Pero lo que siempre hubo de irreligioso y horrible es el fanatismo de los ignorantes, que se dañan mutuamente.

La religión verdadera es la religión universal, y es por esto que solamente la que se llama católica trae la verdad. Esta religión posee y conserva la ortodoxia del dogma, la jerarquía de los poderes, la eficacia del culto y la magia verdadera de la ceremonia. Sustentando esto, a pesar del Papa si fuere necesario, seremos tal vez más católicos que el Papa y más protestantes que Lutero.

La verdadera religión es, principalmente, la Luz Interna; las formas religiosas se multiplican a menudo y se esclarecen por el fósforo espectral en las tinieblas exteriores; pero es preciso respetar la individualidad de las almas que no comprenden el espíritu. La ciencia no puede y no debe emplear represalias contra la ignorancia.

El fanatismo no sabe por qué la Fe tiene razón y la razón, al mismo tiempo que reconoce que la religión es necesaria, sabe perfectamente en qué y por qué la superstición se engaña.

Toda la religión católica y cristiana está basada en el dogma de la gracia, esto es, de la gratitud. "Recibiréis liberalmente, dad también con libertad", dice San Pablo. La religión es, esencialmente, una institución de beneficencia. La iglesia es una casa de auxilio para los desheredados de la filosofía. Se puede dispensarla, pero no conviene atacarla. Los pobres que se abstienen de acudir a la Asistencia Pública no tienen por eso, el derecho de difamarla. El hombre que vive honestamente sin religión se priva a sí mismo de un gran auxilio, aunque pro ello no hace ningún agravio a Dios. Los dones gratuitos no se sustituyen por castigos cuando alguien los rehúsa, y Dios no es un usurero que haga pagar a los hombres intereses de lo que no le adeudan. Los hombres tienen necesidad de la religión, pero la religión no tiene necesidad de los hombres. Aquellos que no reconocen la ley, dice San Pablo, serán juzgados fuera de la ley. No habla aquí de la ley natural sino de la ley religiosa, o para ser más exactos, de las prescripciones sacerdotales.

Fuera de estas verdades, tan dulces y tan puras, sólo hay tinieblas exteriores, donde lloran aquellos que la religión mal comprendida no podría consolar y donde los sectarios que toman el odio por el amor hacen rechinar sus dientes.

Santa Teresa tuvo una visión formidable en cierta oportunidad. Le pareció estar en el infierno encerrada entre dos paredes vivientes que constantemente se acercaban sin llegar nunca a aplastarla. Esta prisión, hecha de paredes palpables, podría hacernos pensar en aquella palabra amenazadora de Cristo: "¡Las tinieblas exteriores!. Imaginemos un alma que por odio a la Luz se vuelve ciega como Edipo; que resiste todas las atracciones de la vida y que huye de la vida como de la luz. Lanzada fuera de la atracción de los mundos y de la claridad de los soles, deambula sola en la inmensidad oscura para toda la eternidad y únicamente existe para ella misma y para los ciegos voluntarios que se le asemejan.

Inmóvil en la sombra, sufre la tortura eterna de la noche. Le parece que todo está aniquilado, excepto su propio sufrimiento capaz de llenar el infinito. ¡Oh dolor!. ¡Haber podido comprende y sin embargo haberse obstinado en el idiotismo de una fe insensata!. ¡Haber podido amar y tener atrofiado el corazón!. ¡Una hora solamente, o al menos un minuto de las alegrías más imperfectas y de los más fugitivos amores!. ¡Un poco de aire! ¡Un poco de sol!. ¡Siquiera un poco de claridad y un tablado para saltar!. ¡Una gota de vida, o aun menos que una gota, una lágrima!. Y la eternidad implacable le responde: ¡Qué hablas tú de lágrimas, si tú misma no puedes llorar!. Las lágrimas son el rocío de la vida y la destilación de la savia del amor; tú misma te aislaste en el egoísmo y te encerraste en la Muerte.

¡Ah!. ¡Quisiste ser más santa que Dios!. ¡Escupiste en el rostro de nuestra señora madre, la casta y la divina Naturaleza!. ¡Has maldecido a la Ciencia, la Inteligencia y el Progreso!. ¡Creíste que para vivir eternamente era preciso asemejarse a un cadáver y disecarse como una momia!.

No eres más que tu propia obra: ¡goza en paz de la eternidad que has escogido! Sin embargo, aquellas pobres gentes a quienes llamabais pecadores y malditos irán a salvaros. Aumentaremos la luz, voltearemos tu pared para arrancaros de vuestra inercia. Un enjambre de amores, o si queréis una legión de ángeles (amores y ángeles han sido creados de la misma manera), lo rodearán y llevarán con guirnaldas de flores y lucharás con el Mefistófeles del bello drama filosófico de Goethe. A pesar tuyo, a pesar de tus disciplinas y tu rostro pálido, revivirás, amarás, sabrás y sobre los restos del último convento verás también danzar con nosotros la rueda infernal de Fausto!.

¡Felices aquellos que lloraban en el tiempo de Jesús! ¡Felices, ahora, los que saben reír, ***porque reír es propio del hombre*,** como dice el gran profeta Rabelais, [2] el Mesías del Renacimiento. La risa es la indulgencia, la risa es la filosofía. El cielo se calma cuando ríe, y el Gran Arcano de la omnipotencia divina no es más que una sonrisa eterna.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Edipo.*** Mitología: Rey de Tebas. Hijo de Layo, rey de Tebas y de Yocasta. El Oráculo de Apolo predijo a Layo que moriría a manos de su hijo. Apenas nacido Edipo, su padre, para que no se cumpliera la predicción, le hizo llevar al monte Citerón y ordenó que fuera suspendido de los pies a la rama de un árbol. Lo encontraron unos pastores, y por la hinchazón que había producido en sus pies la ligadura lo llamaron Edipo (pies hinchados). Más tarde fue el “vencedor de la Esfinge” lo cual no es más que una alegoría iniciática.

(2) **Rabelais, Francisco.** Sacerdote católico, filósofo, médico y escritor francés, autor de las célebres obras “Gargantúa” y “Pantagruel”. Durante su permanencia en el convento franciscano de Fontenayle-Comte, donde hizo su noviciado y recibió las órdenes sacerdotales, despertaron en él dos grandes sentimientos que arraigaron profundamente: el amor a las letras y el odio a los frailes. Tuvo que huir del convento por haberse vuelto sospechoso al Capítulo de la Orden. En 1511 fue nombrado cura párroco de Meudon. Dice

de él Colletet: "Desempeñó este curato con toda la sinceridad, buena fe y caridad que se pueden esperar de un hombre que quiere cumplir con su deber. No se ve queja ni contra sus costumbres ni contra su conducta pastoral". Rabelais, institutor y moralista de primera línea para quien lo lee con ánimo sereno, usa mucho de la sátira fina e ingeniosa como la de Cervantes. Los mediocres consideran sus obras sin valor. El destino de Rabelais fue vivir siempre perseguido por los religiosos y los teólogos y haber sido siempre aplaudido por los prelados y los príncipes, pues a estos últimos debió su completa rehabilitación y la publicación de sus numerosas obras.

CAPÍTULO VI

EL GRAN SECRETO

Sabiduría, moralidad, virtud: palabras respetables, pero vagas, sobre las cuales se disputa desde hace muchos siglos pero sin haber conseguido entenderlas.

Querría ser sabio, mas ¿tendré yo la certeza de mi sabiduría, mientras crea que los locos son más felices y hasta más alegres que yo?.

Es preciso tener buenas costumbres, pero todos somos algo niños; las moralidades nos adormecen. Y es que nos enseñan moralidades tontas que no convienen a nuestra naturaleza. Hablamos de lo que no nos interesa y pensamos en otra cosa.

Excelente cosa es la virtud: su nombre quiere decir fuerza, poder. El mundo subsiste por la virtud de Dios. Mas ¿en qué consiste para nosotros la virtud?. ¿Será una virtud para enflaquecer la cabeza o suavizar el rostro?. ¿Llamaremos virtud a la simplicidad del hombre de bien que se deja despojar por los bellacos?. ¿Será virtud abstenerse en el temor de abusar?. ¿Qué pensaríamos de un hombre que no andase por miedo de quebrarse una pierna?. La virtud, en todas las cosas, es lo opuesto de la nulidad, del sopor y de la impotencia.

La virtud supone la acción; pues si ordinariamente oponemos la virtud a las pasiones es para demostrar que ella nunca es pasiva.

La virtud no es solamente la fuerza, es también la razón directora de la fuerza. Es el poder equilibrante de la vida.

El gran secreto de la virtud, de la virtualidad y de la vida, sea temporal, sea eterna, puede formularse así:

El arte de balancear las fuerzas para equilibrar el movimiento.

El equilibro que se necesita alcanzar no es el que produce la inmovilidad, sino el que realiza el movimiento. Pues la inmovilidad es muerte y el movimiento es vida.

Este equilibrio motor es el de la propia Naturaleza. La Naturaleza, equilibrando las fuerzas fatales, produce el mal físico y la destrucción aparente del hombre mal equilibrado. El hombre se libera de los males de la Naturaleza sabiendo sustraerse a la fatalidad de las circunstancias por el empleo inteligente de su libertad. Empleamos aquí la palabra fatalidad, porque las fuerzas imprevistas e incomprensibles para el hombre necesariamente le parecen fatales.

La Naturaleza ha previsto la conservación de los animales dotados por el instinto, pero también dispone de todo para que el hombre imprudente perezca.

Los animales viven, por así decirlo, por sí mismos y sin esfuerzos. Sólo el hombre debe aprender a vivir. La ciencia de la vida es la ciencia del equilibrio moral.

Conciliar el saber y la religión, la razón y el sentimiento, la energía y la dulzura es el fondo de ese equilibrio.

La verdadera fuerza invencible es la fuerza sin violencia. Los hombres violentos son hombres débiles e imprudentes, cuyos esfuerzos se vuelven siempre contra ellos mismos.

El afecto violento se asemeja al odio y casi a la aversión.

La cólera hace que la persona se entregue ciegamente a sus enemigos. Los héroes de Homero, cuando combaten, tienen el cuidado de insultarse para entrar en furor recíprocamente, sabiendo de antemano, con todas las probabilidades, que el más furioso de los dos será vencido.

El fogoso Aquiles estaba predestinado a perecer desgraciadamente. Era el más altivo y el más valeroso de los griegos y sólo causaba desastres a sus conciudadanos.

El que hace tomar Troya es el prudente y paciente Ulises, que sabe siempre contenerse y sólo hiere con golpe seguro. Aquiles es la pasión y Ulises la virtud y es desde este punto de vista que debemos tratar de comprender el alto alcance filosófico y moral de los poemas de Homero.

Sin duda que el autor de estos poemas era un iniciado de primer orden, pues el Gran Arcano de la Alta Magia práctica, está entero en la Odisea.

El Gran Arcano Mágico, el Arcano único e incomunicable tiene por objeto poner, por así decirlo, el poder divino al servicio de la voluntad del hombre.

Para llegar a la realización de este Arcano es preciso **SABER** lo que se debe hacer, **QUERER** lo exacto, **OSAR** en lo que se debe y **CALLAR** con discernimiento [(1)].

El Ulises de Homero [(2)] tiene, en contra de sí, a los dioses, los elementos, los cíclopes, las sirenas, Circe, etc., es decir, a todas las dificultades y todos los peligros de la vida.

Su palacio es invadido, su mujer es obsediada, sus bienes son saqueados, su muerte es resuelta, pierde sus compañeros, sus navíos son hundidos; en fin, queda solo en su lucha contra la noche y el mal. Y así, solo, aplaca a los dioses, escapa del mal, ciega al cíclope, engaña a las sirenas, domina a Circe, recupera su palacio, libera a su mujer, mata a los que querían matarlo, y todo, porque ***quería*** volver a ver a Itaca y a Penélope, porque ***sabía*** escapar siempre del peligro, porque se ***atrevía*** con decisión y porque ***callaba*** siempre que fuera conveniente no hablar.

Pero, dirán contrariados los amantes de los cuentos azules, esto no es magia. ¿No existen talismanes, yerbas y raíces que hacen operar prodigios?. ¿No hay fórmulas misteriosas que abren las puertas cerradas y hacen aparecer a los espíritus?. Háblanos de esto y deja para otra ocasión tus comentarios sobre la Odisea.

Si habéis leído mis obras precedentes, sabéis entonces que reconozco la eficacia relativa de las fórmulas, de las yerbas y de los talismanes. Pero éstos apenas son pequeños medios que se enlazan a los pequeños misterios. Os hablo ahora de las grandes fuerzas morales y no de los instrumentos materiales. Las fórmulas pertenecen a los ritos de iniciación; los talismanes son auxiliares magnéticos; y las yerbas corresponden a la medicina oculta, y el propio Homero no las desdeñaba. El Moly, el Lothos y el Nepenthes [(3)] tienen su lugar en estos poemas, pero son ornamentos muy accesorios. La copa de Circe nada puede sobre Ulises, que conoce sus efectos funestos y sabe eludir de beberla. El iniciado en la alta ciencia de los magos nada tiene que temer a los hechiceros.

Las personas que recorren la magia ceremonial y van a consultar adivinos se asemejan a los que, multiplicando las prácticas de devoción, quieren o esperan suplir con ello la religión verdadera. Dichas personas nunca estarán satisfechas de vuestros sabios consejos.

Todas esconden un secreto que es bien fácil de adivinar, y que podría expresarse

así: "tengo una pasión que la razón condena y me antepongo a la razón; es por eso que vengo a consultar el oráculo del desvarío, a fin de que me haga esperar, que me ayude a engañar mi conciencia y me de la paz del corazón".

Van así a beber en una fuente engañosa que después de satisfacerles la sed la aumenta cada vez más. El charlatán suministra oráculos oscuros y la gente encuentra en ellos lo que quiere encontrar y vuelve a buscar más esclarecimientos. Regresa al día siguiente, vuelve siempre, y de ese modo son los charlatanes los que hacen fortuna.

Los Gnósticos basilidianos decían que Sophia, la sabiduría natural del hombre, habiéndose enamorado de sí misma, como el Narciso de la mitología clásica, desvió la mirada de su principio y se lanzó fuera del círculo trazado pro la luz divina llamada pleroma. Abandonada entonces a las tinieblas, hizo sacrilegios para dar a luz. Pero una hemorragia semejante a la que alude el Evangelio, le hizo perder su sangre, que se iba transformando en monstruos horribles. ¡La más peligrosa de todas las locuras es la de la sabiduría corrompida!.

Los corazones corrompidos envenenan toda la naturaleza. Para ellos el esplendor de los bellos días es apenas un ofuscante tedio y todos los goces de la vida, muertos para estas almas muertas, se levantan delante de ellas para maldecirlas, como los espectros de Ricardo III: "desespera y muere". Los grandes entusiasmos les hacen sonreír y lanzar al amor y a la belleza, como para vengarse, el desprecio insolente de Stenio y de Rollon. No debemos dejar caer los brazos acusando a la fatalidad; debemos luchar contra ella y vencerla. Aquellos que sucumben en ese combate son los que no supieron o no quisieron triunfar. ***No saber*** es una disculpa, pero no una justificación, puesto que ***se puede aprender.*** "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen", dijo el Cristo al expirar. Si fuese permitido ***no saber*** la oración del Salvador habría sido inexacta y el Padre nada hubiera tenido que perdonarles.

Cuando la gente ***no sabe***, debe ***querer*** aprender. Mientras no se ***sabe*** es temerario ***osar***, pero siempre es bueno ***saber callar.***

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Saber, Querer, Osar, Callar:*** La palabra cuádruple del enigma eterno propuesto por la Esfinge: ***Saber***, en su cabeza de mujer de mirada penetrante; ***Querer***, en los flancos del laborioso toro; ***Osar,*** en sus garras de león, y ***Callar,*** en las alas plegadas. Esto debía comprenderlo el aspirante a los misterios de Egipto, y además, saber leer el cuádruple verbo: Querer saber; Querer osar; Querer callar. Saber querer; Saber callar; Saber osar. Osar querer; Osar saber; Osar callar, antes de tener el derecho a penetrar por el portal del monstruo a los corredores subterráneos y salas iniciáticas.

(2) ***Ulises.*** Mitología: Rey de Itaca, uno de los principales héroes en la guerra de Troya, esposo de Penélope y padre de Telémaco. Sus aventuras constituyen el argumento de la Odisea de Homero.

(3) ***Moly, Lothos, Nepenthes.*** Plantas que figuran en los poemas de Homero y que servirían por sus virtudes simpáticas para experiencias mágicas.

CAPÍTULO VII

EL PODER QUE CREA Y QUE TRANSFORMA

La voluntad es esencialmente realizadora, podemos hacer todo cuanto razonablemente creemos poder ejecutar.

En su esfera de acción, el hombre dispone de la omnipotencia de Dios; puede crear y transformar.

Pero este poder debe ejercerlo primeramente, sobre sí mismo. Cuando viene al mundo, sus facultades son un caos, las tinieblas de la inteligencia cubren el abismo de su corazón, y su espíritu, como arrastrado por las ondas del mar, está agitado por la incertidumbre.

Le es dada entonces la razón, pero esta razón aún es pasiva y es él mismo quien debe volverla activa; es a él a quien corresponde enfrentar las olas y exclamar: ¡Hágase la luz!.

Así el hombre se tornará una razón, una conciencia; se hará un corazón. La ley divina le será dada en medida de lo que él realice, y la Naturaleza entera corresponderá a sus deseos.

La eternidad entrará y permanecerá en su memoria. Dirá al espíritu: sé materia, y a la materia, sé espíritu, y el espíritu y la materia le obedecerán.

Toda sustancia se modifica por la acción, toda acción es dirigida por el espíritu, todo espíritu se dirige conforme una voluntad, y toda voluntad es determinada por una razón.

La realidad de las cosas está en su razón de ser. Esta razón de las cosas es el principio de lo que es.

Todo es sólo fuerza y materia, dicen los ateos. Lo que equivale a afirmar, que los libros son apenas papel y tinta.

La materia es auxiliar del espíritu, sin el cual ella no tendría razón de ser y no existiría.

La materia se transforma en espíritu por intermedio de nuestros sentidos y esta transformación, sensible solamente a nuestras almas, es lo que llamamos el placer.

El placer es el sentimiento de una acción divina. Alimentarse es crear la vida y transformar, del modo más maravilloso, las sustancias muertas en sustancias vivas.

¿Por qué la Naturaleza impulsa los sexos, uno hacia el otro, con tanto arrebato y tanta embriaguez?. Es que ella nos convida a la gran obra por excelencia, la obra de la eterna fecundidad.

¿Qué se hable de los goces de la carne?. La carne no tiene tristezas ni goces: es un instrumento pasivo. Nuestros nervios son las cuerdas del instrumento con el cual la Naturaleza nos hace oír y sentir la música de la voluptuosidad, y todos los goces de la vida, aún los más perturbadores, son parcela exclusiva del alma.

¿Qué es la belleza, sino la expresión del espíritu sobre la materia?. ¿Acaso el cuerpo de la Venus de Milo tiene que ser de carne para recrear nuestros ojos y exaltar nuestro pensamiento?. La belleza de la mujer es el himno de la maternidad; la forma agradable y delicada de su seno nos recuerda, continuamente, la primera sede de nuestros labios; queremos retribuirle en besos eternos lo que nos dio en suaves efusiones. ¿Es pues de la carne que estamos enamorados?. Despojadas de su adorable poesía, ¿qué nos inspirarían estas inciertas, flexibles y angulosas mujeres, de piel morena las unas, de blanco rosáceo las otras?. ¿Y qué sería de nuestras más hermosas emociones si la mano del amante, cesando de temblar, tuviese que armarse del lente del físico o el escalpelo del anatomista?.

En una fábula ingeniosa, relata Apuleyo que un experimentador inhábil, después de seducir a la criada de una maga, quien le proporcionó una pomada preparada por su señora, trató de transformarse en pájaro, pero sólo consiguió metamorfosearse en asno. Le dicen que para readquirir su primera forma le bastará con comer rosas, lo cual al principio juzgó cosa fácil. Mas luego comprendió que las rosas no están echas para los asnos. Quiere aproximarse a un rosal y lo repelen a garrotazos, sufre mil males y, al fin, sólo pudo ser liberado por la intervención directa de la Divinidad.

Se sospecha que Apuleyo haya sido cristiano, pues en esta leyenda el asno ha querido verse una crítica velada a los misterios del cristianismo. Los cristianos, ansiosos por volar al cielo, habrían desconocido la ciencia y caído bajo el yugo de esa fe ciega que los arrastraba a adorar, en los primeros siglos, la cabeza de un asno, según afirman sus detractores.

Esclavos de una austeridad fatal, se volvieron indiferentes a todas las bellezas naturales simbolizadas en la fábula de Apuleyo por las rosas. El placer, la belleza, la naturaleza y la vida misma, eran anatematizadas por estos rudos e ignorantes conductores, que palpaban en su frente al pobre asno de Bethlem. Fue entonces cuando la Edad Media soñó con el romance de la Rosa y los Iniciados en las ciencias antiguas, ansiosos por reconquistar a la **ROSA,** sin abjurar de la **CRUZ,** reunieron ambas imágenes y tomaron el nombre de **ROSA-CRUZ,** a fin de que la Rosa fuese de nuevo sobre la Cruz, y que la Cruz, a su vez, pudiese inmortalizarse a través de la Rosa.

Sólo existe verdadero placer, verdadera belleza, verdadero amor, para los sabios que son verdaderamente creadores de su propia felicidad. Ellos se abstienen para aprender a usar bien, y si se privan es para adquirir una felicidad.

¿Hay acaso miseria más deplorable que la del alma?. ¡Cuán dignos de lástima son los que empobrecen su corazón!. Comparad la pobreza de Homero y la riqueza de Trimalcion y decidme ¿cuál de los dos es más miserable?. ¿Qué son los bienes que nos pervierten y que nunca poseemos, puesto que siempre debemos perderlos o dejarlos para otros?. ¿Para qué sirven, si nuestras manos no los convierten en instrumentos de sabiduría?. Aumentar las necesidades de la vida animal; embrutecernos en la saciedad y en el disgusto, ¿Será el fin de la existencia, lo positivo de la vida?. ¿No es esto, por el contrario, el ideal más falso y más depravado?. Emplear el alma para engordar el cuerpo ya es de por sí gran locura; pero matar el alma y el cuerpo para dejar un día una gran fortuna a un joven idiota que la arrojará a manos llenas a los pies de la primera cortesana, ¿No es el colmo de la demencia?. Y, sin embargo, esto es lo que hacen los hombres serios que llaman soñadores a los filósofos y a los poetas.

Lo que hallo deseable, decía Curio, no es tener riquezas sino mandar a los que las

poseen, y San Vicente de Paul, sin pensar en la máxima de Curio, reveló toda su grandeza en el ejército de la beneficencia. ¿Qué soberano habría podido fundar tantos hospitales, dotar tantos asilos?. ¿Qué Rotschild hubiera encontrado tantos millones para esto?. El pobre padre Vicente de Paul deseó y pidió las riquezas y éstas obedecieron.

Porque poseía el ***poder que crea y que transforma*****:** una voluntad perseverante y sabia, apoyada en las leyes más sagradas de la Naturaleza. Aprended a querer lo que Dios quiere, y todo lo que quisiereis se realizará ciertamente.

Sabed también que los contrarios se realizan por los contrarios: la codicia es siempre pobre, el desinterés es siempre rico.

El orgullo provoca el desprecio, la modestia atrae la alabanza, el libertinaje mata el placer, la temperancia purifica y renueva los goces. Con seguridad, siempre obtendréis lo contrario de lo que queráis injustamente, y siempre recibiréis el céntuplo de lo que sacrifiquéis por la justicia. Así pues, si queréis cosechar a la izquierda, sembrad a la derecha; y meditad en este consejo que tiene la apariencia de una paradoja, pero que os hará entrever uno de los mayores secretos de la filosofía oculta.

¿Queréis atraer?. Haced el vacío. Esto se realiza en virtud de una ley física análoga a una ley moral. Las corrientes impetuosas siempre buscan las profundidades inmensas. Las aguas son hijas de las nubes y siempre buscan los valles. Los goces verdaderos vienen de lo alto, ya lo dijimos: es el deseo el que os atrae y el deseo es un abismo.

La nada atrae al todo y es por eso que los seres más indignos de amor son, muchas veces, los más amados. La plenitud busca el vacío y el vacío atrae la plenitud. Los animales y las almas bien lo saben.

Píndaro, [(1)] nunca habría amado a Safo [(2)] y Safo debió resignarse a todo el desdén de Faon. Un hombre y una mujer de genio son hermano y hermana; su unión sería un incesto, y el hombre que es solamente un hombre nunca amará a una mujer de barba.

Rousseau pareció haber presentido esto cuando se casó con una criada, un marimacho estúpido y ávido. Pero nunca pudo hacer comprender a Teresa su superioridad intelectual, y él le era, evidentemente, inferior en las groserías de la existencia. En el hogar, Teresa era el hombre y Rousseau la mujer. Rousseau era demasiado altivo para aceptar semejante posición. Protestó contra el hogar, enviando los hijos de Teresa a la casa de expósitos, puso así la naturaleza entre él y ella y se expuso a todas las venganzas de la madre.

¡Hombres de genio, no tengáis hijos; vuestros únicos y legítimos hijos son vuestros libros. Nunca os caséis; vuestra esposa es la gloria!. Guardad vuestra virilidad para ella; y si en buena hora encontráis una Eloísa, no os expongáis por una mujer al destino de Abelardo.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Píndaro.*** Príncipe de los poetas líricos griegos.

(2) ***Safo.*** Célebre poetisa griega.

CAPÍTULO VIII

LAS EMANACIONES ASTRALES Y LAS PROYECCIONES MAGNETICAS

El universo es un conjunto de glóbulos imantados que se atraen y se repelen mutuamente. Los seres producidos pro los diferentes glóbulos participan de dicha imantación universal.

Los hombres mal equilibrados son imanes perturbados o excesivos que la Naturaleza vuelve enemigos, hasta que la falta parcial de equilibro produce la destrucción.

El análisis espectral de Bunsen llevará a la ciencia a distinguir la especialidad de los imanes y a dar así una razón científica a los fundamentos antiguos de la astrología judiciaria. Los diversos planetas del sistema ejercen, ciertamente, una acción magnética sobre nuestro globo y sobre las diversas organizaciones de los entes vivos que lo habitan.

Todos bebemos los aromas del cielo mezclados con el espíritu de la tierra y, nacidos bajo la influencia de distintas estrellas, cada uno de nosotros sentimos preferencias por una fuerza representada por una forma, un genio y un color determinados.

La pitonisa de Delfos, sentada en un trípode sobre una grieta de la tierra, aspiraba el fluido astral por los órganos sexuales, y al caer luego en estado demencial o sonambúlico profería palabras incoherentes que, en ocasiones, resultaban oráculos. Todas las naturalezas nerviosas entregadas a los desórdenes de las pasiones se asemejan a la pitonisa y aspiran **PYTHON,** el espíritu malo y fatal de la tierra; proyectan después con fuerza el fluido que las penetró y aspiran enseguida, con igual fuerza, el fluido vital de los otros entes, absorbiéndolos y ejerciendo así, alternativamente, el poder nefasto del ***jettatore*** [(1)] y del vampiro.

Si los dolientes afectados por este aspirar y respirar deletéreos lo toman por un poder y quieren aumentar su ascensión y proyección, manifestarán sus deseos por ceremonias que se llaman evocaciones, hechizos, etc., convirtiéndose en lo que, antiguamente se denominaba necromantes y hechiceros.

Toda apelación a una inteligencia desconocida y extraña, cuya existencia nos es demostrada, y que tiene por fin sustituir su dirección por la de nuestra razón y libre albedrío, puede considerarse como un suicidio intelectual, pues es un llamado a la locura.

Todo lo que abandona su voluntad a fuerzas misteriosas, todo lo que hace hablar en nosotros otras voces que no sean las de la conciencia y las de la razón, pertenece a la alienación mental.

Los locos son visionarios extáticos. Toda visión que se produzca en estado de vigilia es un acceso de locura. El arte de las evocaciones consiste en provocar intencionadamente una locura ficticia.

Toda visión pertenece a la naturaleza del sueño. Es una ficción de nuestra demencia. Es una nube de nuestra imaginación en desorden, proyectada en la luz astral. Somos nosotros mismos quienes aparecen ante nosotros, disfrazados de fantasmas, cadáveres o

demonios.

Aparentemente, en el círculo de atracción y de su proyección magnética los locos logran que la Naturaleza produzca disparates: los muebles saltan y se dislocan; los cuerpos leves son atraídos y lanzados a distancia. Los alienistas lo saben muy bien, pero temen afirmarlo, porque la ciencia oficial aún no ha admitido que los seres humanos son imanes y que estos imanes pueden ser perturbados y falseados. El abate Vianney, cura de Ars, se creía incesantemente ridiculizado por el demonio; y Berbiguier de Terranova, se armaba de largos alfileres para espantar a los duendes.

El punto de apoyo existe en la resistencia que les opone el progreso indisciplinado. En la democracia, lo que hace difícil la buena organización es que cada soldado quiere ser un general. Entre los Jesuitas sólo hay un general.

La obediencia es la gimnasia de la libertad, y para llegar a ser lo que se quiere es preciso aprender a hacer, muchas veces, lo que no se quería hacer. Sólo nos agrada estar al servicio de la fantasía. Hacer lo que debemos querer, es ejercitar y hacer triunfar, al mismo tiempo, la razón y la voluntad.

Los contrarios se afirman y se confirman por los contrarios. Mirar para la izquierda cuando se quiere ir a la derecha es disimulación y prudencia; pero poner pesas en el plato izquierdo de una balanza cuando se quiere hacer subir el plato de la derecha, es conocer las leyes de la dinámica y del equilibrio.

En dinámica, la resistencia determina la cantidad de fuerza pero como no existe resistencia que pueda soportar por la persistencia del esfuerzo y del movimiento, el ratón logra roer la cuerda y la gota de agua consigue horadar la roca.

El esfuerzo renovado diariamente aumenta y conserva la fuerza, pero si la acción es aplicada a una cosa diferente de sí misma, entonces es irracional y ridícula. Es ocupación poco seria, en apariencia, mover entre los dedos las cuentas de un rosario, repitiendo doscientas o trescientas veces: Ave María. Pues bien, que una religiosa se acueste sin haber recitado su rosario, al día siguiente despertará intranquila, no tendrá valor de hacer la oración de la mañana y pasará distraída durante el oficio. Es por eso que sus directores le repiten continuamente y con razón que no descuide de las cosas pequeñas.

Los grimorios y rituales mágicos están llenos de prescripciones minuciosas y aparentemente ridículas.

Comer durante diez o veinte días alimentos sin sal; dormir apoyado en los codos; sacrificar un gallo negro a medianoche, en una encrucijada y dentro de una floresta; ir a un cementerio a buscar tierra de la tumba reciente de un difunto; cubrirse con ciertos vestuarios bizarros y recitar largas y fastidiosas conjuraciones, etc. ¿Querían los autores de estos libros burlarse de sus lectores?. ¿Les revelaban secretos verdaderos?. No se burlaban, y sus enseñanzas eran serias. Tenían por fin exaltar la imaginación de sus adeptos y darles conciencia de una fuerza suplementaria que existe en cuanto creen en ella y que se aumenta en proporción directa con la perseverancia de los esfuerzos. Puede ocurrir no obstante, que, por la ley de reacción de los contrarios, obstinándose en orar a Dios se evoque al diablo, y que después de las conjuraciones satánicas se oiga el llanto de los ángeles. Todo el infierno danzaba alborozado cuando San Antonio recitaba los salmos, y el paraíso parecía renacer ante los encantamientos del gran Alberto y de Merlino.

Esto es así, porque las ceremonias en sí mismas carecen de importancia; todo depende del ***aspir*** y el ***respir***. Las fórmulas consagradas por un largo uso nos ponen en

comunicación con los vivos y los muertos, y a nuestra voluntad que, al penetrar así en las grandes corrientes queda impregnada de todos sus efluvios. Una criada que practica puede, en un momento dado, disponer hasta de la omnipotencia temporal de la iglesia sostenida por las armas de Francia, como aconteció en ocasión del bautismo y rapto del judío Montara. Toda la civilización de Europa, en el siglo XIV, protestó contra este acto y lo sufrió, sólo porque una criada devota así lo quiso. Y la tierra enviaba en auxilio de esa moza las emanaciones espectrales de los siglos de Santo Domingo y Torquemada; San Ghisleri oraba por ella. La sombra del gran rey revocador del edicto de Nantes le hacía una señal de aprobación, y el mundo clerical entero estaba pronto para sostenerla.

Juana de Arco, que fue quemada como hechicera, había atraído para sí, de hecho, el espíritu de la heroica Francia y lo irradiaba de un modo maravilloso, electrizando a nuestro ejército y haciendo huir a los ingleses. Un papa la rehabilitó; pero era muy poco; era preciso canonizarla. Si esta taumaturga no era una hechicera, evidentemente tenía que ser una santa. Y al fin de cuentas, ¿Qué es un hechicero?. Es un taumaturgo que el papa no aprueba.

Los milagros son, por así decirlo, las extravagancias de la Naturaleza producidas por la exaltación del hombre. Acontecen siempre en virtud de las mismas leyes. Todo personaje de celebridad popular podría hacer milagros, y a veces los hace, sin querer. En un tiempo en que la Francia adoraba a sus reyes, los reyes de Francia curaban las escrófulas, y en nuestros días, la gran popularidad de estos soldados pintorescos y bárbaros, llamados zuavos, desenvolvió en uno de los suyos, el zuavo Jacob, la facultad de curar por la voz y por los ojos. Dicen que este zuavo dejó su puesto para pasar a los granaderos, y creemos, con seguridad, que el granadero Jacob ya n o tendrá más el poder que, exclusivamente, le pertenecía al zuavo.

En tiempo de los Druidas, había en las Galias mujeres taumaturgas, a las que llamaban Elphos y Fadas. [2]. Para los druidas eran santas; para los cristianos son hechiceras. José Bálsamo - para sus discípulos el Divino Cagliostro - fue condenado en Roma como hereje y hechicero, por haber hecho predicciones y milagros sin la autorización del Ordinario. Pero en esto tenían razón los inquisidores, pues sólo la iglesia romana posee el monopolio de la Alta Magia y de las ceremonias eficaces. Con agua y sal ella encanta a los demonios; con pan y vino evoca a Dios y lo fuerza a hacerse visible y palpable en la tierra; con el óleo da la salud y el perdón.

Hace aún más: crea sacerdotes y reyes.

Sólo ella comprende y vuelve comprensible el por qué los reyes del triple reino mágico, los tres Magos guiados por la estrella flameante, ofrecieron a Jesús el Cristo, en su cuna, el oro que fascina los ojos y hace la conquista de los corazones, el incienso que lleva el ascetismo al cerebro y la mirra que conserva los cadáveres y hace de algún modo palpable el dogma de la inmortalidad, dejando ver la inviolabilidad y la incorrupción en la muerte.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Jettatore.*** Jettatura, mal de ojo o la influencia que determinadas personas ejercen sobre otras por medio de la mirada. La posibilidad de este fenómeno se basa: 1°, en el poder especial de la mirada; 2°, en la fuerza proyectante de la voluntad; 3° en el influjo de la sugestión. Palabra italiana derivada del latín ***jectitare,*** lanzar frecuentemente, que proviene de ***jectare,*** lanzar o emanar.

(2) ***Elphos.*** Elfos, en la mitología escandinava, divinidades subalternas. ***Fadas,*** Hadas, seres fantásticos que se representan bajo forma de mujeres y se les atribuye poder mágico.

CAPÍTULO IX

EL SACRIFICIO MAGICO

Hablemos primeramente del sacrificio en general.

¿Qué es el sacrificio?. El sacrificio es la realización del amor.

Es la sustitución del culpable por el inocente en la obra voluntaria de la expiación.

Es la compensación por la generosa injusticia del justo, que sufre la pena de la cobarde injusticia del rebelde que usurpó el placer.

Es la temperancia del sabio que hace contrapeso en la vida universal a las orgías de los insensatos.

He aquí lo que en realidad es el sacrificio y, más que todo, lo que debe ser.

En el mudo antiguo el sacrificio era raramente voluntario. El hombre culpado amaba entonces el suplicio, al que consideraba como una conquista o su propiedad.

Ahora bien, la magia negra es la continuación oculta de los ritos del mundo antiguo. La inmolación es el fondo de los misterios de la nigromancia, y los hechizos son sacrificios mágicos en los que el magnetismo del mal sustituye a la hoguera y la cuchilla. En la religión, lo que salva es la Fe; en la magia negra, lo que mata es la Fe.

Morir para salvar a otro es el sacrificio sublime. Matar a otro, para no morir, es el sacrificio impío.

Consentir el asesinato de un inocente, a fin de garantizar la impunidad de nuestros errores, sería la última y más imperdonable de las cobardías, si el ofrecimiento de la víctima no fuese voluntario y si ella no tuviese el derecho de ofrecerse como superior a nosotros y como señora absoluta de sí misma. Es así como fue sentida su necesidad para el rescate de los hombres.

Hablamos aquí de una creencia consagrada por siglos de adoración y por la fe de muchos millones de hombres, y como ya se dijo que el verbo colectivo y perseverante crea lo que afirma, podemos decir que esto es así.

Hoy, el sacrificio de la cruz se renueva y se perpetúa en el altar. Ahí es tal vez más admirable para el creyente. De hecho se halla allí el Dios-víctima, sin forma de hombre. Mudo y pasivo se entrega a quien quiere tomarlo y sin poner resistencia al que osa ultrajarlo. Y es una hostia blanca y frágil. Viene al llamado de un mal sacerdote, y no protestará si pretenden mezclarlo a los ritos más impuros. Antes del cristianismo, las Estriges [(1)] comían la carne de los niños degollados; hoy, ellas se contentan con las santas hostias.

Se ignora qué poder sobrehumano de maldad extraen los devotos del abuso de los sacramentos. Nada es tan venenoso como un panfletario que comulga. “Tiene el mal vino”, dicen de un beodo que golpea a su mujer cuando está ebrio. Cierto día, un pretendido católico me dijo que existía el ***buen Dios malo.*** Parece que en la boca de ciertos comulgantes se opera una segunda transustanciación. Dios es puesto en su lengua, pero engullen al diablo.

La hostia católica es, en verdad, una cosa formidable. Contiene todo el cielo y todo el infierno, pues es imantada por el magnetismo de los siglos y de las multitudes; magnetismo del bien, cuando la gente se aproxima a ella con la verdadera Fe; magnetismo concentrado del mal, cuando de ella se hace un empleo indigno. Por eso mismo, nada es más buscado y considerado tan poderoso en la confección de los maleficios, como las hostias consagradas por sacerdotes legítimos, pero desviados de su piadoso destino por el robo sacrílego.

Caemos aquí, en el fondo de la magia negra y sus horrores, pero ninguno suponga que, denunciándolo, pretendemos alentar tan abominables prácticas.

Gilles de Laval, señor de Raiz, hacía celebrar la misa negra por un jacobino apóstata, en la capilla secreta de su castillo de Machecoul. A la elevación degollaban una criatura y el mariscal comulgaba con un fragmento de la hostia empapada en la sangre de la víctima.

El autor del grimorio de Honorio dice que el operador de las obras de magia negra debe ser sacerdote. Las mejores ceremonias para evocar al diablo son, según él, las del culto católico, y de hecho, y de acuerdo con el propio Padre Ventura, el diablo nació de los actos de ese culto. En una carta dirigida al señor Gougenot Desmousseaux, y publicada por este último en la carátula interior de una de sus principales obras, el sabio clérigo no teme afirmar que el diablo es un bufón de la religión católica (al menos tal como lo entendía el Padre Ventura). He aquí sus propias expresiones:

“Satán, dice Voltaire, es el cristianismo; sin Satán, no hay cristianismo”.

“Se puede, pues, decir que la obra prima de Satán es conseguir hacerse negar”.

“Demostrar la existencia de Satán es restablecer uno de los dogmas fundamentales que sirven de base al cristianismo y sin el cual es apenas una mera palabra”.

(Carta del Padre Ventura al caballero Gougenot Desmousseaux, en el frontis de su libro ***La Magia en el siglo XIX***).

Vemos pues, que después de haber dicho Proudhon: “Dios es el mal”, un sacerdote católico completa el pensamiento ateo, diciendo: “El cristianismo es Satán”. Y dice esto con absoluto candor, ya que supone defender la religión que calumnia de modo tan horrible. Y es este mismo Padre Ventura quien decía al Papa: “Por causa de una migaja no comprometamos el reino de los cielos”.

El Padre Ventura, personalmente, era un hombre de bien, y en muchas ocasiones en él predominaba el verdadero cristiano sobre su jerarquía eclesiástica.

Concentrar en un punto combinado y ligar a una señal todas las aspiraciones para el bien, es tener bastante fe para realizar a Dios en esta señal. Tal es el milagro permanente que se verifica todos los días en los altares del verdadero cristianismo.

La misma señal, profanada y consagrada al mal, debe realizar el mal de idéntica manera; y si es justo, después de la comunión, puede decir: “No soy yo quien vive, es Jesucristo que vive en mí, soy Jesucristo, soy Dios”, también el comulgante indigno puede decir, con igual seguridad: “No soy más yo, soy Satán”.

Crear Satán es hacerse Satán, tal es el Gran Arcano de la magia negra, y es lo que los hechiceros cómplices del señor de Raíz creían realizar para el, y lo que en efecto, lograban hasta cierto punto, oficiando la misa del diablo.

¿Se habría expuesto el hombre a crear al diablo si no hubiese temido la temeridad de querer crear a Dios dándole un cuerpo?. ¿No dijimos que un Dios corpóreo proyecta

necesariamente una sombra y que esa sombra es Satán?. Sí, lo aseguramos, y nunca diremos lo contrario. Pero, si el cuerpo de Dios es ficticio, su sombra no puede ser real.

El cuerpo divino es apenas una apariencia, un velo, una nube: Jesús lo realizó por la Fe. ¡Adoremos a la Luz y no demos realidad a la sombra, pues que no es ella el objeto de nuestra Fe!. La Naturaleza quiso y quiere siempre que haya una religión en la tierra. La religión germina, florece y se desenvuelve en el hombre; es el fruto de sus aspiraciones y de sus deseos; debe, pues, ser regulada por la soberana razón. Las aspiraciones del hombre por lo infinito, sus deseos del bien eterno y, principalmente, su razón provienen de Dios.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Estrige.*** Ave nocturna, infausta y del mal agüero, de la que el vulgo creía que se cebaba en la sangre de las criaturas o niños de pecho. Se da el mismo nombre a la lechuza.

CAPÍTULO X

LAS EVOCACIONES

Sólo la razón da derecho a la libertad. La libertad y la razón, estos dos grandes y esenciales privilegios del hombre están tan estrechamente unidos, que no podemos renunciar al uno sin desistir del ejercicio del otro. La libertad quiere triunfar por encima de la razón y ésta a su vez exige imperiosamente el reino de la libertad. Es bello morir por la libertad; es sublime ser el mártir de la razón, porque la razón y la libertad son la esencia misma de la inmortalidad del alma.

El propio Dios es razón libre de todo lo que existe.

El diablo, por el contrario, es el desvarío fatal.

Abjurar de la razón o de la libertad es renegar de Dios. Recurrir al desvarío o a la fatalidad, es mil veces más horrible y más implacable de lo que aparece en las leyendas más espantosas. Para nosotros no podría ser bello el ángel caído de Milton, ni el fulgurante Lucifer arrastrando en la noche su aureola de estrellas alcanzada por el rayo. Estas fábulas titánicas son impías. El verdadero diablo es el de las esculturas de nuestras catedrales y el de los pintores ingenuos de nuestros libros góticos. Su forma, esencialmente híbrida, es la síntesis de todas las pesadillas; es feo, deforme y grotesco. Está cautivo y captura. Tiene ojos por todos lados, excepto en la cabeza; ojos en el vientre, en olas rodillas y en la parte posterior del cuerpo inmundo. Está en toda parte en que puede introducirse la locura, y arrastra en pos de sí los tormentos del infierno.

No habla por sí mismo, pero hace que todos nuestros vicios hablen; es el ventrílocuo de los lujuriosos, el Python de las mujeres perdidas. Su voz es impetuosa como el torbellino, insinuante como un suave silbido. Para hablar a nuestros cerebros perturbados, insinúa su lengua bifurcada en nuestros oídos, y para desligar nuestros corazones hace vibrar su cola como una flecha. En nuestra cabeza mata la razón, en nuestro corazón envenena la libertad; y hace siempre esto, necesariamente sin tregua y sin piedad, puesto que no es una persona, sino una fuerza ciega; maldice, pero lo hace por intermedio de nosotros; peca, pero también en nosotros. Somos nosotros los únicos responsables del mal que nos hace, pues él carece de libertad y de razón.

El es la Bestia. San Juan lo repite con insistencia en su maravilloso Apocalipsis; mas, ¿Cómo comprender el Apocalipsis si no tenemos las llaves de la Santa Cábala?.

Una evocación es, pues, un llamado a la Bestia y sólo la Bestia puede responder a ella. Añadiremos, que para hacer aparecer la Bestia es preciso formarla primero en sí, para después proyectarla afuera. Este secreto es el de todos los grimorios, pero que sólo expusieron de modo muy velado, los antiguos maestros.

Para ver al diablo es necesario disfrazarse de diablo, y después mirarse en un espejo. He ahí el Arcano en su simplicidad máxima y tal como se lo podría explicar a un niño. Diremos aún más, para los hombres: que en el misterio de los hechiceros, el disfraz se imprime al alma por el mediador astral, y que el espejo son las tinieblas animadas por el

vértigo.

Toda evocación sería vana si el hechicero no empezara por dañar su alma, sacrificando para siempre su libertad y su razón. Esto se comprenderá fácilmente. Para crear en nosotros la Bestia hay que matar al hombre, lo cual se representa por medio del sacrificio previo de una criatura y, mejor aún, por la profanación de una hostia. El hombre que se decide a una evocación es un miserable que la razón tortura y que quiere aumentar en sí mismo el apetito bestial, a fin de crear en él un foco magnético dotado de una influencia fatal. Es que quiere él mismo hacerse desvarío y fatalidad. Quiere ser un imán descentrado y malo, para atraer hacia sí mismo los vicios y el oro que los alimenta. Es el crimen más terrible que la imaginación pueda soñar. Es la violación de la Naturaleza. Es un ultraje absoluto y directo a la Divinidad. Pero también, felizmente, es algo en extremo difícil de poder realizar y la mayoría de los que lo intentaron han fracasado. Si un hombre lo suficientemente enérgico y perverso evocase al diablo en las condiciones exigidas, el diablo sería por él realizado, Dios vencido, y la Naturaleza, consternada, sufriría el despotismo del mal.

Dicen que un hombre se atrevió a este acto monstruoso y que llegó por él a ser papa. También refieren que en el lecho de muerte confesó haber envuelto en los lazos de la magia negra a toda la iglesia. Pero lo que hay en verdad, es que este papa era un sabio como ***Fausto*,** autor de varios inventos admirables. Ya nos hemos ocupado de él en nuestras anteriores obras. Más lo que probaría, siguiendo la misma leyenda, que nuca evocó al diablo, o más bien dicho, que él no fue el diablo, es que se arrepintió en la hora postrera. Pues el diablo no se arrepiente.

La causa de la mediocridad de la mayoría de los hombres es que son incompletos. Los hombres de bien hacen a las veces el mal, y los malvados, en ocasiones también se desvían hasta querer hacer algún bien. Los pecados contra Dios enflaquecen la fuerza de Dios, y los pecados contra el diablo, hablo de los buenos deseos y buenas acciones, enervan la fuerza de éste. Para ejercer un poder excepcional, sea arriba, abajo, a la derecha o a la izquierda, hace falta ser un hombre completo.

El temor y el remordimiento de los criminales son cosas que provienen del bien, y esa es la causa por la cual ellos se traicionan; para tener éxito en el mal hay que ser absolutamente malo. Es por esto que Mandrín confesaba a sus bandidos y les imponía el asesinato de una criatura, como penitencia, si se acusaban de haber sentido alguna piedad. En Nerón había algo de bueno: era artista, y eso lo perdió. Se alejó y mató por su despecho de músico despreciado. Si sólo hubiese sido Emperador, habría quemado Roma por segunda vez y no cedido el lugar al Senado y a Vindex. El pueblo habría estado a su favor; para que los pretorianos lo aclamaran de nuevo le bastaba una lluvia de oro. El suicidio de Nerón sólo fue una afección de artista.

Convertirse en Satán sería un triunfo incompleto para la perversidad del hombre, si al mismo tiempo no logra volverse inmortal. Prometeo puede sufrir mucho en su peñasco; sabe que su cadena será rota un día y que destronará a Júpiter. ¡Pero para ser Prometeo hay que haber robado el fuego del cielo y aún estamos en el fuego del infierno!.

El sueño de Satán no es el de Prometeo. Si un ángel rebelde hubiese podido robar ese fuego del cielo, que es el secreto divino de la vida, habría llegado a ser Dios mismo. Sólo el hombre, en su limitación e insensatez puede creer en la solución de este teorema: que lo que es, sea y no sea al mismo tiempo; que la sombra sea la luz; que la muerte sea la

vida, que la mentira sea la verdad, y que la nada sea el todo. El loco que pretendiera realizar lo absoluto del mal llegaría como el alquimista imprudente, a su fin, a una explosión formidable que lo sepultaría bajo las ruinas de su laboratorio infernal.

La muerte fulminante fue siempre la resultante de las evocaciones infernales; muerte bien merecida, por cierto. No se llega impunemente hasta los límites de la demencia. Existen excesos que la Naturaleza no soporta. Si se vieron morir sonámbulos a quienes se despertó de repente, si la embriaguez en cierto grado ocasiona la muerte... Mas, dirán algunos: ¿Para qué estas amenazas retrospectivas?. ¿Quién en nuestro siglo piensa hacer evocaciones con los ritos del grimorio?. Nada tenemos que responder a tal pregunta. Pero si dijéramos todo cuanto sabemos quizá nos creerían.

Sin valerse de los ritos antiguos hoy se evoca el magnetismo del mal con otro nombre. Quedó dicho en el capítulo precedente, que una misa profanada con intenciones criminales es un insulto a Dios y un atentado del hombre contra su propia conciencia. Los oráculos consultados, sea el vértigo de un alucinado, el movimiento convulsivo de las cosas inertes magnetizadas al acaso, son también evocaciones infernales, porque son actos que tienden a subordinar la libertad y la razón a la fatalidad. Verdad que los operadores de este aspecto de la magia negra son por lo común inocentes, por ignorancia; hacen el llamado a la Bestia, aunque no es este engendro feroz el que quieren esclavizar a su deseo. De la estúpida Bestia solamente piden consejos que sirvan de auxiliares para su propia estupidez.

En la magia de la Luz, la ciencia de las evocaciones es el arte de magnetizar las corrientes de la Luz astral y dirigirlas a voluntad. Esta era la ciencia de Zoroastro y del rey Salomón, si damos fe a las tradiciones antiguas, pero para hacer lo que hicieron Zoroastro y Salomón es preciso poseer la sabiduría de Salomón y la ciencia de Zoroastro.

Para dirigir y dominar el magnetismo del bien, hay que ser el mejor de los hombres. Para activar y precipitar el torbellino del mal, hay que ser el más malvado. Los católicos sinceros no dudan que las oraciones de una pobre recluida puedan mudar el corazón de los reyes y cambiar el destino de los imperios. Nosotros, que admitimos la vida colectiva, las corrientes magnéticas y la omnipotencia relativa de la voluntad, estamos lejos de desdeñar esa creencia.

Antes de los descubrimientos recientes de la ciencia, los fenómenos de la electricidad y del magnetismo eran atribuidos a espíritus diseminados en el aire, y el adepto que llegaba a influenciar las corrientes magnéticas pensaba que era dueño de dichos espíritus. Pero las corrientes magnéticas, siendo fuerzas fatales, para dirigirlas y equilibrarlas requieren que quien las dirija sea un centro perfecto de equilibrio; y esto era justamente lo que faltaba a la mayoría de estos temerarios exorcistas.

Por eso, muchas veces, eran fulminados por el fluido imponderable que atraían con violencia, sin poder neutralizarlo. Y así reconocían, que para reinar absolutamente sobre los espíritus les faltaba un artefacto indispensable: el Anillo de Salomón.

No obstante, el Anillo de Salomón, dice la leyenda, aún está en el dedo de este monarca, y su cuerpo encerrado en una piedra, que sólo será rota el día del juicio final.

Tal leyenda es verdadera, como todas las leyendas; solamente hace falta comprenderla en su exacto sentido.

¿Qué representa un anillo?. Un anillo es la punta de una cadena y un círculo al cual pueden enlazarse otros círculos.

Los jefes del sacerdocio siempre llevan anillos en señal de dominio sobre el círculo

y sobre la cadena de los creyentes.

En nuestros días aún se da a los prelados la investidura pro el anillo, y en la ceremonia del casamiento, el esposo da a la esposa un anillo consagrado por la iglesia, a fin de constituirla señora y directora de los intereses de su la casa y del círculo de sus ciervos.

El anillo pontifical y el anillo nupcial, jerárquicamente consagrados y conferidos, representan y realizan un poder.

Pero una cosa es el poder público y social y otra muy distinta el poder filosófico, simpático y oculto.

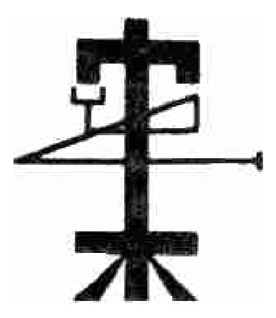
Salomón pasa por haber sido el Soberano Pontífice de la religión de los sabios y por haber poseído, bajo este título, el soberano poder del sacerdocio oculto; pues tenía, según se afirma, la ciencia universal y sólo en él se realizaba esta promesa de la gran serpiente: “Seréis como dioses conociendo el bien y el mal”.

Se dice que Salomón escribió el **ECLESIASTES,** la más sólida de todas sus obras, después de haber adorado a Astarté y Chamos, las divinidades de las mujeres impías.

Habría completado así su creencia y encontrado, antes de morir, la virtud mágica de su anillo. En verdad, ¿Llevaría consigo su anillo a la tumba?. Otra leyenda nos permite dudarlo. Cuenta que la reina de Sabá, habiendo observado con atención el anillo, mandó fabricar en secreto otro completamente igual, y que, durante el sueño del rey, hallándose a su lado, pudo cambiar furtivamente los anillos. Ella habría llevado el verdadero anillo a sus dominios, el que fuera encontrado más tarde por Zoroastro.



Era un anillo constelado, hecho de los siete grandes metales, con la signatura de los siete genios y una piedra de imán encarnada, en el cual estaban grabados, de un lado, la figura del sello ordinario de Salomón, y del otro, su sello mágico.



Los lectores de nuestras obras comprenderán esta alegoría.

CAPÍTULO XI

LOS ARCANOS DEL ANILLO DE SALOMON

Buscad en el sepulcro de Salomón, o mejor dicho, en la cripta de la filosofía hermética, no su anillo sino su ciencia.

Con el auxilio de la ciencia y de una voluntad perseverante, llegaréis a poseer el supremo arcano de la sabiduría, que es la dominación libre sobre el momento equilibrado. Podréis entonces obtener el anillo, haciéndolo fabricar por un orfebre, al que no necesitaréis recomendarle secreto, porque no sabiendo lo que hace no podrá revelarlo a otros.

He aquí la receta del anillo:

Tomad e incorporad conjuntamente una pequeña cantidad de oro y el doble de plata, en las horas del sol y de la luna, adjuntándole tres partes, semejantes a las primeras, cinco de hierro, seis de mercurio y siete de plomo. Amalgamadlo en las horas correspondientes a los planetas que rigen los metales, y haced con ello un anillo, cuya parte circular sea algo alargada y achatada, para grabar en ella los caracteres.

Poned a este anillo un engaste de forma cuadrada conteniendo una piedra de imán roja, engastada también en un doble cerco de oro.

Grabad en la piedra, arriba y abajo, el doble sello de Salomón.

Igualmente, grabad en el anillo los signos ocultos de los siete planetas, tal como se ilustran en los dibujos mágicos de Paracelso o en la Filosofía Oculta de Agrippa; magnetizad fuertemente el anillo, consagrándolo todos los días, durante una semana, mediante las ceremonias prescritas en nuestro Ritual, sin descuidar el color del vestido, los perfumes especiales, la presencia de los animales simpáticos, las conjuraciones de rigor que deben ser precedidas en cada ocasión por la Conjuración de los Cuatro.

Luego envolveréis el anillo en un paño de seda, y una vez perfumado lo llevaréis con vosotros.

Una redondela de metal o un talismán preparado de igual modo tendrá tanta virtud como el anillo.

Una cosa así hecha es como un acumulador de la voluntad. Un reflector magnético que puede ser muy útil, pero nunca de necesidad.

Ya está dicho, que los antiguos ritos perdieron su eficacia desde que el cristianismo apareció en el mundo.

La religión cristiana es, de hecho, la hija legítima de Jesús, rey de los magos. Su culto no es otra cosa que la Alta Magia sometida a las leyes de la jerarquía, indispensables para que sea razonable y eficaz.

Un simple escapulario, llevado por un verdadero cristiano, es un talismán más invencible que el anillo y el pentáculo de Salomón.

Jesucristo, el hombre-Dios tan humilde, decía al hablar de sí mismo: “La reina de Sabá vino de Oriente para ver y oír a Salomón, y he aquí más que Salomón.”

La misa es la más prodigiosa de las evocaciones.

Los nigromantes evocan los muertos, el hechicero al diablo, y se estremecen, ¡mas el sacerdote católico no teme al evocar a Dios vivo!.

¿Qué son todos los talismanes de la ciencia antigua comparados con la hostia consagrada?.

Dejad dormir en su túmulo de piedra la osamenta de Salomón y el anillo que pudiera llevar su dedo descarnado. ¡Jesucristo resucitó, está vivo!. Tomad uno de esos anillos de plata que venden en las puertas de las iglesias y que traen la imagen del crucificado con las diez cuentas del rosario. Si fuereis dignos de llevarlo, será más eficaz en vuestra mano que el anillo genuino de Salomón.

Los ritos mágicos y las prácticas minuciosas del culto son para los ignaros y los supersticiosos, y nos recuerdan una historia muy conocida, que vamos a recordar en pocas palabras.

Dos monjes llegan a una cabaña que había quedado al cuidado de dos niños. Solicitan se les permita descansar y comer, si fuese posible. Las criaturas responden que como nada tienen nada pueden dar. Pues bien, tenemos fuego, dice uno de los monjes; facilitadnos solamente una olla y un poco de agua, que nosotros haremos nuestra sopa. ¿Con qué?. Con este guijarro, dice el experto religioso tomando una pequeña piedra. ¿Entonces ignoráis, hijos míos, que los discípulos de San Francisco tienen el secreto de la sopa de guijarros?.

- ¿La sopa de guijarros?. ¡Qué maravilla para las criaturas!. Les prometen darles a probar y que la hallarán excelente. Apresurados preparan la olla, le echan agua, encienden más fuego y la piedra va al agua con toda precaución. Muy bien, repiten los monjes. Ahora un poco de sal y unas cuantas legumbres; buscad, hay tantas en vuestro jardín. ¿No podríamos añadirle un poco de tocino salado? Sólo con eso quedará bien la sopa. Los niños, acurrucados ante el fuego, miraban con sorpresa. El agua hierve. Vamos, cortad el pan y traed aquella vasija. ¡Qué olor!. Tapadlo y dejadlo mojar. En cuando al guijarro, envolvedlo cuidadosamente, os lo vamos a dejar por vuestro trabajo, nunca se gasta y siempre sirve. ¡Ahora, probad la sopa!. ¿Qué decís?. ¡Oh, es magnífica!, contestan los pequeños campesinos golpeando las manos. En efecto, era una buena sopa de coles y tocino que las criaturas nunca habrían ofrecido a sus huéspedes sin la maravilla del guijarro.

Las prácticas religiosas y los ritos mágicos son, en parte, el guijarro de los monjes. Sirven de pretexto y oportunidad para la práctica de las virtudes, únicas indispensables de la vida moral del hombre. Sin el guijarro los buenos monjes no se habrían alimentado; pero ¿Tenía por eso realmente un poder?. Sí, en la imaginación de las criaturas, puesta en juego por la habilidad de los monjes.

Sea esto dicho sin criticar ni ofender a nadie. El espíritu de los monjes fue bueno, no mintieron. Ayudaron a las criaturas a realizar una buena acción y los maravillaron, haciéndolos participar de una apetitosa sopa.

Que se nos comprenda bien. No queremos decir que sean una gran mistificación los signos y los ritos. Lo serían, si los hombres no los necesitasen. Pero hay que tomar en cuenta el hecho incuestionable de que todas las inteligencias no son iguales. Siempre se contarán fábulas a los niños, y esto se hará mientras haya amas y madres. Los niños tienen fe, y eso es lo que los salva. Imaginad un rapaz de siete años, que dijese: nada quiero admitir que no comprenda. ¿Qué se podría enseñar a este pequeño prodigio?. Hombrecillo, admite primero la cosa por las palabras de tus maestros, después estudia, y si no eres idiota,

comprenderás.

Las fábulas son necesarias a los niños; son indispensables al pueblo, mitos y ceremonias; la flaqueza del hombre requiere auxiliares. ¡Feliz del que llegase a poseer el anillo de Salomón, pero más feliz aun de aquél que igualase o superase a Salomón en ciencia y sabiduría sin precisar de su anillo!.

CAPÍTULO XII

EL SECRETO TERRIBLE

Hay verdades que deben permanecer perpetuamente ocultas a los débiles de espíritu y a los necios. Dichas verdades pueden serles reveladas sin temor, pues jamás las comprenderán.

¿Qué es un necio?. Es más absurdo que una bestia. Es el hombre que pretende haber llegado antes de ponerse en camino; el hombre que se cree señor de todo porque llegó a alguna cosa. Es el matemático que desprecia la poesía. El poeta que protesta contra los matemáticos. El pintor que califica de ineptas a la teología y la cábala, porque nada entiende de cábala ni de teología. Es el ignorante que niega la ciencia sin haberse tomado el trabajo de estudiarla. Es el hombre que habla sin saber y afirma sin certeza. Son los tontos los que matan a los hombres de genio. Galileo no fue condenado por la Iglesia, sino por los ignorantes que desgraciadamente pertenecían a la Iglesia. La estulticia es un mal feroz que tiene la calma de la inocencia; asesina sin remordimiento. El necio es el oso de la fábula de La Fontaine: aplasta la cabeza de su amigo debajo de una piedra para cazar una mosca; pero a quien no debe intentarse hacerle confesar su error y la magnitud de su locura. La estulticia es inexorable e infalible como el infierno y la fatalidad, pues es siempre dirigida por el magnetismo del mal.

El animal nunca es tonto, cuanto de obra franca y naturalmente como animal; pero el hombre enseña la tontería a los canes y a los burros sabios. El tonto es el animal que desprecia el instinto y aparenta inteligencia.

El progreso existe para el animal; se lo puede dominar, asegurar, ejercitar; mas para el necio no existe dicho progreso, porque juzga que nada tiene que aprender. Es él quien quiere regir y educar a los otros y nunca os encontrará razón. Os escarnece a la vista, arguyendo que lo que no comprende es radicalmente incomprensible. Desde luego ¿Por qué no lo comprendería yo?. os dirá con admirable aplomo. Y nada podréis responderle. Decirle que es un tonto apenas sería propinarle un insulto. Todos lo ven, pero él jamás lo sabrá.

He aquí, pues, un ya formidable arcano inaccesible a la mayoría de los hombres. He ahí un secreto que jamás adivinarán y que sería inútil decírselo: el secreto de su estulticia.

Sócrates bebe la cicuta, Arístides es proscrito, Jesús crucificado, Aristóphantes se ríe de Sócrates y hace reír a los tontos de Atenas; un aldeano se fastidia de oír dar a Arístides el nombre de Justo, y Renán escribe la vida de Jesús para mayor placer de los necios. Es a causa del número casi infinito de tontos que la política es y será siempre la ciencia de la disimulación y la mentira. Maquiavelo osó decirlo y fue herido con una reprobación bien legítima, pues simulando dar lecciones a los príncipes los traicionaba a todos y los denunciaba a la desconfianza de las multitudes. Aquellos que somos obligados a engañar no debemos prevenir.

Era a causa de las necias multitudes que Jesús decía a sus discípulos: "No lancéis margaritas a los cerdos, pues ellos las hollarán con los pies y se volverán contra vosotros

procurando despedazarlos".

Por tanto, vosotros que deseáis volveros poderosos en obras, nunca digáis a nadie vuestro pensamiento más secreto. Igualmente, osaría deciros, no lo digáis, escondedlo, sobre todo, a la mujer que amáis; ¡recordad la historia de Sansón y Dalila!.

Cuando una mujer cree conocer a fondo a su marido, cesa de amarlo. Quiere gobernarlo y dirigirlo. Si resiste, le odia; si cede, lo desprecia. Procura otro hombre para penetrar. La mujer tiene necesidad de lo desconocido y del misterio, y su amor, generalmente, no es más que una insaciable curiosidad.

¿Por qué los confesores son tan poderosos sobre el alma y casi siempre sobre el corazón de las mujeres?. Es porque ellos saben todos sus secretos, mientras las mujeres ignoran los de los confesores.

La Francmasonería es poderosa en el mundo por su terrible secreto, tan prodigiosamente guardado, que aún sus iniciados de más alto rango no lo saben.

La religión católica se impone a las multitudes por un secreto que el mismo Papa ignora. Este secreto es el de los misterios. Los antiguos gnósticos, como lo indica su nombre, lo sabía, pero no supieron guardar silencio. Quisieron vulgarizar la Gnosis; de ahí resultaron doctrinas irrisorias, que la Iglesia condenó con razón. Pero desgraciadamente, junto con ellos, fue condenada la puerta del santuario oculto y sus llaves lanzadas al abismo.

Los Johanitas y los Templarios osaron buscarlas, arriesgándose a la condenación eterna. ¿Merecerían por eso ser condenados en el otro mundo?. Todo lo que sabemos es que, en esta vida, los Templarios fueron quemados.

La doctrina secreta de Jesús era ésta:

"Yo, que soy el hijo de Dios, os digo: no busquéis a Dios en el espacio. El está en nuestras conciencias y en nuestros corazones. Mi Padre y Yo somos Uno. Amémonos los unos a los otros, como hermanos. No tengamos más que un corazón y un alma. La ley religiosa es hecha para el hombre, mas el hombre no es hecho para la ley. Las prescripciones legales están sometidas al libre arbitrio de nuestra razón unida a la fe. Creed en el bien y el mal nada podrá sobre vosotros".

"Cuando os reunieseis en mi nombre, mi espíritu estará en medio de vosotros. Ninguno de entre vosotros debe juzgarse maestro de los otros, pero todos deben respetar la decisión de la asamblea. Todo hombre debe ser juzgado conforme a sus obras y medido en la medida que hizo para sí. La conciencia de cada hombre constituye su fe, y la fe del hombre es el poder de Dios en él".

"Si sois señores de vosotros mismos, la naturaleza os obedecerá y gobernaréis a los otros. La fe de los justos es más inamovible que las puertas del infierno y su esperanza jamás será confundida".

"Yo soy vosotros y vosotros sois Yo en el espíritu de caridad que es nuestro y que es de Dios. Creed esto y vuestro verbo será creador. Creed esto y haréis milagros. El mundo os perseguirá y haréis la conquista del mundo".

"Los buenos son aquellos que practican la caridad y los que socorren a los infelices; los malos son los corazones sin piedad y éstos serán eternamente reprobados por la humanidad y por la razón".

"Las viejas sociedades fundadas sobre la mentira perecerán; un día el hijo del hombre aparecerá sobre las nubes del cielo, que son las tinieblas y la idolatría, y hará un

juicio definitivo sobre los vivos y los muertos”.

“Desead la luz, pues ella se hará. Aspirad a la justicia, pues ella vendrá. No procuréis la victoria de la espada, pues el asesinato provoca el asesinato. Es por la paciencia y la dulzura que os haréis señores de vosotros mismos y del mundo”.

Entregad ahora esta doctrina admirable a los comentarios de los sofistas de la decadencia y a los disputadores de la Edad Media, y veréis salir de allí cosas bellas. Si Jesús era hijo de Dios ¿Cómo lo engendró Dios?. ¿El es de la misma sustancia que Dios o de otra sustancia?. ¡La sustancia de Dios!. ¡Qué eterno asunto de disputa para la ignorancia presuntuosa!. ¿Era él una persona divina o una persona humana?. ¿Tenía dos naturalezas y dos voluntades?. ¡Terribles cuestiones que logran que las personas se excomulguen y se degüellen!. Jesús tenía una sola naturaleza y dos voluntades, dicen unos, pero no los escuchéis, son herejes; entonces ¿Dos naturalezas y una voluntad?. No, dos voluntades. ¿Luego estaba en oposición consigo mismo?. No, porque estas dos voluntades hacían una sola que se llama Theandrica. Ante esta palabra no digamos nada más y, además de eso, es preciso obedecer a la Iglesia que se volvió muy diferente de la primitiva asamblea de los fieles. La ley es hecha para el hombre, dice Jesús, mas la Iglesia dice que el hombre es hecho para la Iglesia, y es ella la que impone la ley. Dios sancionará todos los decretos de la Iglesia y os condenará a todos vosotros, si ella decide que todos, o casi todos, seáis condenados. Jesús dice que es necesario someterse a la asamblea, por tanto, ella es infalible, ella es Dios, y si ella decide que dos y dos son cinco, dos y dos serán cinco.

Si ella afirma que la tierra está inmóvil y que el sol gira, está prohibido hacer a la tierra girar. Os dirá que Dios salva a sus elegidos dándoles la gracia eficaz y suficiente y que los otros serán condenados por haber recibido solamente gracias, las cuales, a causa del pecado original, bastaban en principio, pero no eran suficientes en el hecho; que el Papa salva y condena a quien quiere, pues que tiene las llaves del cielo y del infierno. Después vienen los casuístas con sus manojos de llaves que no abren, y cierran con dos o tres vueltas las puertas de los compartimientos hechos en la torre de Babel. ¡Oh Rabelais, mi maestro, sólo tú puedes traer la panacea que conviene a toda demencia! ¡Una gran carcajada! En fin, decidnos la última palabra de todo esto y enséñanos, definitivamente, si una quimera que revienta haciendo ruido en el vacío puede llenarse de nuevo y adquirir redondez, absorbiendo la sustancia mirífica de nuestras segundas intenciones.

Utrum chimaera in vacuum bombinans possit concidere secundum intentiones.

Otros necios, otros comentarios. He aquí que vienen los adversarios de la Iglesia a decirnos: Dios está en el hombre, lo que quiere decir, que no hay otro Dios que la inteligencia humana. Si el hombre está sobre la ley religiosa esta ley embaraza al hombre ¿Por qué él no suprime la ley?. Si Dios es nosotros y si nosotros somos todos hermanos, si ninguno tiene el derecho de llamarse señor nuestro ¿Por qué obedecemos nosotros?. La fe es la razón de los imbéciles. No creamos en nada y no nos sometamos a ninguno.

¡Pues sea!. Eso es altivez. Pero será necesario batirse unos contra otros. ¡He ahí la guerra de los dioses y la exterminación de los hombres!. ¡Ahora, miseria y tontería!... ¡Más aun, aun más, tontería, tontería y miseria!.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen, oraba Jesús. Personas de buen sentido, quienes quieran seáis, añadiré yo, no los escuchéis, porque no saben lo que dicen.

Pero entonces son inocentes, va a gritar un terrible menino. Silencio, imprudente. ¡Silencio, en nombre del cielo, o toda la moral está perdida!. Además, vosotros os engañáis.

Si fuesen inocentes sería permitido obrar con ellos y ¿Querríais vosotros imitarlos?. Creer todo es una tontería; la tontería no puede, pues, ser inocente. Si hay circunstancias atenuantes sólo a Dios corresponde apreciarlas.

Nuestra especie es, evidentemente, defectuosa; al oír hablar y ver actuar a la mayoría de los hombres parece que no tienen la suficiente razón para ser seriamente responsables. Oí hablar en la Cámara a los hombres que la Francia (el primer país del mundo) honra con su confianza. He aquí al orador de la oposición. He ahí al campeón del ministerio. Cada cual prueba, victoriosamente, que el otro nada entiende de los negocios del Estado. A, prueba que B es un idiota, y B sostiene, que A es un saltimbanqui. ¿A quién dar crédito?. Si eres blanco, creeréis en A, y si fueses rojo, daréis la razón a B. ¡Pero la verdad, mi Dios, la verdad!. La verdad es que A y B son dos charlatanes mentirosos. Desde que existe una duda entre ellos probaron que no hay valía en ninguno de los dos. Admiro la prueba y la demolición mutua de los dos contrincantes. Todo se encuentra en nuestros libros, excepto lo que ordinariamente quiso el autor decir en ellos. Se ríe de la religión como de una impostura y se manda las niñas a la iglesia. Se ostenta cinismo y se tiene superstición. Y lo que más se teme, sobre todo, es el buen sentido, la verdad y la razón.

La vanidad pueril y el sórdido interés llevan a los hombres de nariz hasta la muerte, motejadora suprema y definitivo olvido. El fondo de la mayoría de las almas es la vanidad. ¿Y qué es la vanidad?. Es el vacío. Multiplicad los ceros cuantas veces queráis y siempre valdrán cero; amontonad nadas y llegaréis a nada; nada, nada. Nada: he ahí el programa de la mayoría de los hombres.

¡Y son estos los inmortales!. ¡Y estas almas, tan ridículamente engañadoras y engañadas, son imperecederas! Para todos estos alocados la vida es una trampa suprema que el infierno encubre. ¡Oh!. Hay ciertamente aquí un terrible secreto; es el de la responsabilidad. El padre responde por sus hijos, el señor por sus siervos, y el hombre inteligente por la multitud sin inteligencia. La redención se realiza gracias a todos los hombres superiores; la estulticia sufre; sólo el espíritu expía.

El dolor del verme pisoteado y el de la ostra despedazada no son expiaciones.

Sabed, pues, que vosotros queréis ser iniciados en los grandes misterios, que hacéis un pacto con el dolor y que afrontáis el infierno. El buitre y Prometeo os miran, y las Furias dirigidas por Mercurio preparan cuñas de madera y clavos. Vais a se sagrados, esto es, consagrados al suplicio. La humanidad tiene necesidad de vuestros tormentos.

El Cristo murió joven en una cruz y todos aquellos a quienes inició fueron mártires. Apolonio de Tyana [(1)] murió torturado en las prisiones de Roma. Paracelso y Agrippa, llevaron una vida errante y terminaron miserablemente. Guillermo Postel, [(2)] murió en la prisión. Saint-Germain y Cogliostro, tuvieron un fin misterioso y probablemente trágico. Tarde o temprano, hay que satisfacer el pacto, sea éste formal o tácito. Es preciso liberarse del tributo que la naturaleza estableció sobre los prodigios. Es necesario sostener una lucha final con el diablo, puesto que se tomó la libertad de ser Dios.

Eritis sicut dii scientes bonum et malum.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Apolonio de Tyana.*** Filósofo pitagórico nacido en Tianes de Capadocia poco tiempo después de J. C. Fue mirado, por unos, como insigne mago, y por otros como un dios; se le honró aún después de su muerte. Muy poco de cierto se sabe sobre los últimos días de la vida de Apolonio. Algunos aseguran que a la edad de 100 años desapareció y fue llevado al cielo. Vopisco afirma que el espectro de Apolonio se apareció en lo sucesivo al emperador Aureliano que sitiaba a Tianes, pidiéndole que perdonase a su ciudad, a lo que Aureliano accedió. Pero lo que sí hay de seguro es que Apolonio fue el más sublime de los seres.

(2) ***Guillermo Postel.*** Famoso iluminado y uno de los más grandes hombres del Siglo XVI. Aseguran que el exceso de estudio profundo y lectura de las obras Cabalísticas de los Rabinos y la viveza de su imaginación hicieron que muchos lo consideraran loco. Iniciado en el siglo XVI, no pretendía poseer el arcano de la filosofía hermética y, sin embargo, después de viejo y abatido, dicen sus historiadores, que se le vio con rostro sonrosado y sin arrugas, cuerpo ágil y vigoroso. Se le llamaba "el resucitado". Dice Levy en su "Llave de los Grandes Misterios": un hombre de fe exaltada había hallado la llave y publicaba un pequeño libro intitulado: "La Llave de las cosas ocultas desde el comienzo del mundo". Este hombre era un iluminado Cabalista llamado Guillermo Postel. Juzgó haber encontrado la verdadera significación del tetragrama en un libro hieroglífico anterior a la Biblia y que denomina "Génesis de Enoch"; en el anillo de una llave que da como explicación oculta de su obra singular traza un cuaternario misterioso que leído de izquierda a derecha, comenzando de abajo, se lee **ROTA,** de arriba, **TARO** y hasta **TAROT;** de derecha a izquierda, **TORA,** que es el nombre sacramental que los judíos dan al libro sagrado. Y añade el mismo autor en otra de sus obras: "Postel era hijo de un aldeano pobre de las cercanías de Barenton de Normandía; a fuerza de perseverancia y de sacrificios llegó a instruirse y pronto fue el hombre más sabio de su tiempo; trabajaba como jornalero para ganarse el pan; aprendió todas las lenguas conocidas y todas las ciencias de su tiempo, descubrió manuscritos preciosos y raros, entre otros los Evangelios Apócrifos y el "Sepher Yezirah". Envió su libro a los sacerdotes del Concilio de Trento, pero nadie lo comprendió; unos lo tacharon de hereje, y otros de loco. La prueba de la locura de Postel es que escribió a los sacerdotes del Concilio suplicándoles que bendijesen a todo el mundo y no lanzaran anatemas contra nadie. Otra locura: trató de que los Jesuitas se convirtiesen a sus ideas, que predicasen la concordia universal entre los hombres, la paz entre los soberanos, la razón entre los presbíteros y la bondad a los príncipes del mundo. Ultima y suprema locura: desdeñó los bienes terrestres y el favor de los grandes, vivió siempre humilde y pobremente, no poseyó nada más que la ciencia y los libros y ambicionó solamente la verdad y la justicia. Era tan bueno, tan tratable que sus superiores eclesiásticos tuvieron piedad de él, y considerándolo más tonto que malo se contentaron con encerrarlo en un convento hasta su muerte".

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

EL MISTERIO SACERDOTAL O EL ARTE DE HACERSE SERVIR POR LOS ESPÍRITUS



CAPÍTULO I

LAS FUERZAS ERRANTES

Un sentimiento vago, que podríamos llamar conciencia del infinito, agita al hombre y lo atormenta. Siente en sí fuerzas ociosas; cree percibir que a su alrededor se agitan enemigos sin forma o auxiliares desconocidos. Muchas veces tiene necesidad de creer en lo absurdo y experimentar lo imposible. Entonces se siente doliente y quebrantado, todo lo amenaza y querría torcer la desesperación para de allí salir con una esperanza nueva. Un filósofo lo enternecería; un mago lo espantaría; es entonces cuando necesita de un padre, de un sacerdote católico.

El sacerdote es el domador de los hipogrifos de la imaginación y de las tarascas de la fantasía. Saca fuerza de nuestras flaquezas y compone una realidad con nuestras quimeras; es el médico homeópata de la locura humana. ¿Pero no es él más que un hombre?. ¿No tiene una misión legítima, cuyos títulos de nobleza se remontan al Calvario y al Sinaí?. Hablo aquí del sacerdote o padre católico, que de hecho, sólo éste existe. Los Judíos tienen rabinos; los Musulmanes, imanes; los Indianos, brahamanes; los Chinos, bonzos; los protestantes, ministros y pastores. Sólo los católicos tienen padres, porque sólo ellos tienen el altar y el sacrificio, esto es, toda la religión.

Ejercer la Alta Magia es hacer competencia al sacerdocio católico, es ser un padre disidente. Roma es la gran Tebas de la iniciación nueva. Ella movió, otrora, los huesos de sus mártires para combatir a los dioses evocados por Juliano. Tiene como criptas sus catacumbas, como talismanes sus rosarios y medallas, como cadenas mágicas sus congregaciones, como focos magnéticos sus conventos, como centros de atracción sus confesionarios, como medios de expansión sus catedrales, la prensa, y las ordenaciones de sus obispos, tiene, en fin, su Papa: el hombre-Dios visible y permanente en la tierra; su Papa, que puede ser un necio como lo son la mayoría de los fanáticos, o un perverso, como Alejandro VI, pero que no por eso dejará de ser el regularizador de los espíritus, el árbitro de las conciencias y, en todo el universo cristiano, el distribuidor legítimo de las indulgencias y perdones.

Es insensato, me dirás. Sí, es casi insensato a fuerza de ser grande. Casi es ridículo, tanto es lo que esto sobrepasa lo sublime. ¿Qué poder igual apareció jamás en la tierra?. ¿Cómo se produjo este efecto inmenso?. ¿De dónde viene este prodigio que parece realizar lo imposible?. ¡De la concentración de las fuerzas errantes, de la asociación y dirección de los instintos vagos, de la creación convencional de lo absoluto en la esperanza y en la fe!.

¡Gritad ahora contra el monstruo, filósofos del siglo XVII!. El monstruo es más fuerte que vosotros y os vencerá. Diréis que es preciso destruir al infame. Discípulos de Voltaire: ¡La infame!. ¿Pensáis vosotros en eso?. ¡La infame inspiradora de Vicente de Paula y de Fenelón, la infame, que sugiere tantos sacrificios a las nobles hermanas de la caridad, tantos afectos a pobres y castas misioneras!. La infame, fundadora de tantas casas de caridad, de tantos refugios para el arrepentimiento, de tantos retiros para la inocencia. Si

aquí estuviera la infamia, y en cambio la honra se hallase junto a vuestras calumnias e injurias, abrazo con amor el cadalso y calzo a los pies vuestra honra.

Pero no es esto lo que queréis decir, y yo, a mi vez, no quiero ser vuestro calumniador. ¡Alma de Voltaire, a quien de buena voluntad llamaría santa, porque preferías a todas las cosas la verdad y la justicia; para ti, el buen sentido era Dios y la estulticia era el diablo!. Sólo viste el alma en el pesebre de Bethlem. Contemplaste la entrada triunfal de Jesús en Jerusalem y reíste de las orejas del jumento. Esto debía disgustar a Freron. ¡Ah, si te hubiese conocido Veuillot!. Pero hablemos seriamente, pues se trata aquí de cosas graves.

El "Genio del Cristianismo" respondió a los sarcasmos de Voltaire, o más bien dicho, Chateaubriand completó a Voltaire, pues estos dos grandes hombres están, igualmente, fuera del catolicismo de los clérigos.

Las orejas de burro serán indispensables mientras haya burros en el mundo, y debe haber burros en él, puesto que la Naturaleza, hija de Dios, los creó.

Jesús el Cristo quiso tener una jumenta para montar, y es por eso que el Santo Padre monta en una mula. Su propia babucha es la llamada ***mula*****,** tal vez para indicar que un buen Papa debe ser obstinado hasta la punta de los dedos de los pies. ***Non possumus*****,** dice nuestro Santo Padre Pío IX cuando le piden concesiones y reformas. El Papa nunca dice ***possumus*****,** "podemos", porque ése es el Gran Arcano del sacerdocio; todos los padres lo saben bien, y esto es verdad, principalmente en cuanto que no lo dicen.

El poder fundado en los misterios debe ser un poder misterioso, de otra manera no existiría.

Creo que este hombre tiene algún poder que no puedo definir porque hay algo más que no comprendo y que tampoco él comprende. Por tanto, debo obedecerle, pues no podría decir por qué no le obedeceré, no pudiendo negar la existencia de lo que no sé, existencia que, además, él afirma con igual razón. Siento que esto no es razonable, pero estoy muy satisfecho porque él me dice muchas veces que es preciso desconfiar de la razón. Solamente hallo que esto me hace bien y que pensar así me tranquiliza.

Tenéis razón, Charbonnier.

Amores abortados o desilusionados, ambiciones repelidas; disgustos impotentes, resentimientos amargados, orgullo que aspira a descender, prejuicio del espíritu agotado por la duda, arrobos de ignorancia por lo desconocido y principalmente por lo maravilloso, temores vagos de muerte, tormentos de mala conciencia, necesidad de descanso que nos mueve sin cesar, sueños sombríos y grandiosos artistas, visiones terribles de la eternidad: he aquí las fuerzas errantes que la religión reúne y con las cuales forma una pasión, la más invencible y formidable de todas: la devoción.

Esta pasión no tiene freno, porque nada puede retenerla o limitarla; ella se vanagloria de sus excesos y cree que la eternidad comienza en ella. Absorbe todos los sentimientos, vuelve insensible a todo lo que no es ella, y lleva el celo de la propaganda hasta el despotismo más asesino y el furor más implacable. Santo Domingo y San Pío V son reconocidos como tales por toda la Iglesia y no pueden ser renegados por un católico sumiso y de buena fe.

Se comprende cuán poderosa palanca puede volverse la devoción en manos de una autoridad que se declara infalible. Dadme un punto de apoyo fuera del mundo, decía Arqupimedes, y yo dislocaré la tierra. Los padres católicos encontraron un punto de apoyo

fuera de la razón personal y dislocarán la razón de la humanidad:

“Viendo que los hombres no llegaban al conocimiento de Dios por la ciencia y por la razón, Nos aprueba, dice el príncipe de los apóstoles, salvar a los creyentes por la absurdidad de la fe”.

Adversarios de la Iglesia, ¿qué tenéis que responder a esto? San Pablo habla, como él dice, con la boca abierta y no pretende engañar a nadie.

La fuerza religiosa del dogma está en esta oscuridad que hace su absurdidad aparente. Un dogma explicado deja de ser un dogma, es un teorema de filosofía o apenas un postulado. Siempre quieren confundir la religión con la filosofía y no comprenden que la separación y la distinción, no digo su antagonismo, son absolutamente necesarias para el equilibrio de la razón.

Los astrónomos piensan que los cometas son errantes sólo en relación con nuestro sistema, pero que siguen un curso regular que va desde un sistema a otro y describe una elipse cuyos focos son dos soles.

Lo mismo acontece con las fuerzas errantes del hombre. Una luz no les basta, y para equilibrar su vuelo les son necesarios dos centros y dos focos: uno es la razón y el otro es la fe.

CAPÍTULO II

LOS PODERES DE LOS SACERDOTES

Para que el sacerdote sea poderoso es necesario que sepa o que crea. La conciliación de la ciencia con la fe pertenece al gran hierofante.

Si el clérigo sabe sin creer, puede ser un hombre de bien o un hombre indigno. Su fuere hombre de bien, explota la fe de los otros en provecho de la razón y de la justicia. Si es hombre indigno, explota la fe en provecho de su codicia, pero entonces ya no es el padre, sino el más vil de los malhechores.

Si cree sin saber, es un necio respetable, pero peligroso, que los hombres de ciencia deben vigilar y dominar.

El sacerdocio y la realeza, en el cristianismo, son apenas delegaciones. Todos nosotros somos sacerdotes y reyes; pero como las funciones sacerdotales y reales suponen la acción de uno solo sobre una multitud, confiamos nuestros poderes en el orden temporal a un rey, y a un padre (sacerdote), en el orden espiritual.

El rey cristiano es un sacerdote como todos nosotros, pero que no ejerce el sacerdocio.

El sacerdote cristiano igualmente es un rey, pero no debe ejercer la realeza.

El sacerdote debe dirigir al rey y éste proteger al sacerdote.

El sacerdote tiene las llaves y el rey lleva la espada.

El padre o sacerdote del cristianismo primitivo era San Pedro y el rey era San Pablo.

El rey y el sacerdote reciben sus poderes del pueblo, que fue consagrado rey y sacerdote por la santa unción del bautismo, aplicación de la sangre divina de Jesucristo.

Toda sociedad está salvaguardada por el equilibrio de estos dos poderes.

Que mañana no haya más papas y después de mañana no habrá más reyes, ni habrá ninguno para reinar, sea en el orden temporal, sea en el orden espiritual, porque nadie obedecerá; no habrá más sociedad y los hombres se matarán unos a otros.

El papa es el sacerdote y el sacerdote es el papa, pues uno es representante del otro. La autoridad del papa viene de los sacerdotes y de éstos vuelve al papa. Sobre ellos sólo hay Dios. Tal es, al menos, la creencia de los clérigos.

Por tanto, para aquellos que tienen confianza en él, el sacerdote dispone de un ser divino. Y osaré decir, que su poder parece ser más que divino, porque ordena al propio Dios que venga y Dios viene. ¡Hace aún más, crea a Dios por la palabra! Por un prestigio atribuido a su persona, despoja a los hombres de su orgullo y a las mujeres de su pudor. Las fuerza a venir a contarle las torpezas por las que los hombres combaten, si alguien desconfiase de ellas, y cuyos nombres ni las mujeres mismas querrían oír a no ser en el confesionario. Pero ahí están en regla con las pequeñas infamias, que ellas las dicen en voz baja, y el padre las perdona o les impone una penitencia: algunos rezos o pequeña mortificación a practicar, y ellas se van consoladas. ¡Será entonces muy grato comprar la paz del corazón al precio de un poco de sujeción!.

Puesto que la religión es la medicina de los espíritus, ciertamente impone sujeciones, como el médico prescribe remedios y somete a sus dolientes a un régimen. Nadie puede establecer razonablemente la utilidad de las medicinas, y los médicos no deben pretender forzar a las personas sanas a tratarse de purgarse.

Sería un espectáculo alegre ver al presidente de la Academia de Medicina lanzar encíclicas contra aquellos que viven sin ruibarbo y proscribir de la sociedad a los que con la sobriedad el ejercicio se dispensan de recurrir al médico. Y de alegre pasaría a ser trágica la situación, además de ridícula, si el gobierno, apoyando las pretensiones del decano, dejase a los refractarios solamente a elección entre la jeringa de purgar y el fusil de Matamoscas. La libertad del régimen es tan inviolable como la libertad de conciencia.

Me diréis tal vez, que no se consulta a los locos antes de administrarles duchas. De acuerdo; pero tened cuidado, esto se volvería contra vosotros. Los locos están en oposición con la razón común. Tienen creencias excepcionales y extravagancias que quieren imponer y que los vuelven furiosos. No hagáis pensar que sería preciso responder con duchas ***obligatorias*** a los defensores del ***Syllabus.***

El poder del clérigo es totalmente moral y no podría imponerse por la fuerza. Pero por otro lado, y por una justa compensación, la fuerza no puede destruirlo. Si matáis a un padre hacéis un mártir. Hacer un mártir es sentar la primera piedra de un altar, y todo altar produce seminarios de padres. Derribad su altar, y con sus piedras dispersas construirán otros veinte que no lograréis derribar. La religión no fue inventada por los hombres, ella es fatal, esto es, providencial; se produjo por sí misma, para satisfacer las necesidades de los hombres, y es así como Dios lo quiso y reveló.

El vulgo cree en ella porque no la comprende y le parece tan absurda que lo subyuga y le agrada; y yo creo en ella porque la comprendo y encuentro absurdo no creer en ella.

Soy yo, nada temáis, dice el Cristo, andando sobre las olas en medio de la tempestad.

Señor, si sois vos, dice San Pedro, ordenad que yo vaya a vuestro encuentro, andando también sobre las ondas.

¡Ven!. Responde el Salvador, y Pedro anduvo sobre el mar. Inmediatamente el viento se levanta furioso, las olas se balancean con fuerza y el hombre tiene miedo; está por hundirse, y Jesús, reteniéndolo y levantándolo de la mano, le dice: "Hombre de poca fe, ¿Por qué dudaste?".

CAPÍTULO III

EL ENCANTAMIENTO DEL DEMONIO

El placer es un enemigo que debe, fatalmente, volverse nuestro esclavo o nuestro señor. Para poseerlo es preciso combatir, y para gozarlo es necesario haberlo vencido.

El placer es un esclavo encantador, pero un señor cruel, implacable y asesino. A aquellos a quienes posee, los cansa, los agota, los mata, después de haber engañado sus deseos y traicionado todas sus esperanzas. La esclavitud de un placer se llama pasión. El dominio de un placer puede convertirse en un poder.

La Naturaleza puso el placer junto al deber; si lo separamos del deber, se corrompe y nos envenena. Si lo juntamos con el deber, el placer no se separará más de él, nos seguirá y será nuestra recompensa. El placer es inseparable del bien. El hombre de bien puede sufrir, es verdad, pero, para él, un placer inmenso se desprenderá del dolor. Job, en su estercolero, recibe la visita de Dios que lo consuela y lo absuelve, mientras que Nabucodonosor, en su trono, se inclina bajo un mal fatal que le quita la razón y lo transforma en bestia. Jesús, expirando en la cruz, da un grito de triunfo, como si sintiese su próxima resurrección, mientras que Tiberio, [(1)] en Caprea, en medio de sus criminales delicias, soporta las angustias de su alma y confiesa, en una carta dirigida al Senado, que todos los días se siente morir.

El mal sólo puede asirnos por nuestros vicios y por el temor que nos inspira. EL diablo persigue a los que les temen y huye de los que le desprecian. Obrar bien y no temer a nada es el arte de encadenar al demonio.

Pero no pretendemos dar aquí un tratado de moral. Revelamos los secretos de la ciencia mágica aplicada a la medicina de los espíritus. Pero es necesario decir algo sobre las posesiones y exorcismos.

Todos tenemos, en nosotros mismos, el presentimiento de una doble vida. Las luchas del espíritu contra la conciencia, del deseo cobarde contra el sentimiento generoso, en fin, de la bestia contra la criatura inteligente; las flaquezas de la voluntad, arrastrada muchas veces por la pasión, las reprobaciones que nosotros mismos nos dirigimos, nuestra propia desconfianza, las fantasías concebidas; todo esto parece revelar en nosotros la presencia de dos personas de carácter diferente, una de las cuales nos exhorta al bien mientras que la otra nos querría arrastrar al mal.

De estas ansiedades naturales de nuestra naturaleza dual, se deduce, que existen dos ángeles cautivos en cada uno de nosotros, uno bueno y uno malo, siempre presentes, uno a nuestra derecha y otro a nuestra izquierda. Pero, decimos, es pura y simplemente simbolismo, esto es un arcano de la ciencia, y la imaginación del hombre es lo suficientemente poderosa para dar formas pasajeramente reales a los seres que su verbo afirma. Más de una religiosa vio y tocó su ángel de la guarda; más de un asceta se halló frente a frente y luchó realmente con su demonio familiar.

En las visiones que provocamos y que proceden de una disposición enfermiza,

aparecemos nosotros mismos bajo formas que una proyección magnética provee a nuestra imaginación exaltada. Y también, a veces, ciertos dolientes y algunos maniáticos pueden proyectar fuerzas que imantan objetos sometidos a su influencia, de manera que tales objetos parecen moverse por si mismos y cambiar de lugar.

Estas producciones de imágenes y de fuerzas, no perteneciendo al orden habitual de la naturaleza, proceden siempre de alguna disposición enfermiza, que pude volverse contagiosa de un momento a otro, por efectos del temor, el espanto, o una mala disposición.

Es entonces que se duplican los prodigios y todo parece ser arrastrado por el vértigo de la demencia. Semejantes fenómenos son, evidentemente, desequilibrios producidos por el magnetismo del mal, y el vulgo tendría razón, si admitiese la definición que dimos, de atribuírselos al demonio.

Este fue el origen de los milagros de los convulsionarios de S. Medardo y tantos otros. Así se producen las singularidades del espiritismo; en el centro de todos estos círculos, al frente de todas estas corrientes había exaltados y enfermizos. Gracias a la acción de la corriente y a la presión de los círculos, los pacientes pueden tornarse incurables, y los exaltados, locos.

Cuando la exaltación visionaria y el desequilibrio magnético se producen en forma crónica en el paciente, éste queda obcecado o poseso, según la gravedad del mal.

El individuo que se halla en tal estado, es atacado por una especie de sonambulismo contagioso; sueña despierto, cree en lo absurdo y lo produce hasta cierto punto alrededor de sí, fascina las miradas y engaña los sentidos de personas impresionables que le rodean. Es entonces que la superstición triunfa y que la acción del diablo se hace evidente. Y de hecho ella es efectiva, pero lo que juzgamos, no es el diablo. Se podría definir la magia como la ciencia del magnetismo universal, más ello sería tomar el efecto por la causa. La causa, ya lo dijimos, es la luz primaria del **OD, OB** y **AUR** de los hebreos. Volvamos pues, al magnetismo, cuyos grandes secretos aún no son conocidos en sus futuros teoremas.

I

Todos los seres que viven bajo una forma son polarizados para aspirar y respirar la vida universal.

II

Las fuerzas magnéticas, en los tres reinos, son hechas para equilibrarse por la fuerza de los contrarios.

III

La electricidad sólo es apenas el calor especial producido por la circulación del magnetismo.

IV

Los remedios no curan las dolencias por la acción propia de su sustancia, mas sí por sus propiedades magnéticas.

V

Toda planta es simpática a un animal y antipática al animal contrario. Todo animal es simpático a un hombre y antipático a otro. La presencia de un animal puede mudar el carácter de una dolencia.

Más de una solterona se volvería loca si no tuviese un gato y sería casi razonable, si con la posesión de un gato consigue conciliar la de un can.

VI

No hay una planta, no hay un insecto, no hay una piedra que no oculte una virtud magnética y que no pueda servir, sea a la buena o a la mala influencia de la voluntad humana.

VII

El hombre tiene el poder natural de aliviar a sus semejantes, por la voluntad, por la palabra, por la mirada y por los signos. Para ejercer este poder es preciso conocerlo y creer en él.

VIII

Toda voluntad no manifestada por una señal es una voluntad ociosa. Hay señales directas y señales indirectas. La señal directa tiene más poder porque es más racional; pero la señal indirecta siempre es un signo o una acción correspondiente a la idea, y como tal puede realizar la voluntad. La señal indirecta sólo es efectiva cuando la directa es imposible.

IX

Toda determinación a la acción es una proyección magnética. Todo consentimiento a una acción es una atracción del magnetismo. Todo acto consentido es un pacto. Todo pacto es una obligación libre al principio, fatal después.

X

Para obrar sobre los otros, sin esclavizarse, es necesario estar en esa independencia perfecta que sólo a Dios pertenece. ¿Puede el hombre ser Dios? ¡Sí, por participación!

XI

Ejercer un gran poder sin ser perfectamente libre es sacrificarse a una gran fatalidad. Es por eso que un hechicero no puede arrepentirse y necesariamente es condenado.

XII

El poder del mago y el del hechicero es el mismo; solamente que el mago se asegura en el árbol cuando corta la rama, mientras que el hechicero está suspendido en la propia rama que quiere cortar.

XIII

Disponer de las fuerzas excepcionales de la naturaleza es ponerse fuera de la ley. Es, por consiguiente, someterse al martirio siendo justo, y a un legítimo suplicio si no lo fuere.

XIV

Por el Rey a Dios queda prohibido
de aquí en este lugar facer milagros

Es una inscripción paradojal solamente en la forma. La policía de este o aquel lugar pertenece al rey, y mientras el rey es rey. Dios no puede ponerse en contradicción con la policía del rey. Dios puede lanzar en el basural a los malos papas y a los malos reyes, pero no puede oponerse a las leyes reinantes. Por consiguiente, todo milagro que se hace contra la autoridad espiritual y legal del papa o contra la autoridad temporal y legal del rey, no viene de Dios sino del Diablo.

Dios, en el mundo, es el orden y la autoridad; Satán es el desorden y la anarquía. El por qué no sólo es permitido si no que es también glorioso resistir a un tirano, es porque el tirano es un anarquista que usurpó el poder. ¿Queréis pues, luchar victoriosamente contra el mal?. Sed la personificación del bien. ¿Queréis vencer a la anarquía?. Sed el brazo de la autoridad. ¿Queréis encadenar a Satán?. Sed el poder de Dios.

Ahora bien, el poder de Dios se manifiesta en la humanidad por dos fuerzas: la fe colectiva y la incontestable razón.

Hay, pues, dos especies de exorcismos infalibles: los de la razón y los de la fe. La fe manda en los fantasmas, de la que es reina, porque es su madre, y a su conjuro ellos se apartan por algún tiempo. La razón sopla sobre ellos, en nombre de la ciencia, y ellos

desaparecen para siempre.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Tiberio.*** Segundo emperador romano que, según Cardán, veía claro como él, en medio de las tinieblas. Justamente criticado por Tácito, por sus crueldades.

CAPÍTULO IV

LO SOBRENATURAL Y LO DIVINO

Lo que el vulgo llama sobrenatural es lo que le parece contra la naturaleza.

La lucha contra la naturaleza es el sueño insensato de los ascetas; como si la Naturaleza no fuese la ley misma de Dios.

Llamarán concupiscencia a las atracciones legítimas de la naturaleza. Lucharán contra el sueño, contra el hambre y la sed, contra los deseos del amor. Lucharán no sólo para triunfar de las atracciones superiores, sino con el pensamiento de que la naturaleza es corrupta y que la satisfacción de la naturaleza es un mal. De ello resultarán extrañas aberraciones. El insomnio crea el delirio; el ayuno vacía los cerebros y los llena de fantasmas; el celibato forzado hace nacer monstruosas impurezas.

Los ***íncubos*** y los ***súcubos*** infestarán los claustros. [(1)] El priapismo y la histeria crearán desde esta vida un infierno para los monjes sin vocación y para las monjas presuntuosas.

San Antonio y Santa Teresa lucharon contra fantasmas lúbricos; asistían, en imaginación, a orgías de las que ni la antigua Babilonia tuvo idea.

María Alacoque y Mesalina sufrieron los mismos tormentos: los del deseo exaltado más allá de la naturaleza e imposible de ser satisfecho.

Con todo, había entre ellas una diferencia, y es que si Mesalina hubiese podido suponer una María Alacoque, habría tenido celos de ella.

Resumir todos los hombre en uno solo, como Calígula [(2)] quiso hacerlo en su sed de sangre, y ver a este hombre de los hombres abrir su pecho y darle a adorar su corazón ardiente y lleno de sangre para que lo adorase como consolación del jamás poder saciarse del amor, ¡qué sueño ideal habría sido para Mesalina!.

El amor, esta victoria triunfal de la Naturaleza, no le puede ser arrebatado sin que ella se irrite. Cuanto cree volverse sobrenatural se vuelve contrario a la naturaleza, y la más monstruosa de las impurezas es la que profana y prostituye de algún modo la idea de Dios. Ixión, arrojándose a Juno [(3)] y agotando su fuerza viril en una nube vengadora era, en la alta filosofía simbólica de los antiguos, la figuración de esta sacrílega pasión, castigada en los infiernos con lazos de serpientes que ligan a la víctima a una rueda y la hacen girar en vértigo eterno. La pasión erótica, desviada de su objeto legítimo desviada de su objeto legítimo y exaltada hasta el deseo insensato de hacer, por así decir, violencia al infinito, es la más furiosa de las aberraciones del alma, e igual que la demencia del Marqués de Sade, tiene sed de torturas y de sangre. La joven, despedazará su seno con tejidos de hierro; el hombre, exhausto, descontrolado por los ayunos y las vigilias, se abandonará eternamente a las delicias depravadas de una flagelación llena de sensaciones extrañas, y después, a fuerza de fatigas, vendrán las horas de un sueño lleno de sueños enervantes.

De tales excesos resultarán dolencias desconocidas y desesperantes para la ciencia. Todos los sentidos perderán su empleo natural para proveer elementos a sensaciones falsas,

a cicatrices más terribles que las de la sífilis; en las manos, en los pies, alrededor de la cabeza, llagas de supuración intermitente y profundamente dolorosas. Luego, la víctima, no verá ni oirá más, dejará de alimentarse, y quedará sumergida en un idiotismo profundo, del que sólo saldrá para morir, al menos que se opere una muy fuerte reacción, manifestada por excesos de histerismo o de priapismo, que harán creer en la acción directa del demonio.

¡Infelices entonces los de Urbano Grandier [(4)] y los Gaufridy!. ¡Los furores de las bacantes que despedazaran a Orfeo [(5)], resultan inocentes diversiones comparados con la rabia de las piadosas palomas del Señor entregadas a las furias del amor!.

¡Quién nos contara los indecibles romances de la celda del cartujo o del lecho solitario en que parece dormir la religiosa enclaustrada!. ¡Los celos del esposo divino, sus abandonos que la vuelven loca, sus caricias que dan sed de amor!. ¡Las resistencias del súcubo coronado de estrellas, los desprecios de la Virgen reina de los ángeles, las complacencias de Jesucristo!.

¡Oh!. ¡Los labios que bebieron una vez en esta copa fatal quedan alterados y trémulos!. Los corazones quemados una vez por este delirio, hallan secas e insípidas las fuentes reales del amor. ¿Verdad que fue un hombre para una mujer lo que soñó Dios?. ¿Qué es la mujer para un hombre, cuyo corazón palpitó por la belleza eterna?. ¡Ah!. Pobres insensatos, nada es para vosotros y sin embargo, lo es todo; pues es la realidad, la razón, la vida.

Vuestros sueños apenas son ensueños, vuestros fantasmas apenas fantasías. Dios, la Ley viva, Dios, la sabiduría suprema, no es cómplice de vuestras locuras ni el objeto posible de vuestras pasiones desesperadas. Un pelo caído de la barba de un hombre, un solo cabello perdido por una mujer viva y real, son cosas mejores y más positivas que vuestras devoradoras quimeras. Amaos unos a otros y adoraréis a Dios.

La verdadera adoración a Dios no es el aniquilamiento del hombre en la ceguera del delirio; es, por el contrario, su exaltación tranquila en la luz de la razón. El verdadero amor de Dios no es la pesadilla de San Antonio; al contrario, es la paz profunda, esa tranquilidad que resulta del orden perfecto. Todo lo que el hombre juzga sobrenatural en su propia vida, va contra la naturaleza, y todo lo que es contra natura, ofende a Dios. ¡Esto es pues, lo que un verdadero iniciado debe saber muy bien!. Nada es sobrenatural, ni el mismo Dios, porque la Naturaleza lo demuestra. La Naturaleza es su ley, su pensamiento; la Naturaleza es él mismo, y si se pudiese desmentir a la Naturaleza, también se podría atentar contra su propia existencia. El pretendido milagro divino, si se saliese del orden eterno, sería el suicidio de Dios.

Un hombre puede curar naturalmente a los otros, porque Jesucristo, los Santos y los magnetizadores lo hicieron y lo hacen aún todos los días. Un hombre, se puede elevar de la tierra, andar sobre el agua, etc.; puede todo lo que Jesús pudo, pues fue él mismo quien lo dijo: “Aquellos que creen harán las cosas que yo hago y aún cosas mayores”.

Jesús resucitó muertos, pero jamás evocó almas. Resucitar un hombre es curar la letargia que ordinariamente precede a la muerte. Evocarlo, después de muerto, es imprimir a la vida un movimiento retrógrado, es violentar la naturaleza, y Jesús no podía hacerlo.

El milagro divino es la obediencia de la naturaleza a la razón; el milagro infernal, es aquello en que la naturaleza se desequilibrara para obedecer a la locura. El verdadero milagro de la vida humana es el buen sentido, la razón paciente y tranquila, la sabiduría que puede creer sin peligro, porque sabe dudar sin amargura y sin cólera, es la voluntad buena y

perseverante que busca, estudia y espera. Es Rabelais que celebra al vino, bebe agua a menudo, cumple los deberes de un buen cura y escribe su ***Pantagruel.*** Un día que Jean de Lafontaine tenía puestas sus medias al revés, preguntó seriamente si San Agustín tendría tanto espíritu como Rabelais. Volveos vuestras medias, buen Lafontaine, y guardáos para el futuro semejantes preguntas; tal vez el señor Fontenelle sea bastante sutil para comprederos, pero ciertamente que no es lo suficientemente osado para responderos.

No es Dios todo lo que tomamos por Dios, y todo lo que tomamos por el diablo no es el diablo.

Lo divino escapa a la apreciación del hombre, y sobre todo del hombre vulgar. Lo bello siempre es simple, la verdad parece cosa común y lo justo pasa desapercibido porque no molesta a nadie. El orden nunca es notable: sólo el desorden trae la atención, porque es confuso y bullanguero. Los niños, en su mayoría, son insensibles a la armonía, prefieren el tumulto y el ruido; y es así también como, en la vida, muchas personas buscan el drama y el romance. Desprecian el bello sol y sueñan con los resplandores del rayo, imaginan la virtud solamente como la cicuta. Si hubiesen sido verdaderos sabios, Sócrates no habría recurrido a la muerte y Catón habría vivido libre; pero ¿Los habría conocido el mundo si hubiesen sido verdaderos sabios?.

Saint Martin no lo creía, él daba el nombre de filósofos desconocidos a los iniciados en la verdadera sabiduría. Callarse es una de las grandes leyes del ocultismo. Luego, callarse es ocultarse. Dios es la omnipotencia que se oculta, y Satán, la impotencia vanidosa que siempre procura mostrarse.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Incubo.*** Elemental que tiene el poder de manifestarse, materializarse y tener relaciones íntimas con una mujer. Es una larva o parásito masculino creado y nutrido por la lascivia y la imaginación inmoral de la mujer con quien convive. Puede también ser el cuerpo astral de un hombre fallecido o bien la proyección de la violenta pasión de un hombre vivo. Del latín ***incubus, in,*** en, ***cubare,*** verter, derramar, etc. ***Súcubo,*** parásito femenino, nacido de la imaginación deshonesta del hombre. Lo mismo que el ***Súcubo,*** el ***Incubo*****,** puede ser el astral de una mujer muerta o la proyección de la súbita pasión de una viva. Del latín ***Succubus, sub,*** debajo, ***cubare,*** echar, acostar, etc.

(2) ***Calígula.*** Emperador romano que sucedió a Tiberio. Fue un monstruo de crueldad y tan extravagante o loco que nombró cónsul a su caballo ***Incitato.*** Se cree que murió envenenado o asesinado por su mujer. Dice Suetonio que después de su muerte apareció muchas veces y que su casa estuvo infestada de monstruos y espectros hasta que se tributaron los honores fúnebres.

(3) ***Ixión.*** Mitología. Rey de los lapitas, fue precipitado por Júpiter al Tártaro y atado a una rueda infernal que giraba sin cesar. ***Juno,*** según la mitología, diosa reina del cielo, hija de Saturno y de la Tierra y esposa de Júpiter.

(4) ***Urbano Grandier.*** El convento de Ursulinas de Loudon, 1626, se vio de pronto infestado de duendes y espíritus malignos. Muchas de las religiosas declararon estar poseídas y lo confesaron a su director espiritual Juan Mignon, quien resolvió hacer caer toda la culpa en Urbano Grandier, cura de San Pedro de Loudon, que era un sacerdote de honrada familia, hombre de talento, de buena presencia, elocuente y que reunía en su persona todos los dones de la naturaleza, y que además se había granjeado la estimación de las señoras por sus modales corteses, que le distinguían de los demás eclesiásticos. Chocaba con los frailes, predicando contra las hermandades; había entablado una causa contra Barot, presidente de la elección y contra Tringuant, procurador del rey y su sobrino Mignon, confesor de las Ursulinas. Estos tres enemigos aliados acusaron a Grandier de haber causado la posesión de las Ursulinas valiéndose de magia.

El procurador del rey, los jueces y el clero se dirigieron al convento; la supresión empezó a hacer contorsiones dando gritos de lechón; el capellán Mignon empezó a conjurar los demonios interrogándolos en latín. Un día anunciaron que harían salir los diablos, pero la farsa tuvo mal resultado y la autoridad debió cesar el examen. Pero Mignon, resuelto a morir antes que abandonar sus proyectos, acusó a Grandier de ser el autor de un folleto titulado "El zapatero de Loudon", anónimo contra Richelieu. El Consejero de estado dio oídos y desde luego reaparecieron los diablos en el convento, esta vez en mayor número. Se encerró a Grandier en el Castillo de Anger y se reinició el proceso. Los exorcistas, que recibieron sumas considerables, trabajaron con ahínco. El 20 de mayo de 1633 se preguntó a la superiora cuáles eran los demonios que la poseían y ella contestó que eran Asmodeo, Gresil y Amán. Interrogada cómo se habían introducido en su cuerpo, dijo: "en figura de gato, de ciervo y de cabrón". Prometieron hacer salir estos diablos en presencia de los espectadores, pero no pudieron lograrlo y los asistentes salieron defraudados. El Consejero Laubordemont, para acallar las habladurías, prohibió, por medio de un decreto, el "burlarse de una posesión auténtica". Uno de los exorcistas presentó una copia del pacto que Grandier había firmado con el diablo, según dijo, la había obtenido por valimento con uno de los demonios archiveros del infierno. Grandier protestó de semejante ridiculez, pero los exorcistas aseguraron que Grandier la había puesto en manos de Lucifer en un conciliábulo de brujos.

A pesar de que dos religiosas se retractaron demandando perdón en público por haber intentado perder a un inocente, Grandier fue declarado reo convicto en los delitos de magia, maleficio y posesión del demonio en las monjas Ursulinas, condenado a una fuerte multa, a ser quemado vivo y sus cenizas arrojadas al viento. Se afeitó a Grandier de pies a cabeza para ver si llevaba alguna marca del diablo y se le condujo sí ante los jueces y espectadores. El Padre Lactancio y otro exorcista conjuraron el aire, etc. Grandier, de rodillas, escuchó su sentencia con una calma admirable. Se le llevó al suplicio, que fue tan horrible y cruel, que es imposible leer el relato sin horrorizarse. Cuando quería hablar la víctima los exorcistas le echaban gran cantidad de agua bendita que le impedía respirar. Lo único que pudo decir fue: "¡Ah!, padre Lactancio, hay un Dios que nos juzgará a ti y a mí, ante quien te emplazo para de aquí a un mes..."

Después de la muerte de Grandier, poco a poco se fueron retirando los diablos del convento. El padre Lactancio se proponía a exorcizar a cuatro que todavía quedaban, cuando cayó enfermo y murió entre rabiosas crisis un mes después de Grandier. Se encuentra esta horrible historia en un libro impreso a propósito, titulado "Historia de los

diablos de Loudon", por Saint-Aubin, y también en "El verdadero Padre José", por Richer, año 1715. Este último relata que tres lágrimas manaban de su ojo derecho, lo que fue una prueba fehaciente de su culpabilidad y motivo más que suficiente para condenarlo a la hoguera. ¡Oh tiempos aquellos!.

(5) ***Bacantes.*** Mitología. Mujeres que tomaban parte en las bacanales, fiestas que se celebraban en honor a Baco. ***Orfeo*,** poeta y músico griego, hijo de Apolo y de Clío o de Eagro, rey de Tracia y de Calíope. Al sonido de su lira y de su voz, los ríos suspendían su curso y las fieras se amansaban. Perdió a su esposa Eurídice el día de sus bodas. Plutón, se la devolvió, pero nuevamente la perdió para siempre. Entonces juró no amar más, se fue a un desierto y cantó tan tiernamente sus dolores que enterneció a las fieras; pero las mujeres fueron menos sensibles a su dolor, pues unas bacantes le destrozaron.

CAPÍTULO V

LOS RITOS SAGRADOS Y LOS RITOS MALDITOS

Relata la Biblia que, después de haber puesto fuego profano en sus incensarios, dos sacerdotes fueron devorados delante del altar por una explosión del fuego sagrado. Esta historia es una amenazadora alegoría.

En efecto, los ritos no son ni indiferentes ni arbitrarios. Los ritos eficaces son los consagrados por la autoridad legítima, y los ritos profanos siempre producen el efecto opuesto al deseado por el temerario operador.

Los ritos de las antiguas religiones disueltas y anuladas por el cristianismo, son ritos profanos y malditos para quien no cree seriamente en la verdad de esas religiones hoy proscritas.

Ni el Judaísmo, ni los demás grandes cultos de Oriente, han dicho su última palabra. Son condenados pero aún no han sido juzgados y, por tanto, hasta que ello ocurra, pueden considerarse legítimas sus protestas.

Los ritos dejados atrás por el correr del progreso religioso han sido, por eso mismo, profanados y considerados como malditos. Más tarde llegarán a comprender las grandezas aún ignoradas del dogma judaico, pero no por eso el mundo cristiano volverá a la circuncisión.

El cisma de Samaria era una vuelta al simbolismo del Egipto, por cuyo motivo nada quedó de él y las diez tribus desaparecieron mezcladas con las naciones y absorbidas por ellas.

Los ritos de los grimorios hebraicos, ya condenados por la ley de Moisés, pertenecían al culto de los patriarcas, que ofrecieran víctimas en las montañas evocando visiones. Sería un crimen pretender dar nuevamente vida al sacrificio de Abraham.

Solo los cristianos católicos y ortodoxos establecieron un dogma y fundaron un culto; los herejes y los sectarios sólo supieron negar, suprimir y destruir. Nos llevan al deísmo vago y a la negación de toda religión relegada a Dios a una tan profunda oscuridad que, los hombres, ya no se interesan más por saber si él existe.

Fuera de las magistrales y positivas afirmaciones de Moisés y Jesucristo acerca de la Divinidad, el resto no es más que dudas, hipótesis y fantasías.

Para los antiguos pueblos que odiaban a los judíos y a quienes los judíos detestaban, Dios no era más que el genio de la Naturaleza, gracioso como la primavera, terrible como la tempestad, y las mil transformaciones de este proteo poblaban de multitud de dioses los diversos panteones del mundo.

Más, en la cima de todo, reinaba el destino, esto es, la fatalidad. Los dioses de los antiguos apenas eran fuerzas naturales. La propia Naturaleza era el gran panteón. Las consecuencias fatales de tal dogma debían ser el materialismo y la esclavitud.

El Dios de Moisés y de Jesucristo es uno. Es espíritu eterno, independiente,

inmutable e infinito; todo lo puede; creó y gobierna todas las cosas. Hizo al hombre a su imagen y semejanza. Es nuestro único Padre y nuestro único Señor. Las consecuencias de estos dogmas son el espiritualismo y la libertad.

Este antagonismo en las ideas llevó a los hombres a pensar, absurdamente en que también existía un antagonismo en las cosas. Hicieron del panteón un enemigo de Dios, como si el panteón realmente existiera en algún lugar a no ser en el dominio del propio Dios. Hacen de la Naturaleza un poder en rebelión; llamaron Satán al amor; dieron a la materia un espíritu que ella no podía tener, y resultó de ahí, por la ley fatal del equilibrio, la materialización de los dogmas religiosos. Del conflicto resultó un contrasentido o quizás un malentendido inmenso: que reclamaran la libertad del hombre en nombre de la fatalidad que lo aprisiona, y sujeción al nombre de Dios, siendo que El es el único que puede y quiere liberarlo. La consecuencia de esta perversión de juicio es un increíble malestar, una especie de parálisis moral y el por qué en todas partes se ven obstáculos.

Confieso que entre Proudhon y Veuillot no tengo la menor voluntad de elegir.

Las religiones muertas no reviven, y como dice Jesús, no se pone vino nuevo en vasos viejos. Cuando los ritos se vuelven ineficaces, el sacerdocio desaparece. No obstante, a través de todas las transformaciones religiosas, se conservaron los ritos secretos de la religión universal, y es precisamente en la razón y en el valor de estos ritos que consiste el secreto de la francmasonería. [(1)].

En efecto, los símbolos masónicos constituyen, en su conjunto, una síntesis religiosa que aun falta al sacerdocio católico romano. El conde José de Maistre lo sentía instintivamente; y cuando en su terror de ver al mundo sin religión, aspiraba a una alianza próxima entre la ciencia y la fe, volvía voluntariamente sus ojos a las puertas entreabiertas del ocultismo.

Hoy no existe el ocultismo masónico y las puertas de la iniciación están completamente abiertas. Todo fue divulgado, todo fue escrito. El Vigilante y los Rituales masónicos se venden a quien quiera comprarlos. El Gran Oriente no tiene más misterios, o al menos no tiene más misterios para los profanos que para los iniciados; sin embargo, los ritos masónicos inquietan todavía a la corte de Roma, porque siente que hay en ellos un poder que se le escapa.

Este poder es la libertad de la conciencia humana, es la moral esencial, independiente de cada culto. Es el derecho de no ser maldito ni echado a la muerte eterna por dispensar a las gentes el ministerio de los sacerdotes, ministerio solamente necesario, para aquellos que sienten su necesidad, respetable a todos cuando se ofrece sin imponerse, horrible cuando abusan de él.

Es por la maldición que la Iglesia de fuerza a sus enemigos. La excomunión injusta es una especie de consagración. Jacques de Molay, [(2)] en su hoguera, era Juez del Papa y del Rey. Savonarola, [(3)] quemado por Alejandro VI, era en esos momentos el venerable vicario y representante de Cristo, y cuando denegaban los sacramentos a los pretendidos jansenistas, [(4)] el diácono Paris hacía milagros.

Hay dos especies de ritos que pueden, por consiguiente, ser eficaces en la magia: los ritos sagrados y los ritos malditos, pues la maldición es una consagración negativa. El exorcismo hace la posesión, y la Iglesia infalible crea al diablo, por así decirlo, cuando emprende su expulsión.

La Iglesia católica romana reproduce de un modo exacto la imagen de Dios, tal

como la describieron con tanto genio los autores del ***Siphra Dzeniutta,*** explicado por el Rabí Schimeon [(5)] y sus discípulos. Tiene ella dos caras, una de luz y otra de sombras, y para ella la armonía resulta de la analogía de los contrarios. La faz de luz, es la figura agradable y sonriente de María. La faz de sombra, es la careta del demonio. Oso decir francamente al demonio lo que pienso de su careta y con esto no creo ofender a la Iglesia, mi madre. Con todo, si ella condenase mi temeridad, si la decisión de un futuro concilio afirmase que el diablo existe en persona, yo me sometería en virtud de mis propios principios. Dije que el verbo crea lo que afirma; ahora bien, la Iglesia es la depositaria de la autoridad del verbo; y cuando ella afirma la existencia no sólo real sino también personal del diablo, el diablo existirá personalmente, y la Iglesia romana lo habrá creado.

Todas las imágenes milagrosas de la Virgen tienen el color oscuro, porque la multitud gusta de mirar la religión por su lado tenebroso. Ocurre que los dogmas lo mismo que con los cuadros poderosamente iluminados: si atenuares las sombras debilitaréis las luces.

La jerarquía de las luces es lo que hace falta restablecer en la Iglesia en lugar de la jerarquía de las influencias temporales. Que la ciencia sea dada al clero, que el estudio profundo de la naturaleza revele y dirija la exégesis. Que los sacerdotes sean hombres maduros y experimentados en las luchas de la vida. Que los obispos sean superiores a los padres en sabiduría y virtud. Que el Papa sea el más instruido y sabio de los obispos, que los padres sean electos por el pueblo, los obispos por los padres y el Papa por los obispos. Que haya para el sacerdocio una iniciación progresiva. Que las ciencias ocultas sean estudiadas por los aspirantes al santo ministerio, y de modo principal la Cábala hebrea, que es la llave de todos los símbolos. Sólo entonces será revelada la verdadera religión universal y la catolicidad de todos los tiempos y de todos los pueblos sustituirá a este catolicismo absurdo y odioso, enemigo del progreso y de la libertad, que lucha aun en el mundo contra la verdad y la justicia, pero cuyo reino pasó para siempre.

En la Iglesia actual, como en el judaísmo del tiempo de Jesucristo, la cizaña se halla mezclada con la buena simiente, y por el temor de arrancar el fermento no nos atrevemos a tocar la cizaña. La Iglesia expía sus propios anatemas, ella es maldita porque maldijo. La espada que desenvainó se vuelve contra ella, como lo predice el Maestro.

Las maldiciones pertenecen al infierno y los anatemas son actos del pasado de Satán. El preciso remitirlos al grimorio de Honorio. [(6)]. La verdadera Iglesia de Dios ora por los pecadores y no los maldice.

Se censura a los padres que maldicen a sus hijos, pero nunca se podrá admitir que una madre maldiga a los suyos. Los ritos de la excomunión, empleados en los tiempos bárbaros, eran los de los hechizos de magia negra, y prueba de ello es la costumbre de cubrir los objetos sagrados y apagar todas las luces, en una suerte de homenaje a las tinieblas. En esas oscuras épocas se excitaba a los pueblos a la rebelión contra los reyes, se predicaba la exterminación y el odio, se ponían en peligro los reinos y, por todos los medios posibles, se aumentaba la corriente magnética del mal. Esta corriente se convirtió en un torbellino que llegó a alcanzar la silla de Pedro. Mas la Iglesia triunfará por la indulgencia y el perdón. Día vendrá, en que los últimos anatemas de un concilio ecuménico serán estos: ¡Maldita sea la maldición, que los anatemas sean anatemas, y que todos los hombres sean bendecidos! Entonces no veremos más a la humanidad de un lado y del otro de la Iglesia. La Iglesia abrazará a la humanidad, y quien quiera que pertenezca a la humanidad no podrá

estar fuera de la Iglesia.

Los dogmas disidentes serán apenas considerados como ignorancias. La caridad hará suave la violencia y el odio, y quedaremos unidos por todos los sentimientos de una fraternidad sincera, también aquellos que quieran separarse de nosotros. La religión conquistando el mundo, y los hebreos, nuestros padres y hermanos, saludarán con nosotros al reino espiritual del Mesías. Tal será en la tierra, hoy tan desolada e infeliz, la segunda venida del Salvador, la manifestación de una gran religiosidad y el triunfo del mesianismo, nuestra esperanza y nuestra fe...

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Franc-Masonería.*** Después del último siglo, grandes espíritus, como Eliphas Levy, Ragón, Estanislao da Guaita y Oswald Wirth, se han esforzado en volver a la Francmasonería su valor iniciático, su finalidad verdaderamente espiritualista que había perdido cediendo a la influencia del ambiente y convertido en un organismo social que amparaba las luchas religiosas y políticas. La principal finalidad de la Francmasonería fue la de liberar el espíritu de cualquier tiranía, formar pensadores y sabios y elevarlos por encima del común por la selección y la iniciación. En el pensamiento de sus creadores todas sus pruebas y ritos tenían el mismo objetivo que para los sacerdotes de Menphis o de Tebas. Pero así como "La religión y la medicina no son responsables de las faltas de sus ministros", no puede culparse a la Francmasonería por los desvíos y el materialismo de gran parte de sus miembros, hijos todos del egoísmo de la época.

La Francmasonería encierra y oculta bajo sus ritos iniciáticos, una gran parte de las tradiciones antiguas, aunque sus símbolos sean incomprensibles para la mayoría de sus cofrades. Las primitivas iniciaciones se refundieron en ella, principalmente el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y por sobre todo en el Rito Antiguo y Primitivo de Menphis y Misraim, el único que conserva intactos todos los rituales y al que sólo tienen acceso los masones que se interesan por el ocultismo o el hermetismo. Últimamente se han ocupado mucho de la Masonería los católicos y principalmente los Jesuitas. Es una Orden muy responsable en sus principios, porque recuerda al hombre lo que debe a Dios y a sus semejantes; enseña a socorrerse mutuamente y a socorrer a todos; al grito de desgracia el masón debe volar en socorro de su hermano; el ideal que proclama públicamente, es la Fraternidad Universal; su principal tarea, educar, instruir, moralizar a los hombres. Digna de todo encomio es en la época presente la hermosa labor que desarrolla la Orden Masónica Mixta o mística "Le Droit Humain", que, orientada por la más alta espiritualidad, se enfoca en el sentido iniciático para penetrar el sentido oculto de sus símbolos.

En su ***Historia de la Magia*****,** dice Eliphas Levi de la Francmasonería: "Los hermanos masones tomaron su nombre y emblemas de su arte de los constructores de la Catedral de Estrasburgo. Han tenido por modelo a los Templarios, los Rosa Cruz por padres y los Joanitas por antepasados. Su dogma es el de Zoroastro y el de Hermes, su regla la iniciación progresiva, su principio la igualdad regulada por la jerarquía y la fraternidad universal; son los continuadores de la Escuela de Alejandría heredera de todas las iniciaciones antiguas".

Su leyenda sagrada es "Hiram" y todo el simbolismo masónico es realmente hermoso. El aspirante masón se compara a la piedra en bruto, informe, que no tendrá su forma definitiva sino bajo la acción del cincel y el martillo. Debe perfeccionarse, hasta llegar a ser piedra cúbica que representa al iniciado. Esta piedra cúbica, apta para unirse a las otras que servirán para construir el edificio social, le recuerda al masón que debe mezclarse a la vida activa, hacer obra útil e incorporarse con los demás masones a la obra durable que edifican, la que está simbolizada el templo que los francmasones levantan a la Gloria del Gran Arquitecto del Universo: Dios.

Sobre la palabra francmasón encontraremos en las enseñanzas Rosa Cruz, sobre inscripciones rupestres, lo siguiente: "Valores de la inscripción ***Fa,*** Fuego, Fater, Fecundar, Facer, Factor, Facultad, Faena, Faz, Falo. Es la fuerza generatriz, el fuego central de la Naturaleza. La palabra ***Pir*** (fuego), viene de ***Fyr, Fir*** y luego convertido en ***First*** (lo primero fue la Luz). De ***Fyr*** se hizo el Fir o ***Free*** inglés que formó la palabra Freemasson (francmasón), para significar que los masones o "hijos de la luz", deberían ser los primeros que con la ***realización*** de sus símbolos despertaran en sí el Fuego Sagrado".

(2) ***Jacobo de Molay.*** Último gran Maestre de los Templarios, quemado vivo en 1314. Fue llamado a Francia bajo el pretexto de unir su Orden a la de los Hospitalarios, aunque en verdad lo que se había acordado secretamente entre el Papa Clemente V y Felipe el Hermoso, rey de Francia, era suprimir la Orden. Se lo redujo a prisión en 1307, acusando a la vez a los Templarios de los crímenes más abominables, y así fue enviado con sus compañeros al suplicio. Jacobo de Molay murió quemado vivo en la hoguera con todo valor, protestando su inocencia con frases elocuentes y emplazando, según refiere la historia, ante el Tribunal del Ser Supremo al Papa Clemente V en el término de 40 días y a Felipe el Hermoso en el de un año, lo que dicen se cumplió dentro del plazo prescrito. Pero antes de morir el Jefe del Temple organizó la Masonería Oculta. Fundó, desde la prisión, cuatro logias metropolitanas; en Nápoles, para el Oriente; en Edimburgo, para el Occidente; en Estocolmo, para el Norte, y en París, para el Sur. El Papa y el rey murieron en breve plazo, de manera extraña y repentina. Florian, el principal denunciante de la Orden fue asesinado.

(3) ***Savonarola, Jerónimo.*** Célebre dominico y reformador de las costumbres, quien creía que el clero, a quien atacaba sus vicios, debía ser el primero en dar el ejemplo de buenas costumbres. Savonarola no fue ni un impostor ni un ambicioso; fue un iluminado que se dejó arrastrar por su imaginación y por su fe. Enemigo del Renacimiento, sólo pedía reforma en las costumbres y moralidad. El Papa Alejandro VI, a quien combatió duramente Savonarola por sus vicios, quiso atraerlo, ofreciéndole el capelo cardenalicio y el Arzobispado de Florencia; pero Savonarola no aceptó el ofrecimiento, contestando: "No quiero otro capelo que el del martirio enrojecido de mi propia sangre". Su mayor atrevimiento fue decir, después de su excomunión, que "un excomulgado puede predicar". Se lo sentenció a muerte y ejecutó el 23 de mayo de 1498. Fue ahorcado después de someterlo varias veces al tormento y su cuerpo se consumió en la hoguera. A sus adictos se les negó sus cenizas, las que se arrojaron al río Arno. Ya tarde una comisión nombrada por Paulo VI declaró que sus obras eran "irreprochables". Benedicto XIV colocó el nombre de Savonarola en el número de los "Servidores de Dios", en su libro "De Servorum Dei

beatificatione". Aún no se han publicado todas sus obras.

(4) ***Jansenistas.*** Partidarios del Jansenismo, doctrina de Jansenio, sobre la gracia, el libre albedrío y la predestinación; teólogo obispo de Yprés.

(5) ***Rabí Schimeon.*** Iluminado Cabalista, de quien dice la tradición, que cuando por la dispersión del pueblo israelita la tradición oral ya no podía perpetuarse, recibió la orden de lo alto para escribir el libro "Sepher ha-Zoar, o Libro del Esplendor", que trata de los atributos de la Divinidad (los diez Sephirots), de los cuatro mundos, del bien y del mal, del alma humana y de la salvación final.

(6) ***Grimorio del Papa Honorio.*** Formulario mágico que sirve para las conjuraciones, encantamientos y evocaciones. Cadulus o Cadoulus, obispo de Parma, fue proclamado antipapa en oposición a Anselmo, obispo de Luac, que acababa de ser llamado al Pontificado bajo el nombre de Alejandro II. Este Cadulus, hombre capaz de todos los crímenes y reconocido públicamente como simoniaco y concubinario, tomó el nombre de Honorio II, pero como fue vencido en su ataque contra Roma, es muy probable que quisiera erigirse en gran sacerdote de los hechiceros y que haya redactado con el nombre de Honorio el Grimorio de ese nombre. Dicen los cabalistas que este Grimorio es un verdadero monumento de la perversidad humana. El sueño del autor es el reinado de Satán en la tierra. Los tres Grimorios más conocidos son: Grimorio del Papa Honorio, El Gran Grimorio y el Verdadero Grimorio o Clavículas de Salomón.

CAPÍTULO VI

DE LA ADIVINACION

Podemos adivinar de dos maneras: por sagacidad o por la doble vista.

La segunda vista es una especie de intuición especial, semejante a la de los sonámbulos lúcidos que leen el pasado, presente y futuro de la luz universal. Edgar Poe, sonámbulo lúcido de embriaguez, habla en sus cuentos de un cierto Augusto Dupin, que adivinaba los pensamientos y descubría los misterios de los negocios más embarazosos, por un sistema totalmente original basado en observaciones y deducciones.

De desear sería que los jueces que deben dar su fallo en las causas fuesen iniciados en el sistema de Augusto Dupin.

Muchas veces, determinados indicios, descuidados como insignificantes, llevarían al descubrimiento de la verdad, si se los tomase en cuenta. El esclarecimiento parecería extraño, inesperado, inverosímil, como en el cuento de Edgar Poe, titulado ***Doble asesinato en la calle del cementerio.*** ¿Qué dirían, por ejemplo, si un día se viniese a establecer que el envenenamiento del Sr. Lafarge no puede atribuirse a nadie, que la autora del envenenamiento era una sonámbula, impresionada por vagos temores (en el caso de haber sido una mujer), que en la lucidez de su sueño furtivamente sustituía y mezclaba arsénico con bicarbonato de soda y goma en polvo, echando la mezcla hasta en las cajas de María Capelle, juzgando así en su suelo hacer imposible el envenenamiento que temía para su hijo?.

Claro que damos aquí una hipótesis inadmisible después de la condena; mas quizá antes de la sentencia habría convencido examinar la causa bajo estos puntos:

1° Que la señora Lafarge, madre, hablaba incesantemente de envenenamiento y desconfiaba de su nuera, la que en una carta fatal se había vanagloriado de poseer arsénico.

2° Que esta misma señora jamás se desvestía y que hasta para dormir conservaba su chal.

3° Que durante la noche se oían ruidos extraños en la casa.

4° Que el arsénico estaba esparcido en todos los lugares de la casa, en los muebles, gavetas, en la tierra, etc., de modo que excluía toda inteligencia y razón.

5° Que había arsénico mezclado en la caja de goma en polvo que María Capelle entregó a su joven amiga, Emma Potier, como conteniendo la goma que se mezclaba a las bebidas del señor Lafarge.

Estas circunstancias singulares habrían despertado la sagacidad de Augusto Dupin y de Zadig, pero seguramente que no producirían impresión en los jurados y jueces, prevenidos mortalmente contra la acusada, por la triste evidencia del robo de los diamantes. Ella, pues, fue condenada sólo porque la justicia siempre tiene la razón; pero es sabido con qué energía protestó la infeliz hasta la muerte y que la rodearon de honrosas simpatías en sus últimos momentos.

Otro condenado, sin duda menos atrayente, protestó también ante la religión y la

sociedad en el momento pavoroso de la muerte; fue el infeliz Leotadio, acusado del asesinato y desfloramiento de una niña. Edgar Poe habría podido hacer de esta trágica historia uno de sus cuentos más impresionantes, mudando los nombres de los actores y trasladando la escena a Inglaterra o América. Veamos lo que habría hecho decir a Augusto Dupin:

La niña entró en la casa educacional y no la vieron aparecer más; el portero, que siempre cerraba la puerta con llave, se ausentó apenas un minuto. A su vuelta, la niña ya no estaba en ese lugar, pero había dejado la puerta entreabierta.

Al día siguiente, encontraron a la infeliz pequeña en el cementerio, junto a un muro de los jardines del colegio. Estaba muerta y parecía haber sido ultimada a golpes; tenía las orejas despedazadas y había señales de desfloramiento anormal: era una dilaceración horrible, pero sin ninguna de las señales características del desfloramiento hecho por un hombre.

Además, parecía no haber caído en ese lugar, sino haber sido llevada después. Sus vestidos estaban arreglados en lo bajo y alrededor del cadáver; a pesar de haber llovido toda la noche dichas vestimentas estaban secas; debieron llevarla, dentro de un saco, por la mañana, ya por la puerta o por la abertura de la pared del cementerio. Parece que la envolvieron en sus mismos vestidos, los que estaban inmundos por deyecciones blancuzcas.

Lo que debió pasar: la niña, al entrar en la sala de visitas, habría tenido una necesidad repentina. Para satisfacerla, salió por la puerta entreabierta, nadie la vio, lo que fue una fatalidad.

Al costado del cementerio, buscó un lugar oscuro, donde fue sorprendida por alguna mala mujer, a quien tal vez varias veces había ensuciado su puerta; ésta estaba en el acecho, para sorprender a quien llegase para repetir lo mismo y propinarle una paliza.

Abre repentinamente la puerta, cae a bofetadas sobre la niña cuyo rostro confundió, le arranca en parte las orejas y la revuelca en sus propios excrementos. Nota, después, que la infortunada no se mueve, quería solamente golpearla y la mató.

¿Qué hará con el cadáver o con lo que cree un cadáver?. Tal vez la pobre chica abofeteada apenas ha perdido los sentidos. La oculta en un saco, sale después, y oye que buscan a una pequeña aprendiza que entró en el colegio y no la vieron salir.

Se apodera de ella una idea funesta; es preciso desviar, cueste lo que cueste, toda sospecha; que la víctima sea encontrada junto al muro del colegio y que un desfloramiento simulado haga imposible la sospecha de atribuir el crimen a una mujer.

Con un bastón verifica el desfloramiento criminal y es quizás, en ese atroz y último dolor, que la pobrecita expira.

Llegada la noche, la malvada mujer lleva el saco al cementerio, cuya puerta cerrada sabe abrir haciendo girar con un cuchillo el picaporte. Tiene el cuidado de borrar las huellas de sus pies, retirándose de espaldas; cierra cuidadosamente la puerta.

Esta hipótesis, continuaría Dupin, explica por sí sola todas las circunstancias aparentemente inexplicables de la horrenda historia.

En efecto, si el dispensero del colegio hubiese violado a la joven, habría procurado acallar sus gritos y no provocarlos, arrastrándola violentamente de las orejas e hiriéndola a golpes. Si hubiese gritado, los gritos de dolor se habrían oído, porque el entrepiso, único lugar posible para el crimen, estaba horadado en el costado que da a un cuartel con muchos soldados y casi a la altura de la casilla del empleado.

Por otra parte, el acusado fue visto todo el día, tranquilamente dedicado a las funciones de su cargo. Su ausencia del lugar del crimen, a la hora que éste ocurrió, está testificado por las declaraciones de sus compañeros; sin embargo, a causa de algunas irrisiones, negligencia y evasivas, lo acusamos de complicidad o al menos de complacencia, y así, es muy probable que sea declarado culpable por el Tribunal de Filadelfia.

Tal sería lo que diría Augusto Dupin en el cuento inédito de Edgar Poe y que, sin duda se nos permitirá imaginar, para exponer nuestra hipótesis, sin faltar a los deberes que nos impone el respeto de la cosa juzgada.

Sabemos cómo, entre dos madres que se disputaban la misma criatura, Salomón supo adivinar, de modo infalible, cuál era la verdadera madre.

La observación de la fisonomía, del andar, de los hábitos, etc., también lleva, de modo cierto, a la adivinación de los pensamientos secretos y carácter de los hombres.

De las formas de la cabeza y de la mano puede llegarse a preciosas inducciones; aunque siempre es bueno tener en cuenta el libre albedrío del hombre y los esfuerzos que puede hacer con éxito al corregir las malas tendencias de su naturaleza.

Igualmente debemos saber, que un buen carácter puede depravarse y que, muchas veces, los mejores se tornan peores, cuando se degradan y corrompen voluntariamente. La ciencia de las grandes e infalibles leyes del equilibrio pueden también ayudarnos a predecir el futuro de los hombres. Un hombre nulo y mediocre podrá llegar a todo, pero jamás será algo. Un hombre apasionado, que se abandona a excesos, perecerá con su misma intemperancia, o será fatalmente arrastrado a excesos contrarios. El cristianismo de los sacerdotes del desierto, debía producirse después de la devastación de Tiberio y de Heliogabalo. En la época del jansenismo, ese mismo cristianismo temible es una locura que ultraja a la naturaleza y prepara las orgías de la Regencia y del Directorio. Los excesos de la libertad en el 93 trajeron el despotismo. La exageración de una fuerza va siempre a favor de la fuerza contraria.

En la filosofía y en la religión, las verdades exageradas se convierten en las más peligrosas mentiras. Cuando, por ejemplo, Jesucristo decía a sus apóstoles: "Quien os oye me oye, y quien me oye, oye a Aquél que me envió", establecía la jerarquía disciplinaria y la unidad de enseñanza, atribuyendo a este método divino, porque es natural, una infalibilidad relativa a la que él enseñó, y no dando por eso, a ningún tribunal eclesiástico, el derecho de condenar los descubrimientos de Galileo. Las exageraciones del principio de la infalibilidad dogmática y disciplinaria producirán la inmensa catástrofe de hacer caer a la Iglesia, digámoslo así, en flagrante delito de persecución de la verdad. Y entonces, las paradojas responderán a las paradojas. La Iglesia parecía desconocer los derechos de la razón y los hombres desconocerán los de la fe. El espíritu humano es un enfermo que aun anda con el auxilio de dos muletas: la ciencia y la religión. La falsa filosofía le quita la religión y el fanatismo le arranca la ciencia. ¿Qué puede ella hacer? Caer pesadamente y dejarse arrastrar como un paralítico entre las blasfemias de Proudhon y las enormidades del ***Syllabus.***

Las iras de la incredulidad no tienen la fuerza suficiente para medirse con los furores del fanatismo, porque son ridículas. El fanatismo es una afirmación exagerada y la incredulidad una negación también exagerada, pero muy irrisoriamente. ¿Qué es la exageración de la nada?. ¡Muy menos que nada!. No vale la pena quebrar lanzas por ello.

Así tenemos, impotencia y desaliento de un lado, persistencia e invasión del otro;

caemos bajo la presión pesada de las creencias ciegas y de los intereses que explotan. El viejo mundo, que juzgaban muerto se levanta de nuevo delante de nosotros y la revolución está lista para recomenzar.

Todo esto podía ser escrito, todo estaba en la ley del equilibrio, todo había sido predicho y fácilmente se puede predecir lo que acontecerá después.

El espíritu revolucionario hoy agita y atormenta a las naciones que permanecieron católicas: Italia, España e Irlanda; y la reacción católica, en el sentido de la exageración y del despotismo, se detiene en los pueblos cansados de revoluciones. Durante este tiempo, Alemania protestante se engrandece y pone un poder formidable al servicio de la libertad de conciencia y de la independencia del pensamiento.

Francia pone su espada volteriana al servicio de la reacción clerical y favorece así el desenvolvimiento del materialismo. La religión se vuelve una política y una industria, las almas de la elite se separan de ella y se refugian en la ciencia, y a fuerza de escudriñar y analizar la materia, la ciencia acabará por encontrar a Dios y forzará a la religión a volver en sí. Las groserías teológicas de la Edad Media resultarán tan evidentemente imposibles, que hasta parecerá ridículo combatirlas. Entonces la letra dará lugar al espíritu y la gran religión universal será reconocida por primera vez en el mundo.

Predecir este gran movimiento no es una adivinación del futuro, porque ya comenzó, y los efectos ya se manifiestan en las causas. Los nuevos descubrimientos esclarecen diariamente los oscuros textos del Génesis y confirman a los antiguos padres de la Cábala. Camilo Flammarión ya nos demostró a Dios en el universo; desde hace mucho tiempo están reducidas al silencio las voces que condenaron a Galileo; la Naturaleza, desde hace mucho tan calumniada, se justifica, haciéndose conocer mejor; la pajuza de Vanini sabe más sobre la existencia de Dios que todos los doctores de la escuela, y los blasfemadores de ayer son los profetas del mañana.

Que otras creaciones hayan precedido a la nuestra, que los días del Génesis sean períodos de años o de siglos; que el sol detenido por Josué sea una imagen poética oriental; que las cosas evidentemente absurdas para la historia se expliquen por medio de alegorías, todo esto en nada perjudica la majestad de la Biblia, ni contradice, de modo alguno, su autoridad.

Todo lo que en este libro sagrado es dogma o moral cae bajo el juicio de la Iglesia; pero todo lo que es arqueología, cronología, física, historia, etc., pertenece exclusivamente a la ciencia, cuya autoridad, en estas materias, es absolutamente distinta, si no independiente de la fe.

Esto es lo que ya reconocen sin atreverse a decirlo claramente los sacerdotes más esclarecidos; y tienen razón en callarse. No debemos permitir que los jefes de la caravana anden más deprisa que los niños y los ancianos. Los que tienen apuro de lanzarse al frente quedan luego solos y pueden perecer en la soledad, como aconteció a Lamennais y a tantos otros. Es preciso conocer bien el camino y estar pronto a volverse a la menor alarma, para no exponerse a ser considerado como imprudente y adelantado explorador.

Cuando venga el mesianismo, esto es, cuando el reino de Cristo de haya realizado en la tierra, la guerra cesará, porque la política no será la bellaquería del más hábil o la brutalidad del más fuerte. Habrá verdaderamente un derecho internacional, porque el deber internacional será proclamado y reconocido por todos, y sólo entonces será que, conforme la predicción de Cristo, no habrá más que un rebaño y un solo pastor.

Si todas las sectas protestantes se uniesen, juntándose a la ortodoxia griega y reconociendo por papa al jefe espiritual cuya sede sería Constantinopla, habría en el mundo dos iglesias católico-romanas, pues Constantinopla fue y será otra vez la nueva Roma. Así el cisma sólo podría ser pasajero. Un concilio verdaderamente ecuménico, compuesto de diputados de la cristiandad entera, terminaría las divergencias, como ya se hizo en la época del concilio de Constanza. Y el mundo se asombraría de sentirse enteramente católico, pero esta vez, con la libertad de conciencia conquistada por los protestantes y el derecho a la moral independiente reivindicada por la filosofía; no estando nadie obligado, por penas legales, a usar los remedios de la religión y no teniendo el poder de negar las grandezas de la fe o de insultar la ciencia que sirve de base a la filosofía.

He aquí que la sagacidad de la filosofía de la que habla Paracelso nos hace ver claramente el futuro. Llegamos a esta adivinación sin esfuerzo, por una serie de deducciones que comienzan en los mismos hechos que acontecen ante nuestros ojos.

Estas cosas sucederán, luego o tarde, y será la victoria del orden; pero la marcha de los acontecimientos que las trae podrá ser obstaculizada por catástrofes sangrientas, incesantemente preparadas y fomentadas por el genio revolucionario inspirado casi siempre en la sed ardiente de justicia, capaz de todos los heroísmos y de todos los sacrificios, mas siempre engañado, inutilizado y desorganizado por el magnetismo del mal.

Si debemos dar crédito a la tradición profética, el orden perfecto no reinará en la tierra antes del juicio final, es decir, antes de la transformación y renovación de nuestro planeta. Los hombres imperfectos o decadentes son, en su mayoría, enemigos de la verdad e incapaces de toda razón. La presunción y la codicia los divide y los dividirá siempre; y la justicia, en el decir de los videntes de los tiempos apostólicos y de los nuestros, sólo reinará perfectamente en la tierra, cuando los malos hayan sido convertidos o suprimidos, y el Cristo, acompañado de sus ángeles y santos, descienda del cielo para reinar.

Existen causas que la sagacidad humana no puede prever y que producen acontecimientos de inmensa trascendencia.

La invención de una nueva arma de guerra cambia el equilibrio de Europa, y el señor de Thiers, el hábil hombre sin principios, cree que la política consiste en echar los dados al acaso, atado al lado de Veulliot en el carro de Jagrnat, quiero decir del papado temporal. ¿Previó Jesús todo esto?. Tal vez sí, durante su agonía en el huerto de los olivos y cuando, después, hizo a San Pedro esta dura predicción: “Aquel que hiere con la espada perecerá por la espada”.

Para restablecer el papado verdaderamente cristiano en el ejercicio legítimo de su doble poder, será quizá necesario que haya un papa mártir. El suplicio implora, dice el conde José de Maistre, y cuando la tierra es secada por el soplo árido de la irreligión pide lluvias de sangre.

La sangre del ajusticiado se purifica desde el instante en que se derrama, porque Jesús, al ser suspendido en la cruz, santificó todos los instrumentos de suplicio; mas sólo la sangre del justo tiene virtud expiatoria.

La sangre de Luis XVI y de Elizabeth pedían, de antemano, que la de Robespierre no fuese desdeñada por la justicia suprema.

La adivinación del futuro por la sagacidad y por la introducción puede llamarse presciencia, es decir, conocimiento de las cosas venideras. Lo que se hace por la segunda vista o por la intuición magnética no es más que un presentimiento.

Es posible exaltar la facultad presensitiva, provocando en uno mismo una especie de hipnotismo, por medio de algunos signos convencionales o arbitrarios, que sumerjan el pensamiento en el sueño. Tales signos son sorteados, porque lo que entonces se pide son oráculos de la fatalidad antes que los de la razón. Es una invocación de la sombra, es una apelación a la demencia, un sacrificio del pensamiento lúcido a esa cosa sin nombre que vaga durante la noche.

La adivinación, como su nombre lo indica, es esencialmente una obra divina, y la verdadera presciencia sólo puede ser atribuida a Dios. Es debido a esto que los verdaderos hombres de Dios son profetas. El hombre justo y bueno piensa y obra de acuerdo con la Divinidad, que habita en todos nosotros y nos habla sin cesar; sólo el tumulto de las pasiones nos impide oír su voz.

Los justos, teniendo en paz su alma, oyen siempre esa voz soberana y tranquila; sus pensamientos son como una ola pura y mansa, en la cual el sol divino se refleja en todo su esplendor.

Las almas de los santos son como sensitivas de pureza, se estremecen al menor contacto profano y se desvían con horror de todo lo que es inmundo. Tienen un olfato particular que les permite discernir y, podemos decir, analizar las emanaciones de las conciencias. Sufren indisposición delante de los malos, tristes e impíos. Los malos tienen para ellos una aureola oscura que los repele, y en cambio, las almas buenas, una luz que atrae de inmediato su corazón. San Germain de Auxerre adivinó de ese modo a Santa Genoveva. Fue así como Postel encontró nueva juventud en las conversaciones de la Madre Juana, y Fenelón comprendió el amor de la paciente y gran señora Guyon.

El cura de Ars, el respetable señor Vianney, penetraba en los que a él se dirigían y era imposible mentirle sin riesgo. Es sabido que interrogó severamente a los pastores de la Salette, les hizo confesar que nada habían visto de extraordinario y que sólo se habían divertido en arreglar y exagerar un simple sueño. También existe una especie de adivinación que pertenece al dominio del entusiasmo y de las grandes pasiones exaltadas.

Al parecer, estos poderes del alma crean lo que anuncian. A ellas pertenece la eficacia de la oración; basta que digan: ¡Amén!. Así sea, y lo que ellas quieren se cumple.

CAPÍTULO VII

EL PUNTO EQUILIBRANTE

Todo poder mágico está en el punto central del equilibrio universal.

La sabiduría equilibrante consiste en estos cuatro mandatos: Saber la verdad; querer el bien; amar lo bello; hacer lo que es justo. Porque la verdad, el bien, lo bello y lo justo son inseparables, de tal modo, que aquél que sabe la verdad no puede dejar de querer el bien, amarlo porque es bello y hacerlo porque es justo.

El punto central en el orden intelectual y moral es el lazo de unión entre la ciencia y la fe. En la naturaleza y el hombre este punto central es el medio, en el cual se unen el alma y el cuerpo para identificar su acción.

En el orden físico, es la resultante de las fuerzas contrarias, compensadas las unas por las otras.

¡Penetrad este punto de unión, apoderaos de este medio, obrad sobre esta resultante!.

Et eritis sicut dii scientes bonum et malum.

El punto equilibrante de la vida y de la muerte, es el gran arcano de la inmortalidad.

El punto equilibrante del día y de la noche, es el gran resorte del movimiento de los mundos.

El punto equilibrante de la ciencia y de la fe, es el gran arcano de la filosofía.

El punto equilibrante entre el orden y la libertad, es el gran arcano de la política.

El punto equilibrante del hombre y de la mujer, es el gran arcano del amor.

El punto equilibrante de la voluntad y de la pasión, de la acción y de la reacción, es el gran arcano del poder.

El Gran Arcano de la Alta Magia, el arcano indecible, incomunicable, no es otro sino el punto equilibrante de lo relativo y lo absoluto. Es lo infinito de lo finito y lo finito de lo infinito.

Aquí, los que saben comprenderán, y los otros procurarán ***adivinar***.

Qui autem divinabunt divini erut.

El punto equilibrante es la mónada esencial que constituye la divinidad en Dios, la libertad o la individualidad en el hombre y la armonía en la Naturaleza.

En dinámica, es el movimiento perpetuo; en geometría, es la cuadratura del círculo; en química, es la realización de la gran obra.

Llegado a este punto, el ángel vuela sin necesidad de alas, y el hombre puede lo que debe querer razonablemente.

Dijimos que se llega a él por la sabiduría equilibrante que se resume en cuatro verbos: Saber, querer, amar y practicar la verdad, el bien lo bello y lo justo.

Todo hombre es llamado a esta sabiduría porque Dios a todos dio una inteligencia para saber, una voluntad para querer, un corazón para amar y un poder para obrar.

El ejercicio de la inteligencia aplicada a la verdad conduce a la ciencia.

El ejercicio de la inteligencia aplicada al bien da el sentimiento de lo bello, que produce la fe.

Lo que es falso, deprava la sabiduría; lo que es malo, deprava el querer; lo que es feo, deprava el amor; lo que es injusto, anula y pervierte la acción. Lo que es verdad debe ser bello. Lo que es bello, debe ser verdad, y lo que es bueno es siempre justo.

El mal, lo falso, lo feo y lo injusto son incompatibles con la verdad.

Creo en la religión, porque es bella y porque enseña el bien. Hallo que es justo creer en ella, y no creo en el diablo, porque es feo y nos lleva al mal, enseñándonos la mentira.

Si me hablaran de un Dios que desvía nuestra inteligencia, que oprime nuestra razón y quiere torturar para siempre a sus mismas criaturas culpadas, hallaría que este ideal es feo, que esta ficción es mala, que este atormentador omnipotente es soberanamente injusto; y de ahí concluyo, rigurosamente, que todo esto es falso, que este pretendido Dios es hecho a imagen y semejanza del diablo, y que no quiero creer en él porque no creo en Satán.

Pero aquí me encuentro en aparente contradicción conmigo mismo. Lo que declaro ser injusticias, fealdades y, por consiguiente, falsedades, proviene de las enseñanzas de una Iglesia a la que hago profesión de admitir sus dogmas y respetar los símbolos.

Sí, sin duda; pero esto resulta de sus enseñanzas mal comprendidas, y es por eso que apelamos de la superficie de la sombra a la cima de la luz; de la letra al espíritu; de los teólogos a los concilios; de los comentadores a los textos sagrados, prontos, además, a sufrir una legítima condenación, si es que hubiésemos dicho lo que había que callar. Sea bien entendido que no escribimos para las profanas multitudes, sino para los sabios de una época posterior a la nuestra y para los pontífices del futuro.

Aquellos que fueren capaces de saber la verdad también osarán querer el bien; amarán entonces lo bello y no tomarán a los Veuillot como representantes de su ideal y de sus pensamientos. Desde que un papa así dispuesto se sienta con la fuerza de hacer únicamente lo que es justo, ya no tendrá que decir ***non possumus*,** porque todo lo que quisiere, será, convirtiéndose en el monarca legítimo, no sólo de Roma, sino también del mundo.

¿Qué importa que la barca de Pedro sea sacudida por la tempestad?. ¿No enseñó Jesucristo al príncipe de los apóstoles cómo se anda sobre las olas?. Si éste se sumerge, es porque tiene miedo, y si teme es porque dudó de su divino Maestro. La mano del Salvador se extenderá, lo tomará y conducirá a la playa. ¡Hombre de poca fe!. ¿Por qué dudaste?.

Para un verdadero creyente, ¿Puede la Iglesia quedar en peligro?. Lo que peligra no es el edificio, sino las construcciones híbridas de que la sobrecargara la ignorancia de los tiempos.

Un buen sacerdote nos contaba un día, que visitando un convento de Carmelitas, le mostraron un viejo manto que perteneciera, según decían, a la santa fundadora de la orden, y como él se admirara de hallarlo tan inmundo, la religiosa que lo enseñaba, exclamó: "¡es la suciedad de nuestra santa madre!". El sacerdote pensó, y nosotros pensamos con él, que habría sido más respetuoso lavar el manto. La inmundicia no puede ser una reliquia, pero parece que querían ir más lejos, y a este paso, de aquí a poco, en sus adoraciones estercolarias, nada tendrán que censurar los cristianos a los fetichistas del Gran Lama.

Lo que no es bello, no es el bien, lo que no es el bien, no es justo, lo que no es justo, no es verdad.

Cuando Voltaire, este amigo tan apasionado de la justicia, repetía su grito de

alarma: "¡Aplastad al infame!", ¿Creéis vosotros que hablaba del Evangelio o de su adorable autor?. ¿Pretendía el atacar la religión de San Vicente de Pauls y de Fenelón?. Sin duda que no, pero estaba justamente indignado de las inepcias, de las enormes tonterías y persecuciones impías con que llenaban la Iglesia de su tiempo las querellas del Jansenismo y del Molinismo. La infame, tanto para él como para nosotros, era la impiedad, y la peor de todas las impiedades, la religión desfigurada.

Por eso, cuando hizo su obra, cuando la Revolución proclamó conforme al Evangelio y a pesar de las castas interesadas: la Libertad de conciencia, la Igualdad ante la Ley y la Fraternidad de los hombres, Chateaubriand mostró cuán bella era le religión ante el genio; y el mundo de Voltaire, corregido por la Revolución, se halló pronto a reconocer que la religión era verdadera.

La religión bella, es verdadera, y la religión deforme, es falsa. Es verdadera la religión del Cristo consolador, del buen pastor, que trae en los hombros la oveja extraviada, de la Virgen Inmaculada, enfermera y redentora de los pecadores; es verdadera la religión que adopta a los huérfanos, que abraza junto al cadalso a los condenados, que admite a la mesa de Dios al pobre como al rico, al siervo junto al señor, al hombre de color junto al blanco. Es verdadera la religión que ordena al sumo pontífice que sea el siervo de los siervos de Dios, y a los obispos, que laven los pies de los mendigos. Pero la religión de los mercaderes del santuario, la que fuerza al sucesor de Pedro a matar para comer, la religión amarga y baja de Veuillot, la religión de los enemigos de la ciencia y del progreso, ésta es horrible, porque se opone al bien y favorece a la injusticia. Y que no se nos diga que estas religiones opuestas son la misma; pues equivaldría a afirmar que la herrumbre es igual al hierro pulido, que las escorias son plata y oro, y que la lepra es idéntica a la carne humana.

La necesidad religiosa existe en el hombre: es un hecho incontestable que la ciencia está forzada a admitir; a esta necesidad corresponde un sentido íntimo y particular: el sentido de la eternidad y de lo infinito. Hay emociones que nunca se olvidan una vez sentidas: son las de la piedad.

El brahamán las siente, cuando se pierde en la contemplación de Iswara, el israelita se hincha de ellas, en presencia de Adonai, la ferviente religiosa católica derrama en lágrimas de amor a los pues de su crucifijo, y no puede decírseles que son ilusiones y mentiras; sonreirían de piedad y tendrían razón. Completamente llenos de los rayos del pensamiento eterno, ellos lo ven, y el pesar que sufrirían en presencia de los que niegan, sería el mismo de un clarividente ante un ciego que negase la existencia del sol.

Esta fe tiene, pues, su evidencia, y esta es una verdad que es indispensable saber; el hombre que no cree es incompleto, le falta el primero de todos los sentidos interiores. Para él, la moral será necesariamente limitada y reducida a muy poca cosa. La moral, bien puede ser independiente de ésta o de aquella fórmula dogmática; es independiente de las prescripciones de tal o cual sacerdote, pero no podría existir sin el sentimiento religioso, porque fuera de este sentimiento la dignidad humana se vuelve impugnable o arbitraria. Sin Dios y sin la inmortalidad del alma, ¿qué es el mejor de los hombres, el más amante, el más fiel? Es un can, que habla; y habrá muchos que hallarán la moral del lobo más independiente que la del can. Ved la fábula de la Fontaine.

La verdadera moral independiente es la del buen Samaritano que cura las heridas del judío, a pesar de los odios de religión entre Jerusalén y Samaria; es Abd-el-Kader exponiendo su vida para salvar a los cristianos de Damasco. ¡Oh venerable Pío IX, por qué

os fue dado, santísimo Padre, exponer la vuestra para salvar las de Perusa, Castelfidardo y Mentana!!!...

Decía Jesucristo al hablar de los sacerdotes de su tiempo: "Haced lo dicen, mas no hagáis lo que hacen". Entonces los sacerdotes dijeron, que era preciso crucificar a Cristo ¡y lo crucificaron!. Los sacerdotes escandalosos en sus obras no podrán, por tanto, ser infalibles en sus palabras.

¿Acaso el propio Jesucristo no sanaba a los enfermos en día sábado, con gran escándalo de los fariseos y doctores?.

La verdadera moral independiente es la que se inspira en la religión independiente.

Luego la religión independiente debe ser la de los hombres: la otra es hecha para los niños.

En religión no podríamos tener un modelo más perfecto que Jesucristo. Jesús practicaba la religión de Moisés, pero no se esclavizaba de ella. Decía que la ley fue hecha para el hombre y no el hombre para la ley; era rechazado por la sinagoga y no dejaba de frecuentar el templo; oponía, en todas las cosas, el espíritu a la letra, y sólo recomendaba a sus discípulos la caridad. Murió absolviendo a un culpado arrepentido y recomendando su madre a su discípulo bien amado, y los sacerdotes sólo asistieron a su última hora para maldecirlo.

El punto equilibrante en religión, es la libertad de conciencia más absoluta y la obediencia voluntaria a la autoridad que regula la enseñanza pública, la disciplina y el culto.

En política, es el gobierno despótico de la ley, garantizando la libertad de todos en el orden jerárquico más perfecto.

En dinámica, es el medio de la balanza.

En Cábala, es el casamiento de los Elohim.

En Magia, es el punto central entre la resistencia y la acción, es el empleo simultáneo de ***od*** y del ***ob*** para la creación de ***aur***.

En hermetismo, es la alianza indisoluble del Mercurio y del Azufre.

En todas las cosas, es la alianza de la verdad, del bien, de lo bello y de lo justo.

Es la proporción del ser y de la vida, es la eternidad en el tiempo y en la eternidad, es el poder generador del tiempo.

Es alguna cosa del todo y el todo de alguna cosa.

Es el idealismo del hombre que encuentra el realismo de Dios.

Es la relación entre el comienzo y el fin, indicando el Omega del Alfa y el Alfa del Omega.

Es, en fin, lo que los grandes iniciados designan con el nombre misteriosos de **AZOTH**. [(1)].

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Azoth.*** El principio creador de la naturaleza; el panacea universal o prana. Representa la luz astral en su aspecto de vehículo de la esencia universal de la vida. Palabra formada de la primera letra de los alfabetos latino, griego y hebreo: ***A*** (a, alpha o Aleph), y de las últimas letras de los mismos alfabetos: ***Z*** (ze) del latino, ***O*** (omega) del griego y ***Th*** (Tau) del hebreo.

Capítulo VIII

LOS PUNTOS EXTREMOS

La fuerza de los imanes está en sus dos polos extremos, y su punto equilibrante es la mitad de los mismos.

La acción de un polo, es equilibrada por la del contrario, tal como sucede con el movimiento del péndulo: el desvío a la izquierda del punto central corresponde a igual desvío hacia la derecha.

Esta ley del equilibrio físico es también la del equilibrio moral: las fuerzas están en las extremidades y convergen en el punto central. Entre los extremos y el medio sólo encontramos la fragilidad.

Los débiles y los tibios son aquellos que se dejan llevar por el movimiento de los otros, y que son incapaces de movimiento propio.

Los extremos se asemejan y se tocan por la ley de analogía de los contrarios.

Constituyen el poder de la lucha porque no podrían confundirse.

Si, por ejemplo, vienen a mezclarse lo frío y lo caliente, dejan de ser caliente y frío respectivamente, dando por resultado la tibieza.

- ¿Qué puedo hacer yo por ti?. - Pregunta Alejandro a Diógenes. - Quitarte del sol - responde el cínico. Entonces exclama el conquistador: - Si no fuese Alejandro, querría ser Diógenes. He aquí dos orgullos que se comprenden y que se tocan, aunque colocados en dos extremidades de la escala social.

¿Por qué fue Jesús a buscar a la Samaritana, cuando había tantas mujeres de bien en la Judea?.

¿Por qué recibe las caricias y las lágrimas de la Magdalena, que era una pecadora pública?. ¿Por qué?. El mismo lo dice: porque ella amó mucho. ¿No reserva su preferencia para las personas de mala fama, como los publicanos y los hijos pródigos?. Oyéndolo hablar, se comprende que una sola lágrima de Caín es para El más preciosa que toda la sangre de Abel.

Los santos decían, con razón, que se consideraban iguales a los más temibles malvados. Los perversos y los santos son iguales, en el sentido en que lo son los platos opuestos de una misma balanza. Unos a otros se apoyan en los puntos extremos, y hay tanta distancia entre un malvado y un sabio como entre un sabio y un malvado.

Son exageraciones de la vida que, combatiéndose mutuamente sin cesar, producen el movimiento equilibrado de la existencia. Si el antagonismo cesase en la manifestación de las fuerzas, todo quedaría suspendido en el equilibrio inmóvil, lo que equivaldría a la muerte universal. Si todos los hombres fuesen sabios; dejarían de existir los ricos y pobres, siervos y señores, reyes y vasallos; la sociedad desaparecería. Este mudo es una casa de locos, en la que los sabios son los enfermeros; pero un hospital está hecho, sobre todo, para los enfermos. Es una escuela de preparación para la vida eterna; y lo que primero necesita una escuela es alumnos. La sabiduría es el fin por alcanzar, es el premio puesto en

concurso. Dios la da a quien la merece, ninguno la trae al nacer. El poder equilibrante está en el punto central; sin embargo, el poder motor se manifiesta siempre en las extremidades. Son los locos quienes comienzan las revoluciones y los sabios los que las terminan.

En las revoluciones políticas, decía Danton, el poder pertenece siempre al más perverso. En las revoluciones religiosas, son los más fanáticos los que, necesariamente, arrastran a los demás.

Los grandes santos y los grandes malvados son, igualmente, poderosos magnetizadores, de voluntades exaltadas por actos contra la naturaleza. Marat fascinaba a la Convención, donde todos le odiaban y le obedecían maldiciéndolo. Mandrin saqueaba las ciudades en pleno día y nadie osaba perseguirlo. ¡Lo juzgaban mágico!..., estaban persuadidos de que llevándolo a la horca haría lo que Polichinela, y ahorcaría en su lugar al verdugo; y probablemente que lo habría hecho, si no hubiese mermado su prestigio en una aventura amorosa, dejándose prender como otro Sansón a los pies de una Dalila.

El amor de las mujeres es la victoria de la naturaleza. Es la gloria de los sabios, aunque para los salteadores y los santos es el más pernicioso de los escollos.

Los salteadores sólo deben apasionarse por la guillotina, a la que Lacenaire llamaba su bella novia, y los santos, sólo deben besar las cabezas de los difuntos.

Los perversos y los santos son hombres igualmente exagerados y enemigos de la naturaleza. Por esto los confunde muchas veces la leyenda popular, atribuyendo a los santos actos de monstruosa crueldad y a los bandidos célebres, actos de filantropía.

San Simón Stillita fue visitado por su madre en su columna; quería abrazarlo antes de morir. El faquir cristiano no sólo no desciende, sino que esconde el rostro para no verla. La pobre mujer extingue su vida en lágrimas, llamando a su hijo, y el indiferente santo la deja morir. Si nos contaran tal cosa de Cartouche o de Schinderhannes hallaríamos que, intencionalmente, sobrecargaban el cuadro de sus crímenes. Verdad es que Cartouche y Schinderhannes, no eran santos sino simples bandidos.

¡Oh, tontería, necedad, estulticia humana!.

Los desórdenes en el orden moral producen desórdenes en el orden físico, y es a eso que el vulgo llama milagros. Es preciso ser Balaam para oír hablar una jumenta; la imaginación de los tontos alimenta los prodigios. Cuando un hombre bebe en exceso, cree que los otros titubean y que la naturaleza se desvía para dejarlo pasar.

Por tanto, vosotros que buscáis lo extraordinario, vosotros que queréis hacer prodigios, sed extravagantes. La sabiduría nunca es notable porque siempre está en orden, en calma, en armonía y paz.

Todos los vicios tienen sus inmortales que, a fuerza de excesos, ilustran su infamia. El orgullo de Alejandro, si no fuere Diógenes o Eróstrato; la ira de Aquiles; la envidia de Caín o Tharsis; la lujuria de Mesalina; la gula Vitelio; la pereza Sardanápalo; la avaricia del rey Midas. Oponed a estos héroes ridículos otros héroes y, por medios contrarios, obtendréis igual resultado. San Francisco, el Diógenes cristiano que, a fuerza de humildad, se hace pasar por igual que Jesucristo; S. Gregorio VII, que con sus transportes desconcierta a Europa y compromete al papado; San Bernardo, el lívido perseguidor de Abelardo cuya gloria eclipsaba la suya; San Antonio, cuya imaginación impura superaba las orgías de Tiberio y de Trimalción; los hambrientos del desierto, siempre entregados a los sueños ávidos de Tántalo; y lo mismo estos pobres monjes, tan ávidos de dinero. Los extremos se tocan, como se ha dicho, y lo que no es sabiduría no puede ser virtud. Los

puntos extremos son los focos de la locura y, a pesar de los sueños del ascetismo y de los olores de la santidad, la locura, finalmente, trabaja siempre para el vicio.

Voluntarias o involuntarias, las evocaciones son crímenes. Los hombres que el magnetismo del mal atormenta, y a los cuales aparece bajo formas visibles, traen consigo el castigo de sus ultrajes a la naturaleza. Una religiosa histérica no es menos impura que una mujer depravada, una vive en un túmulo y otra en un lupanar; y, generalmente, la mujer del túmulo trae en el corazón un lupanar, y la mujer del lupanar esconde en su pecho un sepulcro.

Cuando el infeliz Urbano Grandier, expiado cruelmente el error de sus votos temerarios, maldecido como presunto hechicero y despreciado como sacerdote libertino, caminaba a la muerte con la resignación de un sabio y la paciencia de un mártir, las piadosas monjas Ursulinas de Loudon, retorciéndose como bacantes y colocando el crucifijo entre los pies, se abandonaban a las demostraciones más sacrílegas y obscenas. ¡Atormentábase a estas inocentes víctimas! Y Grandier, sujeto a la picota en que las llamas lo devoraban lentamente, sin que una queja saliese de su boca, era considerado como un verdugo.

Cosa increíble, eran las religiosas las que representaban al principio del mal, lo verificaban, lo encarnaban en sí mismas; ellas blasfemaban, injuriaban, acusaban y, sin embargo, ¡era al objeto de su pasión sacrílega a quien se enviaba a la muerte!. Ellas y sus exorcistas habían evocado a todo el infierno, pero Grandier, que ni siquiera podía hacerlos callar, era condenado como hechicero y como señor de los demonios.

El célebre cura de Ars, el sabio señor de Vianney, era, en el decir de sus biógrafos, perseguido por el demonio, que vivía con él en una especie de familiaridad. El buen cura era hechicero sin saberlo; hacía invocaciones involuntarias. ¿Pero cómo? Un coloquio que le atribuyen lo va a explicar: "¡Conozco alguien que quedaría bien engañado, si no existiesen recompensas eternas!". ¿Cómo?. ¿Entonces él habría cesado de hacer el bien si no tuviese esperanza de recompensa?. ¿Se quejaba de la naturaleza en el fondo de su conciencia? ¿Se sentía injusto para con ella?.

¿No trae la vida de un verdadero sabio su recompensa en sí misma?. ¿Para él no comienza en esta tierra la eternidad feliz?. ¿La verdadera sabiduría es entonces un escarnio?. Bravo, hombre, si eso dijiste, es que sientes exageración en vuestro celo. Que vuestro corazón deplora honestos gozos perdidos. Que la madre Naturaleza se quejaba de ti como de un hijo ingrato. ¡Felices los corazones a los que la naturaleza nada reprueba!. ¡Felices los ojos que saben hallar la belleza en todas partes!. ¡Felices las manos que saben derramar en todo lugar beneficios y caricias!. ¡Felices los hombres que debiendo escoger entre dos vinos prefieren el mejor, pero se sienten más dichosos de ofrecerlo a otro que de beberlo!. ¡Felices los rostros graciosos cuyos labios están siempre llenos de sonrisas y de besos!. Estos nunca serán escarnecidos, porque después de la esperanza de amar lo que de mejor hay en el mundo perdura el recuerdo de haber amado; y sólo esto: el recuerdo que constituye una felicidad, merece llamarse inmortal.

CAPÍTULO IX

EL MOVIMIENTO PERPETUO

El movimiento perpetuo es la ley eterna de la vida.

En todas partes se manifiesta, como la respiración en el hombre, por acción y repulsión.

Toda acción provoca una reacción, toda reacción es proporcional a la acción.

Una acción armoniosa produce su correspondiente en armonía. Una acción discordante necesita de una reacción en apariencia disconforme, pero en la realidad equilibrante.

Si oponéis la violencia a la violencia, perpetuáis la violencia, pero si opusieras a la violencia la fuerza de la dulzura, haréis triunfar la dulzura destruyendo la violencia.

Hay series de verdades que parecen mutuamente opuestas porque el movimiento perpetuo las hace triunfar una por vez.

El día existe y la noche también existe, y ambos existen simultáneamente, pero no en el mismo hemisferio.

Hay sombra en el día, hay claridades en la noche, y la sombra en el día lo torna más potente, como la claridad en la noche hace aparecer a la noche más oscura.

El día visible y la noche visible sólo existen así para los ojos. La luz eterna es invisible a los ojos mortales y llena de inmensidad.

El día en las almas es la verdad, la noche es para ellas la mentira.

Toda verdad supone y necesita una mentira, a causa del límite de las formas, y toda mentira supone y necesita una verdad en las rectificaciones de lo finito por lo infinito.

Toda mentira contiene cierta verdad, que es la precisión de la forma, y toda verdad está, para nosotros, envuelta en una cierta mentira, que es lo finito de su apariencia.

Así también será verdad, o solamente probable, que exista un inmenso individuo (o tres que hacen uno), invisible y que recompensa a los que le sirven dejándose ver; que está presente en todas partes, incluso en el infierno, donde tortura a los condenados privándolos de su presencia; que quiere la salvación de todos, pero dispensa su gracia a un pequeñísimo número; impone la ley del terror y consiente en todo lo que la haga dudosa. ¿Puede existir semejante Dios?. No, no; y ciertamente que no. La existencia de Dios presentada y afirmada en esta forma es una verdad disfrazada, envuelta totalmente en mentiras.

Debemos reconocer que todo existió y existirá, que la sustancia eterna se basta a sí misma y que la forma está determinada por el movimiento perpetuo; que de otro modo todo sería fuerza y materia y no existiría el alma, siendo el pensamiento apenas un producto del cerebro, y Dios, nada más que la fatalidad del ser. Rotundamente no; porque esta negación absoluta de la inteligencia repugnaría aun a los instintos de los animales. Es evidente que la afirmación contraria necesita la creencia de Dios.

¿Este Dios se manifestó fuera de la naturaleza, personalmente a los hombres, y les impuso ideas contrarias a la naturaleza y la razón?.

Ciertamente no, porque el hecho de tal revelación, si existiese, sería manifiesta para todos; y, además, aunque el hecho de una manifestación exterior proveniente de un desconocido fuese de una realidad incuestionable, si tal ente aparece en contradicción con la razón y la naturaleza, no puede ser Dios. Moisés, Mahoma, el papa y el gran Lama dicen, que Dios les habló a cada uno de ellos con exclusión de los otros, y aseguran, a cada cual, que otros son farsantes. Y entonces, ¿Son todos mentirosos?. No, se engañan cuando se dividen y dicen la verdad cuando concuerdan.

Más, ¿Les habló Dios o no?. Dios carece de boca y de lengua para hablar a la manera de los hombres. Si habla, es en las conciencias, y todos nosotros podemos oírlo.

Es El quien aprueba en nuestros corazones la palabra de Jesús, la de Moisés cuando es sabia, y la de Mahoma cuando es bella. Dios no está lejos de cada uno de nosotros, dice San Pablo, pues es en El que vivimos, nos movemos y estamos.

"Felices los corazones puros, porque verán a Dios", proclamó el Cristo. Luego, ver a Dios, que es invisible, es sentirlo en la propia conciencia, es oírlo en el propio corazón.

El Dios de Hermes, el de Pitágoras, de Orfeo, de Sócrates, de Moisés y de Jesucristo, es el único y mismo Dios que habló a todos. Cleanto de Lycos era inspirado como David, y la leyenda de Krishna es tan bella como el Evangelio de San Mateo. Hay páginas admirables del Corán; pero en las teologías de todos los cultos hay otras que son horribles y estúpidas.

El Dios de la Cábala, el de Moisés y de Job, el Dios de Jesucristo, de Orígenes y de Synesio, no puede ser el de los ***autos – de – fe.***

Los misterios del cristianismo, como los entienden San Juan Evangelista y los sabios padres de la Iglesia, son sublimes; mas los mismos misterios explicados, o más bien vueltos inexplicables por los Garassus, los Escobar, los Veuillot, son ridículos e inmundos. El culto católico es espléndido o piadoso, según los sacerdotes y los templos.

Podemos, pues, así decirlo, con igual verdad, que el dogma es verdadero y que es falso, que Dios habló y que no habló, que la Iglesia es infalible y que se engaña todos los días, que ella destruye la esclavitud y conspira contra la libertad, que eleva al hombre y que lo embrutece.

Podemos encontrar creyentes admirables entre aquellos que ella llama ateos, y ateos entre los que para ella pasan como creyentes. ¿Cómo salir de estas contradicciones flagrantes?. Recordándonos que hay sombras en el día y clarores en la noche, no olvidando de encontrar el bien que muchas veces se halla en el mal, y guardándonos el mal que puede mezclarse con el bien.

El Papa Pío IX dio, bajo el nombre de ***Syllabus***, [1] una serie de proposiciones que reprueba, y cuya mayoría puede ser incuestionablemente verdadera, desde el punto de vista de la ciencia y la razón. Con todo, cada una de estas proposiciones contiene y encubre un sentido falso que es legítimamente condenado. ¿Debemos, por eso, renunciar al sentido verdadero y natural que presentan a primera vista?. Cuando la autoridad juega lo encubre y reencubre; búsquela quien quiera, que por nuestra parte nos basta reconocerlo cuando se muestra.

El inteligente obispo de Orleáns, el belicoso señor Dupanloup, probó, oponiendo el Papa a sí mismo, que el ***Syllabus***, no significa y no podría significar lo que parece decir. Si fuera un logogrifo, vamos adelante, pues no somos iniciados en las profundidades de la corte de Roma.

¿Cómo grandes verdades están ocultas bajo fórmulas dogmáticas, oscuras en apariencia hasta el ridículo?. ¿Quieren ejemplos?. Si contasen a un filósofo chino, que los europeos adoran como Dios Supremo de los universos a un judío muerto en el último suplicio, que creen resucitarlo todos los días, y lo comen en carne y hueso, en forma de un panecillo, el discípulo de Confucio no tendrá dificultad en suponer capaces de tales atrocidades a pueblos para él bárbaros, aunque no completamente salvajes; y si le añadiéramos, que el judío nació por la incubación de un espíritu, cuya forma es de palomo, de una mujer que antes y en el parto fue físicamente virgen, y que ese espíritu es el mismo Dios, tal como el judío, ¿no creéis, vosotros, que su asombro y su desprecio iría hasta el disgusto? Y si reteniéndolo por la manga, le gritásemos al oído, que el judío-Dios vino al mundo a morir atormentado para aplacar a su padre, el Dios de los judíos, quien estaba contrariado por el poco judaísmo de sus hijos, y que con motivo de la muerte de su hijo abolió el judaísmo que él mismo juró sería eterno, ¿no estaría el chino en verdadero enojo?.

Todo dogma verdadero, para ser accesible, debe ocultar bajo la fórmula enigmática un sentido eminentemente razonable. Debe tener dos caras, como la cabeza divina del Zohar: una de luz y otra de sombra.

Si el dogma cristiano explicado en su espíritu no fuese aceptable para un israelita piadoso y esclarecido, había que decir que tal dogma es falso y su razón es simple, pues que en la época en el que el cristianismo se originó en el mundo, el judaísmo era la verdadera religión, y que el propio Dios rehusaba, y debe rehusar siempre, lo que esta religión no admitía. Es imposible que podamos adorar a un hombre o a una cosa cualquiera. Debemos atenernos, ante todo, al Teísmo puro y al espiritualismo de Moisés. Nuestra comunión de idiomas no es una confusión de la naturaleza; adoramos a Dios en Jesucristo y no a Jesucristo en lugar de Dios. Creemos que Dios se revela en la propia humanidad, que está en todos nosotros como el espíritu del Salvador, y esto, ciertamente, nada tiene de absurdo. Creemos que el espíritu del Salvador es el espíritu de la caridad, el espíritu de la piedad, el espíritu de inteligencia, el espíritu de ciencia y del buen consejo, y nada veo en todo esto que se asemeje al fanatismo ciego. Nuestros dogmas de la Encarnación, de la Trinidad y de la Redención son tan antiguos como el mundo, y hasta provienen de esa doctrina oculta que el Mosaísmo reservaba a sus doctores y sus sacerdotes. El árbol de los Sephirotes es una exposición admirable del misterio de la Trinidad. La caída del gran Adán, esta concepción gigantesca de la decadencia de toda la humanidad, exigirá un reparador no menos grande, que deberá ser el Mesías, pero que se manifestará con la bondad del parvulito que juega con los leones y llama a los pajarillos. El cristianismo bien comprendido es el más perfecto judaísmo, menos la circuncisión y la sujeción rabínica, pero sí la fe y la caridad en una admirable comunión.

Está bien averiguado, por las personas instruidas, que los sabios egipcios no adoraban ni a los perros, ni a los gatos, ni a las legumbres. El dogma secreto de los iniciados era precisamente el de Moisés y el de Orfeo. Un solo Dios universal, inmutable como la ley, fecundo como la vida, revelado en toda la naturaleza, pensando en todas las inteligencias, amando en todos los corazones, causa y principio del ser y los seres, sin confundirse con ellos, invisible, inconcebible, pero con certeza de existente, puesto que nada podría existir sin El.

No pudiendo verlo, los hombres lo soñaron y la diversidad de dioses no es más que la diversidad de sus sueños.

Si no sueñas como yo, serás eternamente reprobado, se dicen unos a otros los sacerdotes de los diferentes cultos. No razonemos como ellos; esperemos la hora del despertar.

Sobre el título que Michelet ya lanzó a publicidad, podría hacerse un bellísimo libro. Sería una concordancia de la Biblia, de los Puranas, de los Vedas, de los libros de Hermes, de los himnos de Homero, de las máximas de Confucio, del Corán de Mahoma y hasta de los Edda de los escandinavos. [(2)].

Esta compilación, cuyo resultado sería ciertamente católico, podría llamarse legítimamente Biblia de la Humanidad. Desgraciadamente, esta anciano muy galante y atrayente, en vez de hacer el trabajo solamente lo indicó y esbozó ligeramente su prefacio.

La religión, en su esencia, nunca varió, pero en cada edad como en cada nación, tiene sus preconceptos y sus errores. Durante los primeros siglos del cristianismo temían que el mundo fuera a acabarse y despreciaban todo lo que embellecía la vida. Las ciencias, las artes, el patriotismo, el amor de la familia, todo caía en el olvido ante los sueños del cielo. Unos corrían al martirio, otros al desierto, y el imperio caía en ruinas. Después vino la locura de las disputas teológicas y los cristianos se degollaban mutuamente por palabras que no entendían. En la Edad Media, la simplicidad de los Evangelios dio lugar a las argucias de la escuela y las supersticiones pulularon. Al Renacimiento reapareció el materialismo, fue desconocido el gran principio de la unidad, y el protestantismo sembró en el mundo iglesias de fantasía. Los católicos fueron inmisericordes y los protestantes, implacables.

Vino enseguida el sombrío Jansenismo con sus tétricos dogmas, el Dios que salva y condena por capricho, el culto de la tristeza y de la muerte. La Revolución impuso luego la libertad por el terror, la igualdad a golpes de hacha y la fraternidad en la sangre. Siguió una reacción cobarde y pérfida. Los intereses amenazados tomaron la máscara de la religión y las arcas llenas hicieron alianza con la cruz. Y es así como aún aquí estamos. Los ángeles custodios del Santuario son sustituidos por zuavos, y el reino de Dios, que sufre violencia en el cielo, resiste la violencia en la tierra, mas no con desprendimiento y oraciones, pero sí con dinero y bayonetas. Judíos y protestantes aumentan el dinero de San Pedro. La religión ya no es más una cosa de fe, es una cuestión de partido.

Es muy cierto que el cristianismo aún no fue comprendido y que, al fin, reclama su lugar; por eso todo cae y todo caerá, mientras no quede establecido en toda su verdad y en todo su poder, para fijar el equilibrio del mundo.

Por consiguiente, las agitaciones que presenciamos nada tienen de extraño, son el resultado del movimiento perpetuo que derriba todo lo que los hombres quieren oponer a las leyes de su eterna balanza.

Las leyes que gobierna el mundo rigen también los destinos de todos los individuos humanos: el hombre nació para el descanso, pero no para la ociosidad. El descanso para él es la conciencia de su propio equilibrio, mas no puede renunciar al movimiento perpetuo, porque el movimiento es la vida. Es preciso sufrirlo o dirigirlo: cuando lo sufrimos, nos destruye, cuando lo dirigimos, nos regenera. Debe haber equilibrio y no antagonismo entre el espíritu y el cuerpo. La sed insaciable del ama es tan funesta como los apetitos desordenados de la carne. La concupiscencia, lejos de calmarse, se irrita por las privaciones insensatas. Los sufrimientos del cuerpo vuelven triste e impotente el alma, y ella sólo es efectivamente reina cuando los órganos, sus súbditos, están perfectamente libres y

tranquilos.

Hay equilibrio y no antagonismo entre la gracia y la naturaleza, porque la gracia es la dirección que el propio Dios da a la naturaleza. Es por la gracia del Altísimo que las primaveras florecen, los veranos producen las espigas y los otoños las uvas. ¿Por qué, pues, despreciaríamos las flores que embelesan nuestros sentidos, el pan que nos sustenta y el vino que nos fortifica?. El Cristo nos enseña a pedir a Dios el pan de cada día. Pidámosle también las rosas de cada primavera y las sobras de cada verano. Pidámosle, para cada corazón, al menos una verdadera amistad y para cada existencia un honesto y sincero amor.

Hay equilibrio y nunca debe haber antagonismo entre el hombre y la mujer. La ley de unión, entre ellos, es la consagración mutua. La mujer debe cautivar al hombre por la atracción, y el hombre, emancipar a la mujer por la inteligencia. Este es el equilibrio inteligente, fuera del cual se cae en el egoísmo fatal.

Al aniquilamiento de la mujer por el hombre corresponde el envilecimiento del hombre por la mujer. Haced de la mujer una cosa que se compra, ella se encarece y os arruina. Haced de ella una criatura de carne y fuego, y ella os corrompe y os mancha.

Hay equilibrio y no podría haber antagonismo entre el orden y la libertad, entre la obediencia y la dignidad humana.

Ninguno tiene derecho al poder despótico y arbitrario. No, ninguno, ni el mismo Dios. Nadie es señor absoluto del otro. Ni el mismo pastor es señor de su perro. La ley del mundo inteligente es la tutela; aquellos que deben obedecer sólo obedecen para su bien; se dirige su voluntad sin subyugarla; se puede comprometer su voluntad, pero no alienarla.

Ser rey, es consagrarse a proteger los derechos del rey contra los del pueblo, y cuanto más poderoso es el rey tanto más libre en realidad es el pueblo. Porque la libertad sin disciplina y sin protección es la peor de las servidumbres; se vuelve entonces anarquía, que es la tiranía de todos en el conflicto de las facciones. La verdadera libertad social es el absolutismo de la justicia.

La vida del hombre es alternada; vela y duerme alternativamente, sumergido por el sueño en la vida colectiva y universal; sueña con su existencia personal, sin tener conciencia del tiempo y del espacio. Entrando en la vida individual y responsable, en estado de vigilia, sueña con su conciencia colectiva y eterna. El sueño es la claridad en la noche. La fe en los misterios religiosos es la sombra que aparece en pleno día.

Probablemente que la eternidad del hombre también es alternada como su vida y debe componerse de vigilias y de sueños. Sueña cuando cree vivir en el imperio de la muerte, vela cuando continúa su inmortalidad y se recuerda de sus sueños.

Dios, dice el Génesis, envió el sueño a Adán y en cuanto éste dormía sacó de él a ***Chavat,*** [3] a fin de darle un auxiliar semejante y Adán exclamó: "Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos".

No olvidemos que, en el capítulo precedente, el autor del libro sagrado declara, que "Adán había sido creado macho y hembra", lo que expresa claramente que Adán es el individuo aislado tomado por la humanidad entera. ¿Qué es entonces esa ***Chavat*** o Eva, que sale de él durante su sueño para servirle de auxiliar y que, más tarde, debe llevarlo a la muerte?. ¿No será la misma cosa que la Maya de los Indianos, el recipiente corpóreo, la forma terrestre que es la auxiliar y algo como la forma del espíritu pero que se separa de él, que él se despierta, lo que llamamos la muerte?.

Cuando el espíritu adormece, después de un día de vida universal, hace por sí

mismo su Chavat; lanza alrededor de sí su crisálida, y sus existencias, en el tiempo, son para él apenas sueños, que lo alivian de los trabajos de su eternidad.

Sube así por la escala de los mundos durante su sueño solamente, gozando en su eternidad de todo lo adquirido en conocimientos y fuerzas nuevas en sus ayuntamientos con la Maya, de quien debe servirse, pero sin esclavizarse de ella jamás. Pues la Maya triunfante echaría en su alma un velo que sólo el despertar rasgarías, y por acariciar pesadillas, expuesto a despertar en la locura, lo cual es el verdadero misterio de la vida eterna.

¿Qué seres hay más dignos de lástima que los locos?. La mayoría de ellos todavía no siente su terrorífica desgracia. Swedenborg osó decir algo que, con ser peligroso, no nos parece menos concerniente. Dice, que "los réprobos toman los horrores del infierno por bellezas, sus tinieblas por luces y sus tormentos por placeres". Como los condenados al suplicio de Oriente, embriagados con narcóticos antes de ser entregados al verdugo.

"Dios no puede impedir la pena que alcance a los violadores de su ley mas, como la muerte eterna ya es mucho, no quiere aumentarles su dolor. No pudiendo desviar el chicote de las furias, vuelve insensibles a los infelices que ellas han de castigar".

No podemos admitir estas ideas de Swedenborg, porque sólo creemos en la vida eterna. Estos alucinados e idiotas condenados, deleitándose en las sombras infectas, recogiendo hongos venenosos que toman por flores, nos parecen inútilmente castigados, puesto que no tienen conciencia de su castigo.

Este infierno, que sería un hospital de corrompidos, es menos bello que el de Dante, abismo circular que vuelve más estrecho a medida que desciende y que termina atrás de tres cabezas de la serpiente simbólica, por un camino estrecho, de donde basta retroceder para subir a la luz.

La vida eterna es el movimiento perpetuo y, para nosotros, la eternidad no puede ser más que la infinidad del tiempo.

Suponiendo que toda la felicidad del cielo consista en decir ***Aleluya,*** con una palma en la mano y una corona en la cabeza, que después de cinco millones de Aleluyas se tenga que recomenzar siempre lo mismo (¡asombrosa felicidad!) y, al fin, a cada Aleluya poderle dar un número; habrá uno en la frente, otro después; habrá sucesión, habrá duración, en fin, será el tiempo, porque esto comenzará.

La eternidad no tiene comienzo ni fin.

Una cosa es cierta, y es que nada sabemos de los misterios de la otra vida; más, también es verdad que ninguno de nosotros se recuerda haber comenzado, y que la idea de no existir más nos perturba el sentimiento y la razón.

Dice Jesucristo, que los justos irán al cielo, y llama cielo, la casa de su padre; afirma que en esta casa hay innumerables moradas; estas moradas serán evidentemente las estrellas. La idea, o si queréis la hipótesis de las existencias renovadas en los astros; no se aparta de la doctrina de Cristo. La vida de los sueños es esencialmente distinta de la vida real; tiene sus paisajes, sus amigos, sus recuerdos; en ella poseemos facultades que, ciertamente, pertenecen a otras formas y otros mundos.

En ella volvemos a ver seres amados que jamás conocimos en la tierra; encontramos a los vivos que murieron, nos sostenemos en el aire, andamos sobre el agua, como puede darse en los medios en que el peso de los cuerpos es menor; se hablan lenguas desconocidas y se encuentran seres gallardamente organizados; todo está ahí lleno de reminiscencias que

no se refieren a este mundo, ¿No serán ellas vagas memorias de nuestras precedentes existencias?.

¿Será sólo el cerebro que produce los sueños?, y si él los produce, ¿Quién los inventa?. Muchas veces nos asustan y fatigan. ¿Cuál es el Callot o el Goya que trama las pesadillas?.

Cuando nos pareció cometer crímenes en el sueño, nos sentimos felices si al despertar nada tenemos que reprocharnos. Más, ¿Sería lo mismo para nuestras existencias veladas, para nuestros sueños ocultos bajo esta cubierta de carne? Nerón, despertando sobresaltado, podría exclamar: ¡Loado sea Dios! no hice asesinar a mi madre.

La habría encontrado viva y sonriente junto a sí, pronto a contarle sus crímenes imaginarios y sus malos sueños.

La vida presente parece, en veces, un sueño monstruoso y no más razonable que las visiones del sueño: de continuo vemos en ella lo que no debía existir, y que lo que debía existir, no existe. Creemos; en ocasiones, que la naturaleza hace extravagancias y que la razón se debate bajo un Efialtes terrible. [(4)]. Las cosas que pasan en esta vida de ilusiones y de vanas esperanzas son, ciertamente, tan insensatas en comparación de la vida eterna, como lo pueden ser las visiones del sueño comparadas a las realidades de esta vida.

Al despertar, no nos reprobamos los pecados cometidos en el sueño, y si fueran crímenes, la sociedad no pediría cuentas, al menos que hayan sido realizados efectivamente en estado de sonambulismo, como por ejemplo, un sonámbulo, que soñando matar a su mujer, le propina un golpe mortal. Es así como nuestros errores en la tierra pueden ser un hecho en el cielo, en consecuencia de una especial exaltación que haría vivir al hombre en la eternidad antes de dejar la tierra. Hay actos de la vida presente que pueden perturbar las regiones de la serenidad eterna. Existen pecados que, como se dice vulgarmente, hacen llorar a los ángeles. Son las injusticias de los santos, las calumnias que hacen subir al Ser Supremo, cuando presentan a éste como al déspota caprichoso de los espíritus, como el atormentador infinito de las almas. Cuando Santo Domingo y S. Pío V enviaban cristianos disidentes al suplicio, estos cristianos, hechos mártires y entrando por el derecho de sangre derramada en la gran catolicidad del cielo, eran acogidos, sin duda, en el número de los espíritus bienaventurados con gritos de terror y de piedad; y los feroces sonámbulos de la Inquisición no serían disculpados, aunque alegaran ante el Juez Supremo las divagaciones de sus sueños.

Falsear la conciencia humana, apagar el espíritu y calumniar la razón, perseguir a los sabios, oponerse a los progresos de la ciencia, estos son los verdaderos pecados mortales, pecados contra el Espíritu Santo, pecados que no pueden ser perdonados ni en este mundo ni en el otro.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Syllabus.*** Lista de las 80 principales herejías modernas formada por orden de Pío IX y publicada en 1864.

(2) ***Puranas. Vedas. Eddas. Purana:*** cada uno de los 18 poemas sánscritos que contienen la teogonía y cosmogonía de la India antigua. ***Vedas*****:** del sánscrito ***véda,*** ciencia, conocimiento; libros sagrados primitivos de la misma India. ***Eddas*****,** colecciones de las tradiciones mitológicas y legendarias de los antiguos pueblos escandinavos.

(3) ***Chaval.*** Nombre ternario de Eva, que agregado al de Adam forma el nombre de Jehova. ***Adam*** es el tetragrama humano que se resume en el ***Jod*** misterioso, imagen del falo cabalístico. Unidos forman el tetragrama divino, la palabra misteriosa que el Gran Sacerdote pronunciaba: ***Jodchéva*****,** y que se pronuncia separadamente: ***Iod, Hé, Vau, Hé.*** Nombre santo, principio de la vida y del amor. Es la palabra que los Israelitas nunca pronunciaban y que se halla inscrita en el vértice de todas las iniciaciones, la que irradia en el centro del triángulo flamígero del grado 33 del Rito Masónico Escocés y que, en otra forma, se ostenta en la cima de los portales de nuestras catedrales, y significa ***El ser que fue, que es y que será.*** No debiendo ser pronunciado por los profanos se lo sustituía por la palabra ***Tetragrammaton*** ("cuatro letras"), o por ***Adonay*** (señor). El ***Jod*****,** principio creador es el falo ideal, o ***Jakin,*** la unidad, representa el principio masculino, la fuerza, el hombre, el sol, todo lo activo y positivo. ***Chavat o Eve*****,** el principio creado, el ***cteis*** formal*,* o ***Bohas,*** el binario, que significa el principio femenino, la hermosura, la mujer, la luna, todo lo pasivo y negativo, lo que aún no vive una vida personal, pero que irradia una fuerza recibida para transmitirla a su alrededor.

(4) ***Efialtes.*** Griego famoso por su traición. En tanto que Leónides defendía el paso de las Termópilas. Efialtes enseñó a los persas un desfiladero que les permitió atacar por la espalda a los griegos. Traidor que huyó después a Tesalia, pero que habiendo vuelto a su país recibió la muerte en manos de Atenades por una causa extraña a su traición.

CAPÍTULO X

EL MAGNETISMO DEL MAL

Un espíritu único llena la inmensidad. Es el de Dios, que nada limita o divide, aquel que está eternamente en todas partes sin estar contenido en parte alguna.

Los espíritus creados no pueden vivir sino en envoltorios proporcionales a su medio, que realizan su acción limitándola e impidiéndoles ser absorbidos en el infinito.

Echad una gota de agua dulce en el mar y ella se perderá, a menos que no sea preservada por un envoltorio impermeable.

No existen, pues, espíritus sin envoltorio y sin forma; estas formas son relativas al medio en que viven, y en nuestra atmósfera, por ejemplo, no pueden existir otros espíritus que los de los hombres, con los cuerpos que vemos, y de los animales, cuyo destino y naturaleza aún ignoramos.

¿Tienen alma los astros?. Y la tierra que habitamos, ¿Tendrá una conciencia y un pensamiento propios?. Nosotros lo ignoramos; pero no podemos afirmar que están en error los que quieran suponerlo.

Explicando así ciertos fenómenos excepcionales, por manifestaciones espontáneas del alma de la tierra, y cómo muchas veces fue notado determinado antagonismo en estas manifestaciones, puede concluirse, que el alma de la tierra es múltiple y que se revela por cuatro fuerzas elementales, que podemos resumir en dos y que se equilibran en tres: lo que es una de las soluciones del gran Enigma de la Esfinge.

Según los hierofantes antiguos, la materia no es más que el ***substratum*** de los espíritus creados: Dios no la creó inmediatamente. De Dios emanan las potencias, los Elohim, [(1)] que constituyen el cielo y la tierra y, según su doctrina, era así como debía de pronunciarse la primera frase del Génesis: ***Bereschit,*** [(2)] la cabeza o el primer principio; ***Bara*****,** creó ***Elohim*****,** las potencias, ***aet-haschamain v'aet-ha-aretz*****,** que son los que hacen (subentendido) el cielo y la tierra. Confesamos que esta traducción nos parece más lógica que la que daría un verbo ***Bara*** empleado en el singular al nominativo plural ***Elohim***.

Estos Elohim o potencias serían las grandes almas de los mundos, siendo sus formas la sustancia específica en sus virtudes elementales. Dios, para crear un mundo, habría ligado juntamente cuatro genios, que debatiéndose producirían primero el caos, pero que forzados a descansar después de la lucha habrían establecido la armonía de los elementos; de este modo la tierra prendió el fuego y se hinchó para escapar de la invasión de las aguas. El aire salió de las cavernas y envolvió la tierra y el agua, mas el fuego lucha siempre contra la tierra y la corroe; el agua a su vez, invade la tierra y sube en nubes al cielo; el aire se excita, y para repeler las nubes, forma corrientes y tempestades. La gran ley del equilibrio, que es la voluntad de Dios, impide que los combates destruyan los mundos antes del tiempo marcado para sus transfiguraciones.

Los mundos, como los Elohim, están ligados conjuntamente por cadenas magnéticas que su rotación procura romper. Los soles son rivales de los soles y los planetas

se ejercitan contra los planetas, oponiendo a las cadenas de atracción una energía igual de repulsión, para defenderse de la absorción y conservar cada uno su existencia.

Estas fuerzas colosales, en ocasiones tomaron una forma y se presentaron bajo la apariencia de gigantes: son los Egrégoros del libro de Enoch, criaturas terribles, para quienes somos lo que para nosotros los infusorios o los insectos microscópicos que pululan en nuestros dientes y en nuestra epidermis. Los Egrégoros nos pisan sin piedad porque ignoran nuestra existencia: son excesivamente grandes para vernos y muy limitados para adivinarnos.

Así se explican las convulsiones planetarias que devoran poblaciones. Sabemos muy bien que Dios no salva a la inocente mosca de que un cruel estúpido pilluelo le arranque las patas y las alas, y que la Providencia no interviene a favor del hormiguero, cuyas galerías destruye el caminante con sus pies.

Porque los órganos de un ácaro escapan al análisis del hombre, éste juzga tener el derecho de suponer que, delante de la naturaleza eterna, su existencia es mucho más preciosa que la del parásito del queso. Camoens tenía, probablemente más genio que el egrégoro Adamastor; pero por estar coronado de nubes y tener los huracanes por manto, ¿Podría el gigante Adamastor adivinar las poesías de Camoens?.[(3)].

La ostra nos parece apetitosa, suponemos que carece de conciencia de sí misma, que por consiguiente no sufre, y sin el menor sentimiento la devoramos. Echamos completamente vivos en la olla hirviente al cangrejo, al camarón y la langosta nada más que, porque cocidos de ese modo, hallamos su carne más fina y más sabrosa.

¿Por qué dura ley así abandona Dios el flaco al fuerte, el pequeño al grande, sin que el ogro tenga alguna idea de las torturas que hace sufrir al débil ser que devora?.

¿Y quién nos asegura que alguien tomará nuestra defensa contra los entes más fuertes y tan ávidos como nosotros?. Los astros accionan y reaccionan los unos sobre los otros, su equilibrio lo determinan lazos de amor y esfuerzos de odio. A veces la resistencia de una estrella se rompe y ella es atraída para un sol que la devora; otras, una de ellas, siente expirar su fuerza de atracción y es lanzada fuera de su órbita por el girar de los universos. Astros amantes se aproximan y dan a luz nuevas estrellas. El espacio infinito es la gran ciudad de los soles; ellos forman consejos entre sí y se dirigen recíprocamente telegramas de luz. Hay estrellas que son hermanas, otras hay que son rivales. Las almas de los astros, presas por la necesidad de su carrera regular, pueden ejercer su libertad divergiendo sus efluvios. Cuando la tierra es mala, torna a los hombres furiosos y desencadena flagelos en su superficie; envía entonces, a los planetas que no ama, un magnetismo envenenado y ellos se vengan enviándole la guerra. Venus derrama sobre ella el veneno de las costumbres depravadas; Júpiter excita a los reyes unos contra otros; Mercurio desencadena contra los hombres las serpientes del caduceo, la Luna los enloquece y Saturno los lleva a la desesperación. Estos amores y estas cóleras de las estrellas son la base de toda la astrología, ciencia por hoy tan desdeñada. ¿No probé recientemente el análisis espectral de Buncen, que cada astro tiene su imantación determinada por una base metálica especial y particular, y que hay en el cielo escalas de atracción como gamas de colores? Pueden, pues, existir también, y ciertamente existen entre los globos celestes, influencias magnéticas que obedecen tal vez a la voluntad de estos globos, si los suponemos dotados de inteligencia o dominados por los genios a que los antiguos llamaban los vigilantes del cielo o Egrégoros. [(4)].

El estudio de la naturaleza nos hace hallar contradicciones que espantan. En todas partes encontramos pruebas de una inteligencia infinita, pero muchas veces tenemos que reconocer también la existencia y la acción de las fuerzas perfectamente ciegas. Los flagelos son perturbaciones que no podemos atribuir al principio del orden eterno. Las epidemias, las inundaciones, las hambrunas, no son órdenes de Dios. Atribuidos al demonio, esto es, a un ángel condenado, cuyas malas obras El permite, significaría suponer un Dios hipócrita que se oculta detrás de un gerente responsable y viciado para hacer el mal. ¿De dónde vienen entonces estos desórdenes?. Del error de las causas segundas. Y si las causas segundas son capaces de error, es porque son inteligentes y autónomas; y he aquí la completa doctrina de los Egrégoros.

Según esta doctrina, los astros no cuidarían de los parásitos que germinan en su epidermis, sino solamente de sus odios y sus amores. Nuestro sol, cuyas manchas son un comienzo de resfriamiento, es arrastrado, lenta pero fatalmente, hacia la constelación de Hércules. Un día le faltará luz y calor, porque los astros envejecen y deben morir como nosotros. Entonces, no tendrá la fuerza de repeler a los planetas que irán con ímpetu a romperse contra él, y será éste el fin de nuestro universo. Mas un nuevo universo se formará con los restos. Una nueva creación saldrá del caos y reneceremos, en una especie nueva, capaces de luchar con más ventaja contra la estúpida grandeza de los Egrégoros, y así será, hasta que el gran Adán sea reconstituido. Este espíritu de los espíritus, esta forma de las formas, este gigante colectivo que resume la creación entera, este Adán, que conforme los Cabalistas esconde el sol detrás del calcañar, oculta las estrellas en las espigas de su barba y cuando quiere andar, toco con un pie el Oriente y con el otro el Occidente.

Los Egrégoros son los Enacim de la Biblia, o mejor, según el libro de Enoch, sus padres. Son los Titanes de la Fábula y se encuentran en todas las tradiciones religiosas.

Son ellos los que, en sus luchas, lanzan los aerolitos al espacio, viajan a caballo en los cometas y hacen llover estrellas candentes y bólidos inflamados. El aire se vuelve malsano, las aguas se corrompen, la tierra tiembla y los volcanes estallan furiosamente cuando están excitados y abatidos. En ocasiones, y durante las noches de estío, los habitantes sencillos de los valles del Sur ven, con terror, la forma colosal de un hombre inmóvil en la altiplanicie de las montañas, que sentado, lava sus pies en algún lago solitario; las sencillas gentes pasan haciendo la señal de la cruz y creen haber visto a Satanás, cuando apenas vieron la sombra pensativa de un Egrégoro.

Estos Egrégoros, si tuviésemos que admitir su existencia, serían los agentes plásticos de Dios, las ruedas vivas de la máquina creadora, multiformes, como Proteo, pero siempre sujetos a su materia elemental. Sabrían secretos que la inmensidad nos roba, pero ignorarían cosas que nosotros conocemos. Las evocaciones de la magia antigua se dirigen a ellos, y los nombres pomposos que les daban en Persia y en Caldea, se conservan en los antiguos grimorios.

Los árabes, poéticos conservadores de las tradiciones primitivas de Oriente, creen aún en estos gigantes genios. Los hay blancos y negros, los negros son malos y se llaman Afritas. Mahoma conservó estos genios he hizo de ellos ángeles tan grandes, que el viento de sus alas balancea los mundos en el espacio. Confieso que no gustamos de esta multitud de entes intermediarios que nos ocultan a Dios y parecen volverlo inútil. Si la cadena de los espíritus aumenta siempre sus anillos elevando a Dios, no vemos razón para que se detenga, porque avanzará siempre, sin jamás poder tocarlo. Tenemos billones de dioses que vencer o

dominar, sin llegar nunca a la libertad o a la paz. y es por eso que rechazamos, definitiva y absolutamente, la mitología de los Egrégoros.

Aquí respiramos quedamente y enjugamos la frente, como un hombre que despierta después de un penoso sueño. Contemplamos el cielo lleno de astros, pero vacío de fantasmas y con indecible alivio al corazón repetimos a plena voz estas primeras palabras del símbolo de Nicea: ***Credo in unum Deum.***

Mientras cae acompañado por los Egrégoros y los Afritas, Satán brilla un momento en el cielo y desaparece como un relámpago. ***Videbam Satanam sicut fulgures (o fulgur) de coelo cadentem.***

Los gigantes de la Biblia fueron sepultados por el diluvio. Los Titanes de la Fábula, sepultados bajo las montañas que habían amontonado. Júpiter no es más que una estrella, y toda la fantasmagoría gigantesca del antiguo mundo sólo es una sonora carcajada que, en Rabelais, se llama Gargantúa.

El propio Dios no quiere que lo representen en forma de un monstruoso panteo. Es el padre de las proporciones y de la armonía y repele las monstruosidades. Sus jeroglíficos favoritos son las blancas y mansas figuras del cordero y de la paloma. ¡Qué adorable es el símbolo católico y cuántos abominables sacerdotes lo desconocen!.

Imaginad la paloma del espíritu de amor posándose sobre la humareda graciosa de los ***autos-de-fe*** y a la virgen madre mirando quemar las judías. Ver caer desgraciados jóvenes bajo las balas de los zuavos del Niño Jesús y del fuego de los cañones colocados alrededor del tesoro de las indulgencias. Más ¡quién puede sondear los secretos de la Providencia!. Tal vez por esta aberración del poder militar todos los disidentes son absueltos y el pecado del pastor vuélvese la inocencia del mundo.

Además ¿No es el Papa un santo padre que cree que cumple su deber con toda la sinceridad de su corazón?. ¿Quién es, pues, el culpable?. El culpable es el espíritu de contradicción, el espíritu del error y la mentira, que fue homicida desde el comienzo, es el tentador, el diablo, el magnetismo del mal.

El magnetismo del mal es la corriente fatal de los hábitos perversos, es la síntesis híbrida de todos los insectos voraces y astutos que el hombre sustrae de los animales peores, y es en este sentido filosófico que el simbolismo de la Edad Media personificó al demonio.

Tiene cuernos de macho cabrío o de toro, ojos de mochuelo, nariz con extremidades de buitre, garganta de tigre, alas de murciélago, garras de arpía y vientre de hipopótamo. ¡Qué figura para un ángel!, aunque sea caído, y cuán lejos están del soberbio rey de los infiernos soñado por el genio de Milon!.

Pero es cierto que el Satán de Milton no representa otra cosa que el genio revolucionario de los ingleses bajo un Cromwell, y el verdadero diablo, es el de las catedrales y de las leyendas.

Es ágil como el mono, insinuante como el reptil, astuto como la zorra, alegre como el gato, cobarde como el lobo o el chacal.

Rastrero y adulador como un esbirro, ingrato como un rey y vengativo como un mal padre, inconsciente y pérfido como una mujer galante.

Es un Proteo que toma todas las formas, excepto las del cordero y paloma, dicen los viejos grimorios. Tan pronto es un pajecillo bellaco que lleva cola del vestido de una gran dama, como un teólogo vestido de armiño o un caballero barbado de hierro. El consejero

del mal penetra en todas partes, se esconde hasta en el seno de las rosas. A veces, bajo la capa del chantre o del obispo, pasea su cauda mal disimulada por las lozas de una iglesia, se prende a los cordones de la disciplina de las monjas y se achata entre las páginas de los breviarios. Gime en la bolsa vacía del pobre, y por el agujero de la cerradura de los cofres llama en voz baja a los ladrones. Su carácter esencial e inextinguible es ser siempre ridículo, porque, en el orden moral, es la bestia y será siempre la estulticia.

Su hábito, dicen los hechiceros, es pedir siempre alguna cosa; se contenta con un andrajo, con un zapato viejo, o con un pedazo de paja. ¿Quién no comprende aquí la alegoría?. ¿Conceder al mal la menor cosa no es hacer pacto con él?. ¿Llamarlo, sea sólo por curiosidad, no es entregarle nuestra alma?. Toda esta mitología diabólica legendaria está llena de filosofía y de razón. El orgullo, la avaricia, la envidia, no son por sí mismas personajes; pero muchas veces se personifican en los hombres y aquellos que llegan a ver al diablo no es sino que ven su propia fealdad.

El diablo jamás fue bello; no es un ángel caído, está condenado desde su nacimiento, el mismo Dios jamás le perdonará porque para Dios no existe. Existe como nuestros errores, es el vicio, es el miedo, es la violencia, es la demencia y la mentira, es la fiebre del hospital de los limbos en que enflaquecen las almas dolientes. Nunca entró en las regiones serenas del cielo y no podría, por consiguiente, haber caído de ellas.

Arredra, pues, el dualismo impío de los Manes, arredra este competidor de Dios, fulminado y siempre poderoso, que le disputa el mundo. Atemoriza esta creación seductora de los hijos de su señor, que forzó al propio Dios a sufrir la muerte para rescatar a los hombres que el ángel rebelde había hecho sus esclavos, y al cual Dios abandona, a pesar de todo, la mayoría de aquellos que quiso redimir por un sacrificio tan inconcebible. ¡Abajo el último y más monstruoso de todos los egrégoros!. ¡Gloria y triunfo eterno sólo a Dios!.

Con todo, ¡honra eterna al dogma sublime de la Redención!. ¡Respeto a todas las tradiciones de la Iglesia Universal!. ¡Viva el simbolismo antiguo!. ¡Pero Dios nos guarde de materializarlo, tomando entidades metafísicas por personajes reales y alegorías por historia verdadera!.

Los niños gustan de creer en los ogros y en las hadas, y las multitudes tienen necesidad de la mentira. Lo sé; apelo al testimonio de las amas y los sacerdotes. Mas yo escribo un libro de filosofía oculta que no debe ser leído ni por los niños ni por las personas débiles de espíritu.

Personas hay para quienes el mundo resultaría vacío si no lo imaginaran poblado de quimeras.

La inmensidad del cielo les fastidiaría sin su correspondiente multitud de duendes y demonios. Estos niños grandes nos recuerdan la fábula del buen Lafontaine, en la que juzgaba ver un mastodonte en la luna, cuando estaba viendo un ratoncillo escondido entre los vidrios de la luneta. Todos llevamos consigo nuestro tentador o nuestro diablo, que nace de nuestro temperamento o de nuestros humores. Para unos, es un pavo que hace la rueda; para otros, es un mono que arrisca los dientes. Es el lado animal de nuestra humanidad, es la repulsión tenebrosa de nuestra alma, es la ferocidad de los instintos animales exagerada por la vacuidad de nuestros pensamientos estrechos y falsos, es el amor de la mentira en los espíritus que, por debilidad o indiferencia, desesperan de la verdad.

Los posesos del demonio son tan numerosos que componen el mundo, como decía el Cristo, y por eso repetía a sus apóstoles: “El mundo os hará morir”. El diablo mata a los

que se resisten, por tanto, consagrar la existencia a la victoria de la verdad u la justicia, es hacer el sacrificio de la vida. En la ciudad de los malos el que reina es el vicio y el interés del vicio el que gobierna. El justo está condenado de antemano, no hay necesidad de juzgarlo; pero la vida eterna pertenece a los hombres de corazón que saben sufrir y morir. Jesús, que pasaba haciendo el bien, sabía que caminaba para la muerte y decía a sus amigos: "He aquí que vamos a Jerusalén, donde el hijo del hombre debe ser entregado al último suplicio. Hago oferta de mi vida; ninguno me la toma; yo la pongo para adquirirla. Si alguien quiere imitarme, que acepte de antemano la cruz de los malhechores y que siga mis huellas. Todos vosotros que ahora me veis, no me veréis jamás". Luego ¿Quiere matarse? decían los judíos que no oían hablar así. Mas, dejarse ultimar por los otros no es matarse a sí mismo.

Los héroes de las Termópilas bien sabían que todos morirían ahí, desde el primero hasta el último, y su glorioso combate no fue ciertamente un suicidio.

El sacrificio de sí mismo nunca es un suicidio; y Curcio, si su historia no fuera fabulosa, no sería un suicida. ¿Régulo cometía un suicidio volviéndose a Cartago?. ¿Se suicidaba Sócrates, cuando rehusaba evadirse de la prisión después de su sentencia de muerte?. Catón, prefiriendo rasgar su vientre a sufrir la locura del César, es un republicano sublime. El soldado herido que caído en el campo de batalla y no teniendo más arma que su bayoneta, cuando le dicen: entrega las armas, hunde la bayoneta en su corazón, diciendo: "Ven a tomarlas", no es un suicida, es un héroe fiel a su juramento de vencer o morir. El Señor Beaurepaire, haciendo saltar sus sesos antes que firmar una capitulación vergonzosa, no se suicida: ¡se sacrifica a la honra!.

Cuando la gente no tiene pacto con el mal, no debe temerlo, y cuando no teme al mal o debe temer a la muerte: ella sólo tiene imperio funesto sobre el mal. La muerte negra, la muerte espantosa, la muerte llena de angustia y de terror es hija del demonio. Ellos juraron morir conjuntamente, pero como son mentirosos se dan recíprocamente por eternos.

Decíamos, hace poco, que el diablo es ridículo, y en nuestra ***Historia de la Magia,*** declaramos que no nos hace reír; y en efecto, ninguno se ríe de las ridiculeces groseras, pues cuando se tiene amor al bien, no se puede reír del mal.

El vehículo fluido, astral, representado en todas las mitologías por la serpiente, es el tentador natural de ***Chava*** o de la forma material; esta serpiente era inocente del pecado de Adán y Eva, como todos los seres. El diablo nació de la primera desobediencia y se transformó en esa cabeza de serpiente que el pie de la mujer debe aplastar.

La serpiente, símbolo del gran agente fluídico, puede ser un signo sagrado cuando representa el magnetismo del bien, como la serpiente de bronce de Moisés. Hay dos serpientes en el caduceo de Hermes.

El fluido magnético está sometido a la voluntad de los espíritus, que pueden atraerlo o proyectarlo con fuerzas diferentes, conforme a su grado de exaltación o de equilibrio.

Lo llamamos el lucero o ***Lucifer***, porque es el agente distribuidor y especializador de la luz astral.

Lo llamamos también ángel de las tinieblas, porque es el mensajero de los pensamientos oscuros como de los pensamientos luminosos, y los hebreos, que lo llaman Samael, dicen que es doble, y que hay un Samael blanco y un Samael negro, el Samael israelita y el Samael incircunciso.

La alegoría aquí es evidente. Ciertamente creemos, como los cristianos, en la

inmortalidad del alma; como todos los pueblos civilizados, creemos en penas y sufrimientos proporcionales a nuestras obras. Creemos que los espíritus pueden ser desgraciados y atormentados en la otra vida; admitimos, pues, la existencia posible de los réprobos.

Creemos que las cadenas de simpatía no se rompen sino que, por el contrario, se vuelven más estrechas con la muerte. Pero esto sólo existe entre los justos. Los malos sólo pueden comunicarse entre sí por efluvios de odio.

El magnetismo del mal puede, por tanto, recibir impresiones de ultratumba, pero solamente por las aspiraciones perversas de los vivos, no teniendo los muertos el poder ni la voluntad de hacer el mal. Bajo la mano de la justicia de Dios nadie peca más, expía.

Lo que negamos es la existencia de un poderoso genio, de una especie de Dios negro, de un monarca sombrío, que tiene el poder de hacer el mal después que Dios lo ha reprobado. El rey Satán es para nosotros una ficción impía, a pesar de toda la poesía y la grandeza que ella puede presentar en el poema de Milton. El más culpable de los espíritus caídos debe haber descendido más abajo que los otros, y más que ellos estar sometido a la justicia de Dios. Las galeras tienen, sin duda, sus reyes que aun ejercen cierta influencia en el mundo criminal, pero esto resulta de la insuficiencia de los medios de vigilancia o de represión empleados por la justicia humana, más a la justicia de Dios nadie engaña.

En el libro apócrifo de Enoch leemos que los egrégoros negros se encarnaron para seducir a las hijas de la tierra y dieron nacimiento a los gigantes. Los verdaderos egrégoros, esto es, los vigilantes de la noche, en los cuales nos agrada creer, son los astros del cielo con sus ojos siempre brillantes. Son los ángeles que gobiernan las estrellas y que pastorean a las almas que las habitan. También nos gusta pensar que cada pueblo tiene si ángel protector o su genio, que puede ser el de uno de los planetas de nuestro sistema. Y así, conforme a las poéticas tradiciones de la Cábala, Mikael, el ángel del Sol, es el del pueblo de Dios. Gabriel, el ángel de la Luna, protege a los pueblos de Oriente que tienen la creciente como escudo. Marte y Venus gobiernan conjuntamente a Francia. Mercurio, es el genio de Holanda e Inglaterra. Saturno, el genio de Rusia. Todo esto es posible, aunque dudoso, y puede servir a las hipótesis de la astrología o a las ficciones de la epopeya.

El reino de Dios es un gobierno admirable en el que todo subsiste por jerarquía y en el que la anarquía se destruye por sí misma. Si existen en su imperio prisiones para los espíritus culpados, sólo Dios es el señor, y sin duda que las hace dirigir por ángeles severos y buenos. En ellas no sería permitido a los condenados torturarse mutuamente. ¿Será Dios menos sabio y menos bueno que los hombres?. ¿Qué dirían de un príncipe de la tierra que colocara un bandido de la peor especie como director de sus prisiones, permitiéndole, muchas veces, salir a continuar sus crímenes y a dar a las personas de bien terribles ejemplos y perniciosos consejos?.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Elohim.*** Literalmente Elohim significa El, los Dioses, el Ser de los seres, aquel que creó el cielo y la tierra, o mejor dicho la colectividad de las Divinas Potencias, la esencia del cielo y de la tierra. Elohim es también dioses secundarios, irradiando del Dios

Central, o pensamientos creadores, ordenadores y conservadores de los mundos. Los Elohim irradian de la Trinidad o Tríada, del mismo modo que los colores irradian del prisma triangular que descompone el espectro solar. Los Elohim son las primeras emanaciones de la conciencia suprema. Palabra hebrea.

(2) ***Bereschit.*** "En el principio", la primera palabra que Moisés escribió en el Génesis. En Cábala, se escribe **BRAShITh** y dividiéndola en dos, se obtiene: **BRA,** creó, y **ShITh,** seis, esto es, las seis fuerzas fundamentales que presiden la obra misteriosa de los seis días del Génesis. Las seis letras de que se compone corresponden al signo del Macrocosmo, que es el hexagrama o doble triángulo (estrella de Salomón). La formación del Macrocosmo (universo) se divide en seis fases a las que se da el nombre simbólico de ***"días".*** El número 6 es relativo a la creación porque se forma por la adición de los números que componen la Trinidad: 1 + 2 + 3 = 6. La primera Trinidad, simbolizada por el triángulo con la punta hacia arriba, es eterna y existe por sí misma; la segunda, es el reflejo de la primera, por lo que se simboliza por el triángulo invertido. BRA, igual a creó, tiene el valor Cabalístico de 5 (2 + 200 +1 = 203 = 2 + 3 = 5), número que corresponde a la letra ***He*** del alfabeto hebreo, símbolo de la vida absoluta. El valor numérico total de los valores de la palabra **BRAShITh,** es: 2 + 200 + 1 + 300 + 10 + 400 = 913, que se reduce a 9 + 1 + 3 = 13, correspondiente a la letra ***Mem*,** la que representa el principio femenino; las ***"aguas"*** de la materia prima sobre las que ***"flotaba el espíritu de Dios".***(Para los valores numéricos de las letras hebreas y su significado véase ***"El Poder Oculto de los Números",*** publicado por Editorial Cultura).

(3) ***Camoens, Luis A.*** Poeta portugués, autor de ***"Os Lusiadas",*** obra maestra de la literatura portuguesa. El Genio Adamastor figura entre algunas de las tramas literarias de Camoens.

(4) ***Egrégoros.*** Forma astral generada por una colectividad. Al respecto de las cadenas invisibles y de la formación del ser colectivo a que el ocultismo llama Egrégoro, dice G. Phaneg: "Los pensamientos, la voluntad, el deseo, son fuerzas tan reales y tal vez mayores que la dinamita o la electricidad. Bajo su influencia, la materia astral, que es tan plástica, se hace compacta y toma forma. El hecho está probado por innumerables experiencias. Por consiguiente, si algunas personas se reúnen en un local, emitiendo vibraciones fuertes e idénticas, pensamientos de la misma naturaleza, un ser verdadero ganará vida y quedará animado de una fuerza, buena o mala, según el género de pensamientos emitidos. Al principio débil e incapaz de actividad, presto a disolverse si fuere abandonado ahí mismo, este ser colectivo se va definiendo a medida que las reuniones aumentan; su forma se vuelve cada vez más nítida y va adquiriendo posibilidad de acción mayor. ¡Calcúlese que terrible fuerza o ha de tener un ser así al cabo de 2000 años, como por ejemplo por el empleo de una gran religión! ¡Qué poder no tendrá para auxiliar o castigar a sus adeptos! Así se comprenderá que si un hechicero está solo y la persona maleficiada forma parte de una cadena o corriente cualquiera (religión, asociación mística, etc.), que tenga un Egrégoro poderoso en el invisible, el hechicero pierde su tiempo y su trabajo. En el caso contrario, si la víctima está aislada y el maleficiante afiliado a una asociación oculta, la víctima está casi perdida, salvo circunstancias imprevistas.

Disponiendo el Egrégoro de la energía y del saber acumulado de las personas que lo forman, , será más fuerte e inteligente que cualquiera de los miembros en particular; él los vigila y dirige, corrigiéndolos y castigándolos, cuando traten de desviarse de las líneas comunes”. La palabra proviene del griego ***egregoros***, “vigilante”.

CAPÍTULO XI

EL AMOR FATAL

Los animales están sometidos por la Naturaleza a un estado fenoménico que los impele invenciblemente a la reproducción, estado al que llamamos celo. Sólo el hombre es capaz de un sentimiento sublime que le permite escoger su compañera y que tempera la aspereza del deseo por el afecto más absoluto. Este sentimiento se llama amor. Entre los animales, el macho trepa indistintamente sobre todas las hembras, y las hembras se someten a todos los machos. El hombre está hecho para amar a una sola mujer, y la mujer digna de respeto se conserva para un solo hombre.

En el hombre como en la mujer, el desborde de los sentidos no merece el nombre de amor, es algo que se asemeja al celo de los animales. Los libertinos y las libertinas son meros brutos.

El amor da al alma humana la intuición de lo absoluto, porque es por sí mismo absoluto, o no existe. El amor que se despierta en una gran alma es la misma eternidad que se despierta.

En la mujer que ama, el hombre ve y adora la divinidad materna y da para siempre su corazón a la virgen a quien aspira a honrar con la dignidad de madre.

La mujer adora en el hombre que ama la divinidad fecunda que debe crear en ella el objetivo de todos sus votos, el fin de su vida, la corona de todas las ambiciones: el hijo.

Estas dos almas no hacen más que una, que debe complementarse con una tercera. El hombre es único en tres amores, como Dios existe en tres personas.

Nuestra inteligencia está hecha para la verdad y nuestro corazón para el amor. Es por eso que San Agustín dice, con razón, dirigiéndose a Dios: Tú nos hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón está atormentado hasta que haya encontrado su descanso en ti. Ahora bien, Dios que es infinito sólo puede ser amado por el hombre como intermediario. Se hace amar por el hombre en la mujer y por la mujer en el hombre. Esta es la razón por qué la honra y la felicidad de ser amados nos impone una grandeza y bondad divinas.

Amar es percibir lo infinito en lo finito. Es haber encontrado a Dios en la criatura. Ser amado es representar a Dios, es ser su plenipotenciario junto a un alma para darle el paraíso en la tierra.

Las almas viven de verdad y de amor, sin amor y sin verdad sufren y perecen como cuerpos privados de la luz y el calor.

¿Qué es la verdad?, preguntaba desdeñosamente a Jesucristo el representante de Tiberio, y el mismo Tiberio habría podido preguntar con desprecio insolente e ironía más amarga: ¿Qué es el amor?.

El despecho al no poder comprender nada y ante la imposibilidad de creer en algo, la rabia de no poder amar, ha ahí el verdadero infierno y ¿Cuántos hombres, cuántas mujeres no están entregadas desde esta vida a las torturas de esta espantosa condenación?.

A esto se deben los furores apasionados por la mentira; de ahí esas mentiras

apasionadas de amor que entregan el alma a las fatalidades de la demencia. La necesidad de saber, siempre desesperada ante lo desconocido, y la necesidad de amar, siempre traicionada por la impotencia del corazón.

Don Juan va de crimen en crimen en la búsqueda del amor y acaba por morir sofocado pro los brazos de un espectro de piedra. Fausto, desesperando de la ciencia sin fe, busca distracciones y sólo encuentra remordimientos después de haber perdido a la muy crédula Margarita; no obstante, Margarita lo salvará, pues ella, la pobre criatura inocente, lo amó verdaderamente, y Dios no puede permitir o querer que ella sea separada para siempre de aquél a quien adora.

¿Queréis penetrar los secretos del amor?. Estudiad los misterios del celo. El celo es inseparable del amor porque el amor es una preferencia absoluta que exige la reciprocidad, y porque no puede existir sin una confianza absoluta, que el celo vulgar tiende naturalmente a destruir. Y es que el celo vulgar es un sentimiento egoísta, cuyo resultado común es sustituir la ternura por el odio. Es una calumnia secreta del objeto amado, una duda que lo ultraja y, muchas veces, un furor que lleva a maltratarlo y destruirlo.

Juzgad también el amor conforme a sus obras; si eleva el alma, inspira la devoción y las acciones heroicas; si apenas siente celos de la perfección y de la felicidad del ser amado, si es capaz de sacrificarse por la honra y el descanso del objeto de su amor, ello es un sentimiento inmortal y sublime; pero si aniquila el valor, si enerva la voluntad, si envilece las aspiraciones, si hace despreciar el deber, entonces es una pasión fatal, y es preciso vencer o morir.

Cuando el amor es puro, absoluto, divino, sublime, por sí mismo es el más sagrado de los deberes. Admiramos a Romeo y Julieta a pesar de todos los prejuicios y de todos los furores de los Capuletos y de los Montescos, y no pensamos que los odios de sus familias deberían separar para siempre a Píramo de Tisbe. [(1)].

Admiramos también a Jimena solicitando la muerte del Cid para vengar a su padre porque Jimena, sacrificando el amor, se hace más digna del propio amor, ella sabe bien que si falta a su deber Rodrigo no la amaría más. Entre la muerte de su amante y el envilecimiento de su amor, la heroína no podía vacilar. ¿Justifica ella la gran sentencia de Salomón, que el amor es más inflexible que el infierno?.

El verdadero amor es una revelación luminosa de la inmortalidad del alma: su idea, para el hombre, es la pureza sin mancha, y para la mujer, la generosidad sin desaliento. Tiene celos de la integridad de este ideal, y celo tan noble debe llamarse Celotipia, o tipo de celo. El sueño eterno del amor es la madre inmaculada, y el dogma recientemente definido por la Iglesia, inspirado en el Cantar de los Cantares, no tuvo otro revelador sino el amor.

La impureza es la promiscuidad de los deseos; el hombre que desea todas las mujeres y la mujer que ama los deseos de todos los hombres, no conocen el amor y son indignos de conocerlo. La ***coquetería*** [(2)] es la depravación de la vanidad femenina; su propio nombre viene de algo bestial y recuerda los coqueteos provocativos de las gallinas que quieren llamar la atención del gallo. Le está permitido a la mujer ser bella, pero ella sólo debe desear agradar al hombre que ama o al que podrá amar algún día.

La integridad del pudor de la mujer es el más especial ideal de los hombres y el motivo de su legítimo celo. La delicadeza y la dignidad del hombre es el sueño ideal de la mujer, y es en este ideal que ella encuentra el estimulante o el suicidio de su amor.

El casamiento es el amor legítimo. Un casamiento de conveniencia es un

ayuntamiento de despecho. Es un convenio entre un macho y una hembra de la especie humana que acuerdan tener hijos bajo la protección de la ley; si ninguno de los dos amó, puede esperarse que el amor venga con la intimidad de la familia, pero, desgraciadamente, el amor no obedece siempre a las conveniencias sociales, y aquel que se casa sin amor, muchas veces se desposa con la probabilidad de adulterio.

La mujer que ama a otro u se casa con el hombre a quien no ama, hace un atentado contra la naturaleza. Julia de Volmar es inexcusable, y su marido un personaje imposible en el mismo romance; Saint Preux debió despreciar esa pareja. Una moza que se entrega y después se desdice deshonra su primer amor; porque ha aceptado el adulterio. Hay un ser ante quien una mujer digna de ese nombre nunca debe sonrojarse, es el hombre al que halló digno de su primer amor.

Celebramos que un hombre de corazón rehabilite a una joven honesta que fue seducida y después abandonada, pero que una joven que ya se entregó quiera darse a otro, cuando ya no pertenece a sí misma, alegando que si no obedece a su padre él la mataría o se moriría de pesar, como en el caso del barón de Etange, hallamos que aquí la indelicadeza de corazón se justifica mal con una franqueza o sensibilidad tonta. Un padre que habla de matar a una hija o de morir porque ella obre rectamente y con nobleza, no es un padre, es un egoísta feroz en su despotismo, a quien hay el derecho de censurarlo o de huirle. La Julia de Rousseau, es una moza reputada honesta, que atrae al mismo tiempo dos hombres. Su padre es un proxeneta que deshonra al mismo tiempo a su hija y a su amigo; Volmar es un cobarde y Sain-Preux un tonto. Cuando sabe que Julia se había casado no debía volver a verla.

Casar una mujer que se dio a otro y a quien este otro no abandonó, es desposar la mujer de otro, casamiento nulo ante la naturaleza y ante la dignidad humana. Esto es lo que Rousseau no comprendió. Admito el casamiento de aventuras de las heroínas de Enrique Murger que hacen de la vida una farsa de carnaval; pero no acepto el de Julia, que muestra la pretensión de tomar en serio el amor. Ser o no ser, he ahí la cuestión, como dice Hamlet; la virtualidad del ser humano está en su pensamiento y no en su amor.

Abjurar públicamente de su pensamiento sin estar convencido de que es falso, es la apostasía del espíritu; abjurar del amor, cuando la gente siente que él existe, es la apostasía del corazón.

Los amores que mudan son caprichos que pasan; aquellos de que tenemos que avergonzarnos son fatalidades cuyo yugo debemos sacudir.

Homero nos muestra a Ulises vencedor de los lazos de Calipso y Circe, [(3)] haciéndose atar al mástil de su navío para oír los cantos deliciosos de las sirenas, sin ceder a ellas, lo que es el verdadero modelo del sabio que escapa de las decepciones del amor fatal. Ulises se debe enteramente a Penélope, que se conserva para Ulises, y el lecho nupcial del rey de Itaca, teniendo por columnas árboles eternos que se prenden a la tierra por fuertes raíces, es en la antigüedad, a veces un tanto licenciosa, el monumento simbólico del legítimo y casto amor.

El verdadero amor es una pasión invencible motivada por un sentimiento justo y nunca puede estar en contradicción con el deber; pues el deber se vuelve absoluto; pero la pasión injusta constituye un amor fatal y es a éste al que debemos resistir, aunque tengamos, en hora buena, que sufrir y morir.

Podríamos decir que el amor fatal es el príncipe de los demonios, porque es el

magnetismo del mal armado con todo su poder, y nadie puede desarmarlo o limitar sus furores. Es una fiebre, es una demencia, es una fobia. Será preciso consumirse lentamente y sin piedad como el hachón de Altea. Los recuerdos nos torturan, los deseos engañados nos desesperan, saboreamos la muerte, y muchas veces preferimos antes sufrir y amar que morir. ¿Cuál es el remedio para esta dolencia?. ¿Cómo curar las heridas de esta flecha envenenada?. ¿Quién nos librará de las aberraciones de esta locura?.

Para curar del amor fatal es preciso romper la cadena magnética, precipitándose en contra corriente y neutralizando una electricidad por la electricidad contraria.

Alejáos de la persona amada; nada guardéis que vuelva a recordarla; abandonad hasta el vestido con el cual ella os haya visto. Imponeos ocupaciones fatigantes y múltiples, nunca quedéis ocioso, ni os entreguéis a los ensueños; agotaos de cansancio durante el día para dormir profundamente en la noche: alimentad una ambición o un deseo por satisfacer, y para encontrarlos subid por encima de vuestro amor. Así llegaréis a la tranquilidad si no al olvido. Lo que es preciso evitar, a toda costa, es la soledad nutridora de los enternecimientos y los sueños; esto, a menos que la persona no se sienta atraída por la devoción, como Luisa de la Valliére y el señor de Rancé, y que no busque en los suplicios voluntarios del cuerpo la dulcificación de las penas del alma.

Es preciso pensar siempre que lo absoluto en los sentimientos humanos es un ideal que nunca se realiza en este mundo, que toda belleza se altera y que toda vida se extingue; que todo pasa, al fin, con la rapidez, que parece ilusión; que la bella Elena se convirtió en una vieja de boca desdentada, después un poco de polvo y, al fin, en nada.

Todo amor que no pueda ni deba confesarse es un amor fatal. Fuera de las leyes de la naturaleza y de la sociedad nada hay de legítimo en las pasiones, y hay que condenarlas desde el nacimiento, destruyéndolas bajo este axioma: ***Lo que no debe existir, no existe.*** Cosa alguna disculpará el encesto o el adulterio. Son cosas cuyo nombre los oídos castos temen y cuya existencia no deben admitir las almas sinceras y puras. Los actos que la razón no justifica, no son actos, son bestialidades y locuras. Son caídas, después de las cuales es necesario redimirse y limpiarse para no guardar manchas; son torpezas que la decencia debe ocultar y que la moral, purificada por el soplo magnético, no podría admitir igualmente para castigarlas. Ved a Jesús en presencia de la mujer sorprendida de adulterio, no escucha a los que a acusan, no la mira para no ver su vergüenza; y cuando lo importunan para que la juzgue, él la reprende con estas sabias palabras que serían la supresión de toda penalidad impuesta por la justicia humana, si no quisiesen decir que, ciertos actos, deben quedar desconocidos, y como que imposibles ante el pudor de la ley: ***"Levantáos, y de ahora en adelante procurad no caer más".***

He ahí lo único que el sublime Maestro halló para decir a la infeliz mujer cuyos acusadores rehusó oír.

Jesús no admite el adulterio; lo llama fornicación, y como único castigo autoriza al hombre a despedir a la que fue su mujer.

La mujer, a su vez, tiene el derecho de abandonar a un marido que la engaña. Y si no tiene hijos se vuelve libre ante la Naturaleza. Pero si fuere madre pierde el derecho sobre los hijos de su marido, a no ser que éste sea notoriamente infame. Renunciando a él, ella renuncia a sus hijos; y si no tiene el triste valor de abandonarlos y deshonrarse a sus ojos, será preciso que se resigne al heroísmo del sacrificio materno, considerándose viuda en el matrimonio y consolándose de los dolores de mujer en el cariño de madre.

Las hembras de los pájaros nunca abandonan su nido mientras sus pequeñuelos no tienen alas, ¿Por qué las mujeres sería peores madres que las hembras de los pájaros?.

El ideal de lo absoluto en amor, diviniza, por decir así, la generación del hombre y este ideal exige la unidad del amor. Este bello sueño del cristianismo es la realidad de las grandes almas, y era para no envilecerse en las promiscuidades del viejo mundo, que tantos corazones amantes fueron a los claustros a vivir y morir en un deseo eterno. Yerro a veces sublime, pero siempre lastimoso, ¿Pues será necesario renunciar a vivir por no ser inmortal?. ¿No comer más, porque el alimento del alma es superior al cuerpo, no andar más, porque no se tiene alas?.

¡Feliz el noble hidalgo Don Quijote, que cree adorar a Dulcinea al abrazar los grandes pies mal calzados de una campesina del Toboso!.

La Eloísa de Rousseau que ha poco criticábamos tan severamente desde el punto de vista de lo absoluto del amor, no por eso deja de ser una deliciosa creación, tanto más verdadera cuanto defectuosa, y reproduce en un romance realmente humano todas las contradicciones y flaquezas que hicieran de Rousseau, con las reminiscencias de un antiguo lacayo, el Don Quijote de la virtud. Después de haber procurado en vano hincar a Madama de Warens, de quien tuvo celos y haberla olvidado por causa de Madama Larnage, después de haber adorado a Madama Houdetot que amó a otro, se casó filosóficamente con su criada, y si es verdad que el pobre hombre murió a consecuencia del disgusto que le ocasionó el descubrimiento de una infidelidad de Teresa. es muy justo admirarlo y compadecerlo: su corazón era hecho para amar.

Para un corazón digno de amor sólo existe en el mundo una mujer, pero la mujer, esta divinidad de la tierra, se revela a veces en varias personas, como la divinidad del cielo y sus encarnaciones, que son también, en veces, más numerosas que los acatares de Vichnú. ¡Felices de los creyentes que jamás se desalientan y que, en los inviernos del corazón, esperan la vuelta de las golondrinas!.

El sol brilla en una gota de agua, es ahí un diamante, es un mundo; ¡feliz de aquel que, cuando la gota se seca, no piensa que el sol se va a propósito!. Todas las bellezas que pasan son apenas reflejos fugitivos de la Belleza eterna, objeto único de nuestros amores. Querría tener los ojos del águila y volar para el sol, pero si el sol viene a mí distribuyendo sus esplendores en las gotas de rocío, agradeceré a la Naturaleza, sin afligirme mucho cuando el diamante desaparezca. Para esta inconstante criatura que ya no me ama, para la sed de ideal de su corazón, yo también era una gota de agua, ¿Debo acusarla y maldecirla porque a sus ojos me torné una lágrima disuelta en que no ve más el sol?.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Píramo de Tisbe.*** Príncipe mitológico de Asiria que se mató por creer que un león había devorado a su amada Tisbe.

(2) ***Coquetería.*** Coqueta (del francés ***coquette,*** de ***coq,*** gallo), se dice de la mujer que busca agradar a muchos hombres, como las gallinas llaman la atención de los gallos, por medio de artificios y medios estudiados.

(3) ***Circe.*** Mitología. Hechicera que para retener a Ulises en la isla de Ea transformó en cerdos a los compañeros del héroe. Fue más tarde la esposa de Telémaco. Según el ocultismo, la verdadera baqueta de Cirse que transforma a los hombres en animales, es el ***ascendiente fatal*** que una persona ejerce sobre otra. Todas las fisonomías humanas traen una u otra semejanza de un determinado animal, que es la ***signatura*** de un instinto especializado. "Los instintos son equilibrados por los instintos contrarios y dominados por los instintos más fuertes", dice Levy en su ***"Llave de los Grandes Misterios".*** "Para dominar los carneros, el perro explota el miedo del lobo. Si sois perro y queréis que una bella gatita os ame, sólo tenéis un medio de lograrlo: metamorfosearos en gato." Y añade el mismo autor: "He aquí una fórmula en términos técnicos: Polarizar su propia luz animal, en antagonismo equilibrado con un polo contrario". "Este gobierno de nuestra polarización magnética puede ser hecho por medio de formas animales y que servirán para fijar la imaginación.

CAPÍTULO XII

LA OMNIPOTENCIA CREADORA

La página sublime con que comienza el Génesis no es la historia de un hecho acontecido una vez, sino la revelación de las leyes creadoras y del desenvolvimiento sucesivo del Ser.

Los seis días de Moisés son las seis luces de las que el septenario es el esplendor. Es la genealogía de las ideas que se hacen formas en el orden de los números simbólicos eternos.

En el primer día, se manifiesta la unidad de la sustancia prima, que es la luz y la vida, y que sale de las sombras de lo desconocido.

En el segundo día, se revelan las dos fuerzas que son el firmamento o la consolidación de los astros.

En el tercero, la distinción y la unión de los elementos contrarios producen la fecundidad en la tierra.

Al cuarto, Moisés atribuye el cuaternario trazado en el cielo por los cuatro puntos cardinales en el movimiento circular de la tierra y de los astros.

En el quinto, aparece lo que debe mandar en los elementos, esto es, el alma viviente.

En el sexto día ve nacer al hombre, como a los animales sus auxiliares.

En el séptimo día, todo funciona; el hombre está en acción y Dios parece descansar.

Los pretendidos días de Moisés son las luces sucesivas lanzadas por los números Cabalísticos sobre las grandes leyes de la Naturaleza, siendo el número de días solamente el de las revelaciones. Más es la génesis de la ciencia que la del mundo. Ella debe repetirse en el espíritu de todo hombre que investiga y piensa; comienza por la afirmación del ser visible y, después de las consultas sucesivas de la ciencia, termina por el descanso del espíritu que es la fe.

Consideramos a un hombre que está en la nada del escepticismo lo mismo que si se estableciese sistemáticamente en la incertidumbre de Descartes. "Pienso, luego existo", le hace decir Descartes. Pero no andemos tan deprisa y preguntémosle: ¿Sentís vos que existís?. Creo existir, responderá el escéptico, y así, su primera palabra, ya es una palabra de fe.

Creo existir, porque me parece que pienso.

Si creéis en alguna cosa, y os parece alguna cosa, es que existís. Existe pues, alguna cosa, el ser existe, mas para vos todo es caos, nada se manifestó aun en armonía y vuestro espíritu fluctúa en la duda como sobre las aguas.

Os parece que pensáis. Osad afirmarlo de un modo claro y seguro. Osaréis si lo queréis, el pensamiento es la luz de las almas, no luchéis contra el fenómeno divino que en vos se realiza, abrid vuestros ojos interiores, y decid: hágase la luz, y la luz se hará. El pensamiento es imposible en la duda absoluta, y si admitís el pensamiento admitiréis la verdad. Por otra parte, estáis forzados a admitirlo, porque no podéis negar de ser. La verdad

es la afirmación de lo que existe y, a vuestro pesar, os será necesario distinguirla de la afirmación de lo que no existe, o de la negación de lo que existe, las dos fórmulas del error.

Ahora, silencio, y recojámonos en las tinieblas que nos restan. ¡Vuestra creación intelectual acaba de realizar su primer día!. ¡Levantémonos!. He aquí una nueva aurora. El ser existe y el ser piensa. La verdad existe, la realidad se afirma, se necesita el juicio, la razón se forma y la justicia es necesaria.

Ahora admitid que en el ser está la vida. Para esto no tendréis necesidad de pruebas. Obedeced a vuestro sentimiento íntimo, dejad vuestros sofismas y decid: Quiero que esto sea para mí, y esto será para vos, porque ya independientemente de ti esto debe ser y esto es. Vamos, la vida se prueba por el movimiento, el movimiento es la partija y la igualdad relativa en las impulsiones alternadas contrarias de la fuerza; la sustancia es como os la mostró el primer día, la fuerza es doble como os la revela la segunda luz, y esta doble fuerza en sus impulsiones recíprocas y alternadas, constituye el firmamento o la constelación universal de todo lo que se mueve, conforme a las leyes del equilibrio universal. Veréis estas dos fuerzas funcionando en toda la Naturaleza. Ellas repelen y atraen, ellas agregan y dispersan. Vos las sentís en vos mismo, porque experimentáis la necesidad de atraer y de irradiar, de conservar y de esparcir. Los instintos ciegos en ti se equilibran por las previsiones de la inteligencia; no podéis negar que esto es así, osad, pues, afirmar que esto es, y decid: Quiero que el equilibro se haga en mí, y el equilibrio se hará, y he aquí vuestro segundo día en la revelación del binario.

Distinguir ahora estos poderes para unirlos mejor y a fin de que ellos se fecunden recíprocamente, regad las tierras áridas de la ciencia con las aguas vivas del amor; la tierra es la ciencia que se elabora y se mide, la fe es inmensa como el mar. Oponed los diques a la creciente, sin impedirle levantar sus nubes y derramar la lluvia en la tierra. La tierra será entonces fecunda, la ciencia árida reverdecerá y florecerá. Infelices de aquellos que temen el agua del cielo y querrían encubrir la tierra con una capa de zinc. Dejad que germinen las esperanzas eternas, dejad florecer las creencias ingenuas, dejad que crezcan los corpulentos árboles. Los símbolos crecen como los cedros, se fortifican como las encinas y traen en sí mismos la simiente que los reproduce. El amor se reveló en la naturaleza por la armonía, el triángulo sagrado hace brillar su luz, el número tres completa la Divinidad, ya sea en tu ideal como en el conocimiento trascendente de ti mismo. Tu inteligencia se hizo madre porque fue fecundada por el genio de la fe. Detengámonos aquí, porque este milagro de la luz basta para la gloria del tercer día.

Levanta los ojos y contempla el cielo. Ved el esplendor y la regularidad de los astros. Toma el compás y el telescopio del astrónomo y sube de prodigio en prodigio, calcula la vuelta de los cometas y la distancia de los soles, todo esto se mueve conforme a las leyes de una jerarquía admirable. Toda esta inmensidad llena de mundos absorbe y ultrapasa todos los esfuerzos de la inteligencia humana. ¿Es entonces inteligente?. ¿Verdad que los soles no van donde quieren y que los planetas no salen de sus órbitas?. El cielo es una máquina inmensa que tal vez no piensa, pero que, ciertamente, revela y reproduce el pensamiento. Los cuatro puntos cardinales del cielo, los equinoccios y los solsticios, el Oriente y el Occidente, el Cenit y el Nadir, están en sus puestos como centinelas y nos proponen un enigma a resolver: las letras del nombre de Jehovah, o las cuatro formas elementales y simbólicas de la milenaria esfinge de Thebas. Antes que aprendas a leer, osa creer y declarar que hay un sentido oculto en tales escrituras del cielo. Que el orden te

revele otra voluntad sabia y si la naturaleza aún no es a tus ojos más que una máquina incapaz de andar por sí misma, si dudas del motor independiente, cierra tus ojos y descansa de las fatigas de tu cuarto día. Mañana os manifestaremos las maravillas de la autonomía.

La mosca que zumba, revolotea y se posa donde quiere; la babosa que se arrastra a voluntad por las orillas húmedas, tienen algo más sorprendente que los soles, porque son autónomos y no se mueven como las ruedas de un mecanismo fatal. El pez es libre y se regocija en las olas; sube a la superficie para buscar su alimento. Un ruido lo asusta, se estremece y huye al fondo, repeliendo el agua que hierve; el pájaro atraviesa los aires a voluntad y alcanza el árbol o el muro donde hará su nido, posa un gallo y canta, busca en los follajes las hierbas, cuida del nacimiento de sus polluelos. ¿Será él quien piensa o es algún otro el que piensa por el?. Dudabas de la inteligencia de los mundos, ¿Dudarías de la de los pájaros?. Si los pájaros son libres bajo un cielo esclavo, ¿A quién, pues, obedece el cielo si no fuere a Aquel que da libertad a las aves?, más el cielo no es esclavo, está sometido a leyes admirables que puedes comprender, y a las cuales obedecen los soles sin tener necesidad de conocerlas. Entiendes la inteligencia del cielo y con este título eres más inmenso que el propio cielo. ¿Eres tú el creador y el regulador de los mundos?. No; el creador es otro, sin duda, pero tú eres su confidente, y por así decirlo, su coadjutor. No niegues a tu señor, sería negarte a ti mismo, hijo de Copérnico y de Galileo. Puedes crear con ellos el cielo de la ciencia; hijo del creador desconocido, mira esos millares de universos que viven en la inmensidad e inclínate delante de la soberana inteligencia de tu Padre.

La estrella de la inteligencia, la señora de las fuerzas, la estrella de cinco puntas, el pentagrama de los Cabalistas y el microcosmos de los Pitagóricos aparece en el quinto día. Saber ahora que la materia no podrá moverse sin que el espíritu la dirija y quieres el orden en el movimiento; vas a comprender al hombre y vas a concurrir para crearlo.

He aquí que aparecen formas para todas las fuerzas de la naturaleza, que son impelidas por la autonomía suprema a volverse también por sí mismas autónomas y vivas. Todas estas fuerzas te serán sumisas y todas se conforman con las imágenes de tu pensamiento. Escucha rugir al león y oirás el eco de tu cólera, el mastodonte y el elefante tornan en irrisión la vanidad de tu orgullo; ¿Quieres asemejarte a ellos, tú, su señor?. No; tienes que dominarlos y hacerlos que te sirvan, pero para imponerles tu poder es indispensable dominar en ti mismo los vicios de que varios de ellos son la representación.

Su fueres un glotón como el cerdo, lascivo como el bode, feroz como el lobo, o ladrón como la zorra, no seréis más que un animal enmascarado bajo la forma humana. Rey de los animales, levántate en tu dignidad y hagamos de ella un hombre; decid: quiero ser un hombre, y lo seréis, porque Dios quiere que seas un hombre, sólo espera tu consentimiento, porque te creó libre; ¿y por qué?. Porque todo monarca debe ser aclamado y proclamado por sus pares, porque sólo la libertad puede comprender y honrar el poder divino; porque Dios precisa de esta grandiosa dignidad del hombre para que el hombre pueda adorar legítimamente a Dios.

El ocultismo de Dios es necesario como el de la ciencia. Si Dios se revelase a todos los hombres de un modo claro e indubitable, el dogma del infierno eterno, reinaría en todo su horror. Los crímenes humanos no tendrían más circunstancias atenuantes.

Los hombres serían forzados a hacer el bien o a perderse para siempre; lo que Dios no podrá querer y no quiere; es la necesidad que el dogma permanezca intacto y que la

misericordia guarde su libertad inmensa.

Dios (si se nos permite darle aquí la forma humana, a ejemplo de los grandes Cabalistas y de los autores inspirados de la Biblia), Dios, tiene dos manos; una para castigar y otra para absolver y bendecir.

La primera está sujeta por la ignorancia y la flaqueza del hombre. La otra, quiere estar siempre libre, y es por eso que Dios, no constriñendo nunca nuestra fe, respeta nuestra libertad.

La marcha del espíritu humano separado de Dios es rápida. Los cultos sin autoridad caen en la filosofía que, a su vez, se abisma en el materialismo. La única religión sólida, la que sabe decir ***non possumus*****,** puede y podrá siempre alguna cosa, porque posee la cadena de la enseñanza, la eficacia real de los sacramentos, la magia de los cultos, la legitimidad jerárquica y el poder milagroso del verbo. Que ella deje, pues, sin perturbarse, que el ateísmo y el materialismo se produzcan. Son dos cancerberos desencadenados para guardar su puerta y devorarán a todos sus enemigos.

Sé que mis lectores, en gran número, me acusan de contradicción; no conciben que sustente con una de las manos los altares del catolicismo y con la otra golpee sin piedad sobre todos los errores y sobre todos los abusos que se produjeron bajo el nombre y la sombra del catolicismo. Los católicos ciegos se espantan de mis interpretaciones audaces y los pretendidos librepensadores se indignan de los que llaman mis flaquezas por la religión que creen caída den el desprecio porque la abandonaron. Desagrado tanto a los cristianos de Veuillot como a los filósofos de Proudhon. Esto no me admira y lo esperaba; no me aflijo por eso ni diré que me glorío. Gustaría más de agradar a todos, porque amo sinceramente a todos los hombres, pero en cuanto sea necesario elegir entre la verdad y la estima de quien quiera que sea, aun la de mis amigos más caros, escogeré siempre la verdad.

La Iglesia Romana, dicen, no es más que una sombra, es un espectro que mira al pasado y que sólo sabe andar para atrás. Y con todo, se quejan diariamente de sus invasiones. Ella se apodera de los niños y de las mujeres, absorbe las propiedades, embaraza a los reyes, crea obstáculos al movimiento de los pueblos y hasta fuerza el oro de los banqueros israelitas y la sangre volteriana de Francia para que la sirvan.

Está enferma, condenada por tantos médicos, se burla de las píldoras de Sganarello y se obstina en no morir. Y es que a despecho de los grandes pensadores y de los bien falaces, tiene las llaves de la vida eterna. Sentimos que si ella se apaga Dios se esconde para siempre de nosotros y la inmortalidad del alma se va.

Hay una cosa profundamente verdadera y que, con todo, parecerá paradojal: todos los cultos cristianos disidentes sólo viven por las sublimes obstinaciones del catolicismo radical. Yo os pregunto, ¿contra quién protestarían Lutero y Calvino si el Papa no doblegase y cediese a los luteranos o a los calvinistas? Si el Papa admitiera en principio la libertad de conciencia, ello sería declarar que la verdad a ello concerniente es dudosa. Ahora, la verdad que a ello atañe, no es la de un sistema, no es la de una secta, no es la de Hermes y de Moisés, la de Jesucristo y San Pablo, la de San Agustín, Fenelón y Bosuet, todos mayores pensadores, y mayores hombres que Proudhon, el doctor Garnier, el escéptico Girandino y los nihilistas Tatempion o Juan Bonachón, ¿Oís?... ¿Entendéis?.

No, el Papa no debe decir que en materia de religión somos libres de pensar lo que nos agrade. Es un modo extraño de comprender la libertad o de querer forzar al jefe de una Iglesia absoluta a ser tolerante, cuando es evidente que la tolerancia sería el suicidio de su

autoridad espiritual. Es la indulgencia y no la tolerancia la que debe usar para con los hombres y sus errores el representante de Jesucristo. La Iglesia de la caridad: todo lo que va contra la caridad va contra ella. Ella se sustenta y se perpetúa por la caridad. Es por el milagro permanente de sus buenas obras que ella debe probar al mundo su divinidad.

Para asegurar su reino en la tierra, no debe alistar zuavos, pero puede crear santos. ¿Cómo puede ella olvidar este gran mandato del Maestro: procurad primero el reino de Dios y su justicia y el resto os será dado por añadidura?.

CAPÍTULO XIII

LA FASCINACIÓN

La Iglesia condenó y debe condenar la magia porque ella se apropió de su monopolio. Ella debe servirse de las fuerzas ocultas que los antiguos magos empleaban para engañar y sujetar a las multitudes, a fin de esclarecer progresivamente los espíritus y trabajar para la liberación de las almas, por la jerarquía y la moralidad.

Ella debe obrar así bajo peligro de muerte, aunque ya se dijo que es inmortal y que la muerte aparente no puede serle más que un trabajo regenerador y una transfiguración.

Entre las fuerzas de que dispone y de que podemos hacer uso, sea para el bien o sea para el mal, hay que contar en primer lugar con el poder de la fascinación.

Hacer creer lo imposible, hacer ver lo invisible, hacer tocar lo intangible, exaltando la imaginación y alucinando los sentidos; apoderarse así de la libertad intelectual de aquellos a quienes se sujeta y suelta a voluntad, es lo que llamamos fascinar.

La fascinación es siempre el resultado de un prestigio.

El prestigio es la entrada en escena del poder cuando no o es de la mentira.

Cuando Moisés quiere promulgar el Decálogo, elige la más escarpada montaña del desierto y la rodea de una barrera que nadie podrá atravesar sin ser herido de muerte. Sube ahí al sonido de la trompeta, para hablar cara a cara con Adonai, y cuando viene la tarde toda la montaña se estremece, truena y se ilumina por efecto de una formidable pirotecnia. El pueblo tiembla y se prosterna, cree sentir que la tierra se mueve, le parece que los peñascos saltan como carneros y que las colinas son ondeantes como los rebaños; después, desde que el volcán se apaga, desde que los truenos cesan el taumaturgo tarda en aparecer, la multitud se subleva y quiere a toda fuerza que le den su Dios. Adonai faltó a su promesa, el pueblo se insolenta y le opone el becerro de oro. Las flautas y tambores hacen la parodia de las trompetas y del trueno, y el pueblo, viendo que las montañas ya no danzan más se pone a danzar a su vez. Moisés, irritado, rompe las tablas de la ley y muda el espectáculo en el de una masacre inmensa. La fiesta es ahogada en sangre, la vil multitud, viendo el brillo de la espada, empieza a creer en lo del rayo sin atreverse a erguir la cabeza para ver a Moisés. El terrible legislador se vuelve fulgurante como Adonai, tiene cuernos como Baco y Júpiter Ammon, en adelante sólo aparecerá cubierto con un velo, a fin de que el temor sea durable y la fascinación perpetua. En adelante ninguno resistirá impunemente a este hombre cuya ira hiere como el simún y que tiene el secreto de las conmociones fulminantes u de las llamas inextinguibles. Sin duda que los sacerdotes del Egipto tenían conocimientos naturales que sólo debían llegar a nosotros muy tarde. Quedó también ya dicho que los magos asirios conocían la electricidad y sabían imitar el rayo.

Con la diferencia que hay entre Júpiter y Thersité, [(1)]. Moisés tenía las mismas opiniones que Marat. Pensaba que para la salvación del pueblo destinado a convertirse en la luz del mundo, algunos torrentes de sangre no debían hacer retroceder a un pontífice del futuro. ¿Qué faltó a Marat para ser el Moisés del la Francia?. Dos grandes cosas: el genio y

el éxito. Además, Marat era un enano grotesco mientras que Moisés era un gigante, si damos crédito a la divina intuición de Miguel Ángel.

¿Osaríamos decir que el legislador de los hebreos era un impostor?. Nadie es impostor cuando se consagra y sacrifica. Este maestro que se atrevía a dar tanta demostración de omnipotencia sobre el instrumento terrible de la muerte, fue el primero en someterse al anatema para expiar la sangre derramada; llevaba a su pueblo a una tierra prometida donde sabía muy bien que no entraría. Desapareció un día en medio de las cavernas y los precipicios, como Edipo en la tempestad, y nunca los admiradores de su genio pudieron encontrar sus huesos.

Los sabios del mundo antiguo, convencidos de la necesidad del ocultismo, escondían con cuidado las ciencias que los volvía, hasta cierto punto, señores de la naturaleza, y sólo se servían de ellas para dar a sus enseñanzas el prestigio de la cooperación divina. ¿Por qué habríamos de censurarlos?. ¿El sabio no es plenipotenciario de Dios junto a los hombres?. ¿Y cuando Dios le permite adormecer o despertar su rayo, no es siempre El el que clama por el ministerio de su embajador?.

Es preciso encerrar en Charentón al hombre tan loco que dice: "Sé por una ciencia exacta que Dios existe", aunque sería aun más insensato el que se atreviese a decir: Sé que Dios no existe. Creo en Dios, pero no sé quién es. Pero he aquí que millares de hombres, mujeres y niños se presentan y os dicen: Yo lo vi, yo lo toqué, hice aún más, yo lo comí y lo sentí vivo en mí. Extraña fascinación de una palabra absurda si lo es, pero por lo mismo victoriosamente convencedora, puesto que es capaz de hacer retroceder la razón y despertar el entusiasmo: ***¡Esto es mi carne, esto es mi sangre!.***

Dice eso el Dios que iba a morir para renacer en todos los hombres. Hombres de fe, sólo vosotros comprendéis cómo el propio Dios debía morir para hacernos aceptar el misterio de la muerte.

Dios se hizo hombre a fin de hacerlos Dios a los hombres. Dios encarnado es la humanidad divinizada. ¿Queréis ver a Dios?, mirad a vuestros hermanos. ¿Queréis amar a Dios?, amaos los unos a los otros. Fe sublime y triunfante que va a inaugurar el reino de la solidaridad universal, de la caridad más sublime, de la adoración a la desgracia humana!. ***Lo que hacéis al menor***, esto es tal vez al más ignorante, al más culpado entre vuestros hermanos, ***vosotros lo hacéis a mí y a Dios.*** ¡Comprended esto, miserables inquisidores, que cuando torturasteis a Jesucristo en los hombres quemasteis a Dios!...

Ciertamente la poesía es mayor que la ciencia, y la fe es grandiosa y magnífica cuando domina y subyuga la razón. El sacrificio del justo por el culpable es desrazonable, pero la razón más egoísta está obligada a admirarlo. Aquí está la gran fascinación del Evangelio y, confieso, que aunque me acusen de un tanto de locura, a mí, que soy enemigo de los sueños, a mí adversario de las imaginaciones que quieren imponerse al saber, quedo fascinado y quiero serlo, adoro cerrando los ojos para no ver centellas enemigas, porque no puedo impedirme de creer en una luz inmensa, pero aun velada, por la fe de amor infinito que siento encenderse en mi corazón.

Todos los grandes sentimientos son fascinaciones y todos los verdaderos grandes hombres son fascinadores de la multitud. ***Magister dixit.*** Es el Maestro que lo dice. He ahí la razón de aquellos que nacieron para ser eternamente discípulos. ***Amicus Plato, sed magis amica veritas;*** gusto de Platón, pero prefiero la verdad, es la palabra de un hombre que se considera igual a Platón y que, por consiguiente, debe ser un maestro, si posee como Platón

y como Aristóteles el don de fascinar y de apasionar una escuela.

Jesús, hablando de los hombres de la multitud, dice: “Quiero que mirando no vean y que oyendo no entiendan, porque temo su conversión t tendría miedo de curarlos”. Leyendo estas sublimes palabras de aquél que se sacrificó a la filantropía, pienso en este Crispín de Juvenal, cuando dice: ***A vitiis aeger solaque libidine fortis.*** Extenuado por todos los vicios, debe un resto de fuerza solamente a la fiebre de la depravación. ¿Qué médico compasivo habría querido curar la fiebre de Crispín?. Habría sido darle la muerte.

¡Infelices de las profanas multitudes que dejan de ser fascinadas por el ideal de los grandes poderes!. ¡Desgraciado del necio que permaneciendo necio no cree más en la misión divina del sacerdote ni en el prestigio providencial del rey!. Porque le es necesaria una fascinación cualquiera, sufrirá la del oro y la de los goces brutales y será precipitado fatalmente fuera de toda justicia y de toda verdad.

La propia naturaleza, cuando procura forzar a los seres a realizar sus grandes misterios, obra como sacerdotisa soberana y fascina al mismo tiempo los sentidos, los espíritus y los corazones. Dos fatalidades magnéticas que se encuentran forman una providencia invencible a la que damos el nombre de amor. Entonces la mujer se transforma, se convierte en una sílfide, un hada, un ángel. El hombre vuélvese un héroe y casi un Dios. Se engañan estos pobres ignorantes que se adoran. ¡Qué decepción les espera a la hora de la saciedad y del despertar!. Atrasar esta hora es el gran arcano del matrimonio. ¡A todo precio es preciso prolongar el error, alimentar la locura, eternizar la decepción incomprendida!. Y entonces la vida se vuelve una comedia en que el marido debe ser un sublime artista, siempre en escena, si no quiere ser escarnecido como el Panteón de la farsa italiana, y en que la mujer debe estudiar a fondo su papel de gran petimetre y esconder eternamente sus más legítimos deseos, si no quiere que el hombre aprenda a no desearla. Un buen hogar es una lucha oculta de todos los días, medio fatigante y difícil, pero es, también lo único que evita una guerra abierta.

Hay dos grandes poderes en la humanidad: el genio que fascina y el entusiasmo que deriva de la fascinación. Ved este hombrecillo pálido, que marcha al frente de una poblada inmensa de soldados; si le preguntásemos: ¿A dónde los lleváis? A la muerte, podría responder un transeúnte desprovisto de ilusiones; ¡a la gloria!, exclamarían ellos, levantando los bigotes y haciendo resonar las abrazaderas de sus fusiles. Todos estos veteranos son creyentes como Polyeuto; sufren la fascinación de un casacón pardo y de gorra. Por eso, cuando pasan los reyes los saludan tirando la corona, y cuando los aplastan en Waterloo, juran contra la lluvia de metralla, como si se tratase de un simple mal tiempo y caen, como una sola pieza, lanzando por la boca de Cambronne un desafío astuto a la muerte.

Existe un magnetismo animal, pero encima de éste, que es puramente físico, hay que contar con el magnetismo humano que es el verdadero magnetismo moral. Las almas son polarizadas como los cuerpos y el magnetismo espiritual humano es lo que llamamos la fuerza de la fascinación.

La irradiación de un gran pensamiento o de una poderosa imaginación en el hombre, determina un torbellino atractivo que da luego planetas al sol intelectual, y a los planetas, satélites. Un gran hombre, en el cielo del pensamiento, es el foco de un universo.

Los seres incompletos que no tienen la felicidad de sufrir una fascinación inteligente, caen por sí mismos bajo el imperio de las fascinaciones fatales; así se producen

las pasiones vertiginosas y las alucinaciones del amor propio entre los imbéciles y los locos.

Hay fascinaciones luminosas y fascinaciones negras. Los Thugs de la India son apasionados por la muerte. [2]. Marat y Lacenaire tuvieron sed. Ya dijimos que el diablo es la caricatura de Dios.

Definamos ahora, pues, la fascinación. Es el magnetismo de la imaginación y del pensamiento. Es la dominación que ejerce una voluntad fuerte sobre una voluntad débil, produciendo la exaltación de las concepciones imaginarias y ejerciendo influencia en el juicio de los seres que aún no han llegado al equilibrio de la razón.

El hombre equilibrado es el que puede decir: sé lo que es, creo en lo que debe ser y nada niego de lo que puede ser. El fascinado dirá: creo en lo que las personas en quien creo me dijeron que crea. Creo porque amo a ciertas personas y ciertas cosas (aquí pueden insertarse ciertas frases siempre conmovedoras y que nada prueban: ¡La fe de los abuelos!. ¡La cruz de mi madre!). En otros términos, el primero podrá decir, creo por la razón, y el segundo, creo por fascinación.

Creer por la fe de los otros, esto puede ser permitido y hasta recomendado para los niños. Si me dijeran que Bosuet, Pascal y Fenelón eran grandes hombres que creían en evidentes absurdidades, yo respondería que tengo dificultad en admitirlo, pero en fin, que si esto fuese verdad, probaría solamente que, en tal circunstancia, estos grandes hombres obraban como niños.

Pascal creía ver siempre un abismo abierto junto a él. El hombre fascinado pierde su libre arbitrio y cae enteramente bajo la dominación del fascinador. Su razón, que puede guardar entera para ciertas cosas indiferentes, se muda absolutamente en locura desde que tentéis alumbrarlo sobre las cosas que le sugieren, ya no ve más, nada oye a nos ser los ojos y los oídos de aquellos que lo dominan; hacedle palpar la verdad y él os sostendrá que lo que está palpando no existe. Cree, por el contrario, ver y tocar lo imposible que le afirman. San Ignacio compuso ejercicios espirituales para cultivar este género de fascinación en sus discípulos. Quiere que todos los días, en el silencio y en la oscuridad, el novicio de la Compañía de Jesús ejerza su imaginación en crear la figura sensible de los misterios que procura ver y que ve, en efecto, en un sueño voluntario y despierto, que el debilitamiento de su cerebro puede tornar en espantosa realidad, como las pesadillas de San Antonio y todos los horrores del infierno. En semejantes ejercicios el corazón se endurece y se atrofia de terror, la razón vacila y se apaga. Ignacio destruye al hombre paro hace un Jesuita, y el mundo entero va a ser menos fuerte que este temible androide.

Nada es tan implacable como una máquina. Una vez montada ella no para más, a no ser que se rompa.

Crear miles de máquinas que pueden ser montadas por la palabra y que van a través del mundo a realizar por todos los medios posibles el pensamiento del maquinista, he ahí la obra de Loyola. Es preciso confesar, que su intervención es mucho mayor que la máquina matemática de Pascal.

¿Pero es moral esta obra?. Sí, ciertamente, en el pensamiento de su autor y en el de todos los hombres consagrados a lo que creen el bien, y para lo cual se convirtieron en ruedas ciegas y autómatas sin autonomía. Nunca el mal apasionará a los hombres a tal punto, jamás la propia razón y el simple buen sentido tomará en ellos tal exaltación. La filosofía jamás tendrá semejantes soldados. La democracia podrá tener partidarios y

mártires, pero nunca verdaderos apóstoles dispuestos a sacrificar a ella su amor propio y su personalidad entera. Conocí y conozco demócratas honestos. Cada uno de ellos representaba exactamente la fuerza de un individuo aislado. El jesuita se llama legión. ¿Por qué es tan frío el hombre cuando se trata de la razón y es tan ardiente cuando combate a favor de una quimera? Es que el hombre, a pesar de todo su orgullo, es un ser defectuoso que no ama sinceramente la verdad sino que, por el contrario, venera las ilusiones y mentiras. Viendo que los hombres son locos, dice San Pablo, quisimos salvarlos de su propia locura, imponiendo el bien a la ceguera de su fe. Aquí tenéis el gran arcano del catolicismo de San Pablo, injertado en el cristianismo de Jesús y completado por el jesuitismo de San Ignacio de Loyola. Es necesario absurdos a las multitudes. La sociedad se compone de un pequeño número de sabios y de una multitud inmensa de insensatos. Y es de desear que los insensatos sean gobernados por los sabios.

¿Cómo hacer para llegar a eso?. Desde que el sabio se muestra como es, lo repelen, lo calumnian, lo exilian, lo crucifican. Los hombres no quieren ser convencidos, esperan que se les imponga; es, pues preciso, que el apóstol se resigne a las apariencias de la impostura para revelar, esto es, para regenerar la verdad en el mundo, dándole un nuevo velo. ¿Qué es, en efecto, un revelador?. Es un impostor desinteresado que para llevar el bien disfrazado de algún modo engaña a la vil multitud. ¿Y qué es la vil multitud?. Es la turba inmensa de los tontos, de los imbéciles y de los locos, sean cuales fueren, a pesar de los títulos, de su posición social y de sus riquezas.

Sé que hablan mucho del progreso indefinido, que yo llamaré de preferencia indefinible, porque si bien los conocimientos aumentan en la especie humana, la raza ciertamente no mejora. Dicen también, que si la instrucción fuese divulgada legalmente, todos los crímenes desaparecerían, como si necesariamente la instrucción mejorara a los hombres; como si Robespierre y Marát, esos terribles discípulos de Rousseau, no hubiesen recibido una instrucción superior a la del propio Rousseau. El abate Coeur y Lacenaire fueron educados en el mismo colegio. El señor de Praslin, los doctores Castany y Lapommeraye, alcanzaron todos los beneficios de la educación moderna. Los malvados instruidos son los perversos más completos y más temibles. Nunca su instrucción les impide hacer el mal, mientras que a menudo vemos hombres sencillos e iletrados que practican sin esfuerzo las más admirables virtudes. La educación desenvuelve las facultades del hombre y como medio que le permite satisfacer sus inclinaciones, pero no lo cambia. Enseñad las matemáticas y la astronomía a un tonto y tal vez haréis de él un Leverrier, pero jamás haréis de él un Galileo.

La actual raza humana se compone de algunos hombres y de un grandísimo número de entes mixtos que participan un poco del hombre y mucho del orangután o del gorila. Todavía existen otros, que podrían reivindicar la semejanza de los monos enormes y más bellos: son éstos amables conquistadores que sirven de machos y de Jocrisses [(3)] a nuestras meretrices.

Cuando estas bestias humanas están a punto de morir, su pequeño lado humano se despierta y los atormenta; entonces llaman a un clérigo y éste acude ¿Y por qué no habría de hacerlo?.

La caridad no quiere que se apaguen las débiles chispas, mas ¿Qué decirles?. Nada comprenderán de razonable y hay que fascinarlos con señales, unciones de aceite, bendiciones y absoluciones ***in extremis.*** Una estola bordada, un bello copón rojo. Repiten

lo que se les hace decir, hacen todo lo que se les diga y mueren tranquilos con la bendición de la Iglesia. ¿No está escrito en el Evangelio que Dios salvará a los hombres y a los animales?. ***Homines et jumenta salvabi Domine.***

Las creaciones de la Naturaleza son progresivas en la sucesión de las especies y las razas, y las especies crecen y mueren como los imperios y los individuos. Todos los pueblos que brillan en su apogeo comienzan progresivamente a apagarse y la humanidad entera tendrá la suerte de las naciones. Cuando los hombres medio animales hayan desaparecido en el próximo cataclismo, aparecerá, sin duda, una nueva raza de seres sabios y fuertes, que serán para nuestra especie lo que nosotros somos para la de los simios.

Sólo entonces las almas serán verdaderamente inmortales, porque serán dignas y capaces de conservar los recuerdos.

Entretanto, es cierto que la actual especie humana lejos de progresar, degenera. Un espantoso fenómeno se realiza en las almas, los hombres ya no tienen más el sentimiento de lo divino, y las mujeres que no son máquinas de vanidad y lujuria, buscan sólo en la fe, que desean sea absurda, un refugio contra la razón que las detesta. La poesía murió en los corazones. Nuestra juventud lee a Víctor Hugo, pero no admira en este gran poeta más que los esfuerzos de la palabra y los ejemplos citados de su pensamiento; en el fondo prefieren a Proudhon, encuentran más sensibilidad en Renán y consideran como hombres serios a Taine y a los doctores Grenier y Buchner. En el teatro, fingen con exceso todos los sentimientos generosos de la otrora; desapareció la carcajada de Rebelais corrigiendo la estulticia humana y sólo queda la risotada zumbona de mal gusto que insulta todas las virtudes.

Con el amor ocurre lo mismo que con la honra, que hoy no es más que una reliquia que ya ni siquiera se conserva como tal. El propio nombre del mayor y más bello sentimiento que la Naturaleza pueda inspirar no está ya en uso en las conversaciones de las personas de bien. Quizá más adelante llegue a figurar en el diccionario de obscenidades. ¿En qué piensan las jovencitas más honestas y más vigiladas, como por ejemplo, las que se educan en el convento de los Passaros o del Sagrado Corazón?. ¿Será en las caricias de un afecto mutuo?. Sería necesario confesarse y ninguna osaría decirlo a sus compañeras. Piensan en los esplendores de un matrimonio rico, sueñan con un carruaje, y un castillo. Con esto basta; habrá un marido a quien será necesario acomodarse, con tal de que tenga buen apellido, que sepa presentarse y se anude bien la corbata, lo que es más que suficiente.

No soy misántropo ni hago aquí la sátira de mi siglo; atestiguo el debilitamiento moral de la especie humana, y saco en conclusión que la magia está más que nunca de actualidad y que, con tan pobres entes, es preciso fascinar para triunfar.

En el Evangelio se encuentran preceptos cuya sublimidad sería perfectamente apreciada en otros tiempos, pero que resultarían ridículos hoy, porque los hombres no son los mismos.

Vete a sentar en último lugar, dice Jesús, y te convidarán a pasar primero.

Si te sientas en el último lugar ahí quedarás y estará bien hecho, responde a esto el mundo moderno.

Si quisieran sacarte la túnica da también tu mando, dice el Evangelio. Y cuando quedares desnudo, te bendecirán y un guardia cívico te llevará al puesto, por ultraje a las buenas costumbres, arguye el lógico implacable Roberto Macario.

No penséis en el día de mañana, enseña el Salvador. Y el día que sigue al que os

sorprende la miseria nadie se acordará de ti, contesta el mundo.

Procurad el reino de Dios y su justicia y el resto os será dado por añadidura.

Sí, cuando lo hubieres encontrado, pero no mientras lo buscas, y temo que buscaréis en vano mucho tiempo.

Infelices los que ríen, ellos llorarán; bienaventurados los que lloran, porque reirán.

Señor Nuestro, esto es excesivo, s como si dijeras: felices los enfermos porque esperan la salud; felices los sanos porque esperan la dolencia. ¿Si los que ríen son infelices y si nada tienes que prometer a los que lloran a no ser la infelicidad de reír a su vez, quien será verdaderamente feliz?

No resistas al malvado; si alguien os hiere en una mejilla, presentadle la otra.

Máxima positivamente inmoral. No resistir al mal es ser cómplice. Presentar la otra mejilla a quien os hiere injustamente es aprobar su atentado y provocar un segundo, y cuando hayas presentado la otra y recibido un segundo bofetón, ¿Qué os resta hacer?. ¿Batiros con el agresor?. Entonces, ¿Para qué esperar el segundo ultraje?. ¿Volverle las espaldas para recibir un puntapié?. Sería innoble y grotesco.

Esto es lo que respondería a las máximas más sublimes del Evangelio el espíritu de nuestro siglo, si fuese bastante leal, lo suficientemente audaz, como para hablar tan libremente. Hay en nuestros días un inmenso malentendido entre Jesucristo y los hombres. Nuestro siglo carece del sentimiento de lo sublime y no comprende a los héroes. Garibaldi no es para nuestros hombres de Estado más que una encarnación poco divertida de Don Quijote.

El mundo carece de religión, dice el conde José de Maistre, y por eso, añadiremos nosotros, más que nunca tiene necesidad de prestigios y de escamoteadores.

Cuando la gente no cree en el clérigo, cree en el hechicero, escribimos nuestros libros principalmente para los sacerdotes, a fin de que, haciéndose verdaderos magos, no tengan más temor a la concurrencia ilegal de los hechiceros. El autor pertenece a la gran familia sacerdotal y nunca lo olvidó.

Que los sacerdotes sean hombres de ciencia y que por la entereza de su carácter causen admiración aun mundo degenerado; que se coloquen por encima de los pequeños intereses y de las bajas pasiones; que hagan milagros de filantropía, y el mundo se postrará sus pies; que hagan aun otros milagros: curar a los enfermos al tocarlos, como lo hizo el zuavo Jacob; en una palabra, que aprendan a fascinar y aprenderán a reinar.

La fascinación juega un gran papel en la medicina, la gran reputación de un médico cura de antemano a sus dolientes. Un descuido del señor Nelaton (si el ilustre práctico fuese capaz de hacerlo), tal vez tendría más éxito que toda la habilidad de un cirujano ordinario. Refieren que un médico célebre, habiendo escrito la fórmula de un cataplasma para un hombre que sufría dolores violentos, dijo a la enfermera: id a aplicarle ***esto,*** inmediatamente, en el pecho, y le entregó el papel. La buena mujer que era más que ingenua, juzgó que ***esto*** significaba la propia receta y la aplicó caliente al enfermo, con un poco de simiente de lino; el paciente se sintió inmediatamente aliviado y al día siguiente estaba curado.

Es así como los grandes médicos sanan nuestros cuerpos, y es de la misma manera que los sacerdotes prestigiados llegan a curar nuestras almas.

Al hablar en este capítulo de un comienzo de decadencia humana, no entiendo por tal sino los fenómenos que puedo observar, y no infiero del debilitamiento de una raza la

decadencia de la especie entera. A pesar de tan tristes síntomas, aún espero un resurgimiento antes de la destrucción o de la transformación del hombre. Creo que el Mesianismo vendrá primero y reinará durante una larga serie de siglos. Espero que la especie humana diga su última palabra de diferente modo a como lo hicieron, las civilizaciones de Nínive. Tiro, Babilonia, Atenas, Roma, París. Lo que podrían juzgarse signos de decrepitud, quiero creer que son las fatigas de la infancia. Sin embargo, el Mesianismo mismo o es la doctrina de la Eternidad; habrá, dice San Juan, un nuevo cielo y una nueva tierra. La nueva Jerusalén sólo vendrá merced a nuevos pueblos superiores a los actuales, u todavía habrá posteriores mudanzas. Cuando nuestro sol sea un planeta opaco, del que seremos satélites, ¿Quién sabe dónde estaremos y en qué formas viviremos?. Lo que hay de cierto es, que el ***ser es el ser*,** que nada sale de nada y que, por consiguiente, de la nada, nada puede salir. Y que no volverá a esta nada de la cual no puede salir. Todo lo que existe, existió y existirá.

Ehieh ascher Ehieh.

Volvamos a la fascinación y al medio de producirla. Este medio está enteramente en la fuerza de voluntad que se exalta sin tirantez y que persevera con calma.

No seáis locos y convenceros a vosotros mismos de que sois grandes y fuertes; los frágiles y los pequeños os tomarán necesariamente por lo que creéis ser. Todo es apenas un asunto de paciencia y de tiempo.

Quedó dicho que existe una fascinación puramente física que pertenece al magnetismo; algunas personas están dotadas naturalmente de ella, y se puede adquirir la facultad de ejercerla, pro la exaltación gradual del sistema nervioso.

El célebre señor Home, que en ocasiones quizás explotó como charlatán esta facultad excepcional, la posee sin poder comprenderla, porque su inteligencia es limitadísima para todo lo que se refiera a ciencia. El zuavo Jacob es un fascinador ingenuo, que cree en la cooperación de los espíritus. El hábil prestidigitador Roberto Houdin une la fascinación con la pericia. Un importante señor, a quien conocemos personalmente, le solicitó un día lecciones de magia blanca; Roberto Houdin le enseñó algunas cosas, pero se reservó otras, que declaró no poderle enseñar. Son cosas inexplicables para mí, dijo él, y no provienen de mi naturaleza personal; si os dijese, no por eso sabríais más, y yo no podría poneros en condiciones de ejercerla.

Diré, para servirme de la expresión vulgar, que es el arte o la facultad de saber lanzar polvo a los ojos. Vemos, pues, que todas las magias tienen arcanos indecibles, igual que la magia blanca de Roberto Houdin.

También he dicho que es un acto de alta filantropía fascinar a los imbéciles para hacerles aceptar la verdad como si fuese una mentira, y la justicia como parcialidad; es un privilegio poder hacer cambiar los egoísmos y los deseos, haciendo esperar a aquellos que se sacrifican en este mundo una herencia inmensa y exclusiva del cielo.

Mas también tenemos que decir, que todos aquellos que se juzgan dignos de llamarse hombres, deben, al mismo tiempo que respetar el error de los pequeños y los débiles, emplear todos los esfuerzos de su razón e inteligencia para escapar de la fascinación.

Es muy cruel ser desilusionado cuando nada sustituye a la ilusión, cuando las visiones desaparecidas y los fuegos fatuos que se apagaron dejan el alma en las tinieblas.

Es preferible creer absurdos antes que no creer en nada; mejor ser un burlado que un

cadáver. La sabiduría consiste en una ciencia muy sólida y en una fe muy razonable como para excluir la duda. La duda es, en efecto, la comprobación de la ignorancia. El sabio sabe ciertas cosas; lo que sabe lo lleva a suponer la existencia de lo que no sabe. Esta suposición es la fe, que no tiene menos certeza que la ciencia, cuando ella tiene por objeto hipótesis necesarias y mientras no define temerariamente lo que es indefinible.

Un hombre en el sentido cabal del término, comprende los prestigios sin sufrirlos, cree en la verdad sin estampidos y sin trompetas, y para pensar en Dios, no necesita de una tabla de piedra, un arca o un becerro de oro. Ni tiene necesidad de sentir que debe ser justo, o de que le hablen de un gran remunerador o de un eterno vengador. Siempre estará advertido por su propia conciencia y razón. Si le dijeran que bajo pena de eterno tormento debe admitir que tres hacen uno, que un hombre o un pedazo de pan es un Dios, sabrá perfectamente cómo considerar dicha amenaza y se guardará muy bien de burlarse del misterio antes de estudiar su origen y conocer su alcance. La ignorancia que niega le parecerá tan temeraria como la que afirma, pero nunca se admirará de cosa alguna, y tratándose de cuestiones oscuras, su partido no será tomado con precipitación.

Para escapar a la fascinación de las cosas hay que conocer sus ventajas y sus encantos.

Sigamos en este punto las enseñanzas de Homero. Ulises no se priva de escuchar el canto de las sirenas, sólo toma medidas eficaces para que este placer no lo atrase en su viaje ni lo arrastre a estrellarse en los escollos. Derrama la copa de Circe y la intimida con su espada, pero no esquiva las caricias que le impone. Destruir la religión porque existan supersticiones peligrosas, sería como suprimir el vino para escapar a los peligros de la embriaguez, o rehusar los goces del amor, para evitar sus desvaríos y frenesí.

El dogma tiene dos faces, una de luz y otra de sombra; si ganamos la luz y no intentemos destruir la sombra, porque la sombra es necesaria para la manifestación de la claridad. Decía Jesús que los escándalos son necesarios, y hasta nos atreveríamos a añadir, que también lo son las supersticiones. Nunca se insistiría bastante sobre esta verdad tan desconocida en nuestros días a pesar de su incuestionable evidencia, ya que si bien todos los hombres deben ser iguales ante la ley, las inteligencias y las voluntades no son iguales.

El dogma es la gran epopeya universal de la fe, de la esperanza y del amor, la poesía de las naciones, la flor inmortal del genio de la humanidad, y hay que cultivarlo y conservarlo intacto. No se debe perder una palabra, no debemos separar de él un solo símbolo, un enigma o una imagen. ¿Un párvulo a quien se le han enseñado las fábulas de Lafontaine, y que ha creído ingenuamente hasta la edad de siete años que las hormigas pueden hablar con cigarras, debería romper o echar al fuego el encantador libro que le dio su madre, por el hecho de que cuando es ya bastante inteligente, comprende que no se puede, sin postura y sin locura, atribuir discursos razonables a seres que no hablan y que están desprovistos de raciocinio?.

Al respeto por el dogma hay que añadir el de la autoridad, o sea, el de la jerarquía, a la cual es necesario someterse exteriormente cuando solamente es exterior, e interiormente cuando es real. Si la sociedad o la Iglesia me da por maestro un hombre que sabe menos que yo, debo callarme delante de él y obrar conforme con mis propias luces; si es más sabio, o mejor que yo, debo oírlo y aprovechar sus consejos.

Para escapar de las fascinaciones de los hombres y de las mujeres, nunca entreguemos todo nuestro corazón a las individualidades inconstantes y perecederas.

Amemos los seres que pasan, las virtudes que son inmortales y la belleza que florece siempre. Si el pájaro que amamos vuela lejos, no tomemos aversión a todos los pájaros, y si las rosas que cogemos y cuyo perfume gustamos aspirar, se marchitan entre nuestras manos, no afirmemos por eso que todos los rosales murieron y que todas las primaveras carecen de flores. Una rosa muere muy deprisa, y sin embargo, la rosa es eterna. ¿Debe un músico renunciar a la música porque rompió su violín? Existen aves cuya naturaleza es tal, que no pueden soportar el invierno: les es necesaria una primavera eterna, y sólo para ellas la primavera jamás cesa en la tierra. Son las golondrinas, y bien sabéis cómo proceden para que este prodigio se realice naturalmente en su favor. Cuando la bella estación acaba, ellas vuelan hacia donde la bella estación comienza, y cuando la primavera se aleja de donde ellas se encuentran, van de nuevo en su busca.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Thersite.*** Bufón del que habla Homero en la fábula.

(2) ***Thugs.*** Miembros de una asociación de hindúes que practican los sacrificios humanos y estrangulan a los extranjeros.

(3) ***Jocrisses.*** Personajes de las antiguas farsas del teatro, que se ven también en las paradas de saltimbanquis. Jocrisses, es el necio en extremo, crédulo e inocente, por excelencia.

CAPÍTULO XIV

LA INTELIGENCIA NEGRA

Aquellos a quienes los iniciados tienen el derecho de llamar profanos, la vil multitud, la turba de enfermos y perversos de inteligencia y de corazón, que adoran al dios de sombra o que creen venerar el ateísmo, todos ellos oyen siempre sin entender, porque son presuntuosos de la mala fe. El mismo dogma que se les presenta bajo una forma absurda para agradarles, ellos lo comprenden siempre de un modo más disparatado y generalmente al revés de su fórmula.

Por ejemplo, cuando repiten maquinalmente que hay un solo Dios en tres personas, examinadlos bien, y veréis que entienden por eso una sola persona en tres dioses.

Oirán decir y repiten que Dios, es decir, el principio infinitamente bueno, está en todas partes, y sin embargo, admiten espacios tenebrosos e inmensos donde Dios no está, y no podría estar, porque ahí se sufre daño, o sea, privación de Dios. ¿Qué haríais vos, preguntó el teólogo Thanler a un pobre hombre, o mas bien aun hombre pobre –porque el pobre hombre era el teólogo - qué harías, le dice, si Dios quisiera precipitaros al infierno?. Yo lo arrastraría conmigo, respondió el sublime indigente, y el infierno se volvería cielo.

El teólogo admiró la respuesta, pero la verdad no la comprendió.

Sí, diría un doctor de la Ley, Dios también se halla en el infierno, pero solamente como vengador.

Decid más bien, como verdugo y suprimamos al diablo del que no tenemos más necesidad; siempre será el mismo negocio.

Cuando hablan de redención, entienden que Dios, en un momento de cólera (no por causa de las ciruelas sino de una manzana), habiendo dado todos sus hijos al diablo, para rescatarlos fue obligado a sufrir y morir, sin dejar por esto de ser inmutable y eterno.

Si le habláis de Cábala, juzgarán que se trata de un grimorio cifrado que hace ver al diablo y que gobierna el mundo fantástico de los silfos, los gnomos, las salamandras y las ondinas. ¿Se trata de magia?. Entonces aun están en la baqueta y en la copa de Circe que muda los hombres en cerdos; de buen grado y combinarían Zoroastro con Mahoma, y en cuanto a Hermes Trimegisto, piensan que es un hombre airoso del que la gente se sirve para mistificar a los ignorantes, como el de ogro para meter miedo a los niños.

La ignorancia tiene su ortodoxia como la fe, y la gente es hereje delante de los falsos sabios cuando conoce las cosas que ignoran. Porque no hay verdades nuevas, los sabios de este mundo apoyan su autoridad en la vejez del error.

Bien sabido es que los errores heredados apoyan, casi siempre, las posiciones hechas - ¡Es así como respondes al soberano pontífice! - exclama un criado, abofeteando a Jesús, que acababa de hablar con una firmeza respetuosa. Cómo, hombre nulo, es la autoridad que prueba su ignorancia acusándote, y ¿Pretendes saber lo que ella ignora?. ¿El pontífice se engaña, y tú lo descubres?. ¿El delira, y te tomas la libertad de tener razón?.

Napoleón I detestaba a los ideólogos porque era el mayor ideólogo del mundo.

Quería hacer dinámica sin resistencia, por eso la fuerza de resistencia le faltó cuando la fuerza de impulsión agresiva, que por tanto tiempo fuera suya, se volvió repentinamente contra él.

Desde los orígenes de la historia veremos que es siempre la mentira la que reina en la tierra; y también es exacto, que la verdad gobierna a grandes golpes de desastre y flagelos. ¡Cruel e inflexible verdad!. No nos admiremos de que los hombres no la amen. Ella destruye las ilusiones de los reyes y de los pueblos, y si a veces tiene algunos ministros amorosos, los expone y los abandona a la cruz, a la hoguera, al cadalso; ¡pero dichosos los que mueren por ella!. Aunque más sabios serán siempre aquellos que la sirven hábilmente para no estrellarse contra el pedestal del martirio. Rabelais, fue, realmente, mayor filósofo que Sócrates, cuando supo, ocultándose a sí mismo bajo el antifaz de Aristófanes, escapar a la raza siempre viviente de los Amitos y Melitos.

Galileo, cuyo nombre por sí solo condena al tribunal de la Santa Inquisición a una irrisión eterna, fue hombre de mucho espíritu para no afrontar la tortura y la prisión. Los escritos del tiempo lo muestran prisionero en un palacio, bebiendo con los inquisidores y firmando ***inter pocula*** su acto irónico de abjuración, luego de decir, golpeando el suelo con el pie y cerrando los puños: ***Eppur si muove.*** Dicen que añadió: Sí, afirmo por vuestra palabra, que la tierra es inmóvil, y agregaría también, si lo quisierais, que los cielos son de vidrio y probaré a Dios que vuestras frentes también, para dejar pasar la luz. Rabelais habría terminado diciendo: ¡Y bebamos nuevamente!.

Morir para probar a los locos que dos y dos son cuatro ¿No sería el más ridículo de los suicidios?. En un teorema demostrado que no pudo negarse, la abjuración de una verdad matemática se vuelve una farsa, cuyo ridículo cae siempre sobre aquellos que pudieron exigirlo seriamente en nombre de una autoridad pretendida infalible. Galileo, yendo a la hoguera para protestar contra la Iglesia, habría sido un heresiarca. Galileo, retractándose como católico de lo que había demostrado como sabio, mató al catolicismo de la Edad Media.

Alguien presentó un día al autor de este libro un artículo del ***Syllabus,*** diciéndole: Escucha aquí la condenación formal de vuestras doctrinas. Si sois católico admitid esto y quemad vuestros libros; si por el contrario, persistís en lo que enseñasteis, no nos habléis más de vuestra catolicidad.

El artículo del ***Syllabus*** es el séptimo de la sección segunda, y las doctrinas que condena son estas:

"Las profecías y los milagros expuestos y relatados en las santas escrituras son ficciones poéticas y los misterios de la fe cristiana son el resumen de investigaciones filosóficas; en los libros de los dos testamentos están contenidas invenciones místicas y el propio Jesús es un mito". Me asombré mucho de aquello con que juzgaba confundirme, replicándole que no eran tales mis doctrinas: aquí está, dije yo, lo que enseño, o mejor, lo que la Iglesia, la ciencia y yo reconocemos:

"Las profecías y los milagros expuestos relatados en la Escritura lo son bajo una forma poética particular al genio de los orientales. Los misterios de la fe cristiana están confirmados y explicados, en su expresión, por las investigaciones filosóficas. En los libros de los dos Testamentos estás contenidas parábolas y el mismo Jesús fue asunto de un gran número de parábolas y leyendas". Someto sin temor estas proposiciones al Papa y al futuro concilio. Estoy de antemano, bien cierto que no las condenarán.

Lo que la Iglesia no quiere, y que tiene mil veces razón de no querer, es que afecten contradecirla y, en efecto, siendo necesaria su infalibilidad a la manutención de la paz en el mundo cristiano, es necesario que esta infalibilidad le sea conservada a todo precio. Así, pues; si ella dice que dos y dos son tres yo me guardaría de decir que se engaña. Diligenciaría, para estar cierto de ello, cómo y de qué modo dos y dos pueden ser tres, hasta llegar a encontrarlo. Como ejemplo: dos manzanas y dos mitades de manzanas hacen tres manzanas. Cuando la Iglesia parece emitir un absurdo, ello es simplemente un enigma que propone, para experimentar la fe de sus fieles.

Será un grande y conmovedor espectáculo el del próximo concilio general, en el que la reina del viejo mundo, envolviéndose en su púrpura despedazada, se afirmará más soberana que nunca en el momento de caer en el trono y proclamará sus derechos, aumentados con pretensiones nuevas, frente a una expoliación inminente. Los obispos serán entonces como estos marineros del ***Vengeur*,** que en una embarcación próxima a hundirse se exaltaban en vez de entregarse, y hacían su última descarga, sujetando su bandera al único pedazo del gran mástil.

Saben muy bien que una transacción los perdería para siempre, y que se apagaría la llama de los altares el mismo día que los altares dejasen de estar en la sombra. Cuando el velo del templo se rasga, los dioses se van, y vuelven, cuando nuevos tejidos dogmáticos les ofrecen un nuevo velo.

La noche retrocede sin cesar delante del día, pero es para invadir del otro lado del hemisferio las regiones que el sol abandona. Son necesarias las tinieblas; es preciso que haya misterios impenetrables para esta inteligencia negra que cree en lo absurdo y contrabalancea el despotismo de la razón limitada con las audacias inconmensurables de la fe. El día circunscribe los horizontes y hace ver los límites del mundo, y es la noche principalmente, la noche sin límites, con su inmensa confusión de estrellas, la que nos hace concebir el sentimiento de lo infinito.

Estudiad la infancia y veréis en ella al hombre saliendo de las manos de la Naturaleza para hablar el lenguaje de Rousseau, observad cuáles son las disposiciones del espíritu. Las realidades le fastidian, las acciones le exaltan, comprende todo excepto las matemáticas, cree más en las fábulas que en la historia. Es porque hay infinito en la primera sonrisa de la vida que el futuro se nos aparece tan maravilloso en el principio de la existencia y que, naturalmente, soñamos con gigantes y hadas en medio de tanto milagro. Es porque el sentido poético, el más divino de los sentidos del hombre, le presenta al comienzo el mundo como una nube del cielo. Este sentido es una suave locura muchas veces más sabia que la razón, si es que se puede hablar así, porque nuestra razón siempre tiene como estrechos límites las barreras que la ciencia procura apartar lentamente, al paso que, la poesía, salta al infinito con los ojos cerrados, y de ahí lanza todas las estrellas de nuestros sueños.

La obra de la Iglesia es mantener en sus justos límites las creencias de la locura infantil. Los locos, son creyentes indisciplinados, y los creyentes fieles, son locos que reconocen la autoridad de la sabiduría representada por la jerarquía.

Cuando la jerarquía se haga real; cuando los conductores de ciegos dejen de ser ciegos, la Iglesia salvará a la sociedad, recuperando, par no perderlas ya más, sus grandes virtudes y su poder.

La propia ciencia tiene necesidad de la noche para observar la multitud de los

astros. El sol nos oculta los soles, la noche nos muestra y nos permite verlos florecer en el cielo oscuro, como las inspiraciones sobre humanas que aparecen en las tinieblas de la fe. Las alas de los ángeles se muestran blancas en la noche; durante el día, son negras.

El dogma no es irracional, es extrarracional o suprarracional, y siempre resumió las más altas aspiraciones de la filosofía oculta. Leed la historia de los concilios, siempre veréis en las tendencias de los heresiarcas una apariencia de progreso y de razón. La Iglesia parece sólo afirmar el absurdo y dar provecho de causa a la inteligencia negra. Así, cuando los Arios creían salvaguardar la unidad divina, imaginando una sustancia análoga pero superior a la existencia de Dios (¡la sustancia de Dios que es inmaterial e infinita!), la Iglesia proclama en Nicea la unidad de sustancia análoga a la unidad de Dios. Cuando quieren hacer de Jesucristo un personaje híbrido, compuesto de una persona divina, y de una persona humana, la Iglesia repele esta amalgama de lo finito y de lo infinito y declara, que sólo puede haber una persona en Jesucristo. Cuando Pelagio, exagerando en el hombre el orgullo y los deberes del libre albedrío, echa de un modo irremediable la masa de pecadores al infierno, la Iglesia afirma la gracia que opera la salvación de los injustos y que, por las virtudes de la elección, suple la insuficiencia de los hombres. Las prerrogativas concedidas a la virgen madre de Dios indignan a los Proudhon protestantes, sin ver que, en esta adorable personificación, es a la humanidad que arrancan de las manchas del pecado original y que es la generación que rehabilitan. En esta mujer que elevan, es a la madre que glorifican: ***Credo in unam sanctam catholicam eclesiam.***

El dogma católico, es decir, universal, se asemeja a esa nube que precedía a los israelitas en el desierto, oscura durante el día y luminosa durante la noche. El dogma es el escándalo de los falsos sabios y la luz de los ignorantes. La nube, en el pasaje del Mar Rojo, se colocó, dice el Éxodo, entre los hebreos y los egipcios, espléndida para Israel y tenebrosa para Egipto; lo mismo ocurre con el dogma universal que sólo los iniciados deben comprender. Al mismo tiempo es sombra y luz. Para suprimir la sombra de las Pirámides habría que derribar las Pirámides; igual acontece con las oscuridades del dogma eterno. Dicen y repiten, todos los días, que la reconciliación es imposible entre la religión y la ciencia. Se equivocan en la palabra, no es conciliación, sería fusión o confusión lo que se debe decir. Si hasta hoy parecen inconciliables la ciencia y la fe, es porque siempre procuran en vano mezclarlas y confundirlas. Sólo hay un medio de conciliarlas, y que es, distinguirlas y separarlas una de la otra, de modo completo y absoluto. Consultar al Papa ciando se trata de la demostración de un teorema, someter a un matemático una distinción teológica, serían dos disparates equivalentes. La inmaculada concepción de la Virgen no es una cuestión de embriología, y la tabla de logaritmos nada tiene de común con las tablas de la ley. La ciencia está forzada a admitir lo que está demostrando, y la fe, cuando es regulada por una autoridad razonable, y que es necesario admitir, nada puede rechazar de lo que es artículo de fe. La ciencia nunca demostrará que Dios y el alma no existen, y la Iglesia se vio forzada a retractarse delante de los sistemas de Copérnico y de Galileo. ¿Prueba esto que ella puede engañarse en materia de fe?. No, pero sí que debe permanecer en su dominio. Ella no pretende que Dios le haya revelado los teoremas de la ciencia universal.

Lo que puede ser observado por la ciencia son los fenómenos que la fe produce, y entonces, conforme a la palabra de Cristo, puede juzgar del árbol por los frutos. Es evidente que una creencia que no hace mejores a los hombres, que no eleva sus pensamientos, que no engrandece su voluntad únicamente en el bien, en lo bello y en lo justo, es una creencia

mala o pervertida. El judaísmo de Moisés y de la Biblia hicieron al gran pueblo de Salomón y de los Macabeos. La judería de los Rabinos y el último Talmud, hizo los sórdidos usuarios que envenenan el Ghetto. [(1)].

El catolicismo también tiene su Talmud corrompido, es la mezcolanza insensata de los teólogos y de los casuistas, la jurisprudencia de los inquisidores, el misticismo nauseabundo de los capuchinos y de las beatas. En estas doctrinas anticristianas e impuras se apoyan intereses materiales y vergonzosos. Es contra esto que hay que protestar por todos los medios y no contra la majestad de los dogmas.

Desde los primeros siglos, la religión fue protegida y deshonrada por el Imperio, cristianos que la Iglesia llama santos pusieron el desierto entre ellos y sus altares. Y con todo, ellos la amaban con toda su alma, pero preferían orar y llorar lejos de ella. El que escribe este libro es un católico del desierto.

La Thebaida [(2)] nada tiene de siniestro, sin embargo, prefiero la abadía de Theleme, [(3)] cuyo fundador fue Rabelais, a la ermita de San Antonio. La humanidad no tiene más necesidad de ascetas, a ella hacen falta sabios y trabajadores, que vivan con ella y para ella; en nuestros días, la salvación sólo puede ser alcanzada de esta forma.

En la Cábala del Rabí Schimeon ben Jochai, figura un dios blanco y un dios negro; en la naturaleza, hay hombres blancos y hombres negros, como también en la filosofía oculta, una inteligencia blanca y otra negra.

Para llegar a la ciencia de la luz, hace falta saber calcular la intensidad y dirección de la sombra. Los pintores más sabios son los que comprenden la luz oscura.

Para enseñar bien es necesario colocarse en el lugar de aquellos que comprenden mal.

La inteligencia negra es la adivinación de los misterios de la noche, es el sentimiento de realidad de las formas del invisible.

Es la creencia en la posibilidad tumultuosa. Es la luz en el sueño. Durante la noche todos los seres son como ciegos, excepto los que, como el mochuelo, el gato y el lince, tienen fósforo en los ojos. El mochuelo devora a los pájaros indefensos en la noche; tengamos, pues, ojos de lince para combatir a los mochuelos, pero no incendiemos los bosques bajo el pretexto de alumbrar a los pájaros.

Respetemos los misterios de la sombra y al mismo tiempo conservemos nuestra lámpara encendida, y sepamos rodear nuestra linterna con un velo, para no atraer a los insectos que en la noche gustan de chupar la sangre del hombre.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Ghetto.*** Barrio judío situado a las márgenes del Tíber, Roma, que recuerda la destrucción del templo judío y degüello de sus antepasados. Hay distintos Ghettos o barrios judíos en muchas ciudades de Italia y de Bohemia.

(2) ***Thebaida.*** Parte meridional del antiguo Egipto, llamada también Alto Egipto, cuya capital era Tebas.

(3) ***Theleme,*** **(Abadía de).** Una de las más encantadoras creaciones de Rabelais. Palabra que designa un paraje donde todo es abundancia.

CAPÍTULO XV

EL GRAN ARCANO

El Gran Arcano, el arcano indecible, el arcano peligroso, el arcano incomprensible, puede ser formulado definitivamente así:

Es la divinidad en el hombre.

Arcano indecible, porque desde que se quiere decirlo, su expresión es una mentira, y la más monstruosa de las mentiras.

De hecho, el hombre no es Dios. Con todo, la más osada, la más oscura y al mismo tiempo la más espléndida de las religiones nos dice, adoremos al hombre-Dios.

A Jesucristo, ella lo declara verdadero hombre, hombre completo, hombre finito, hombre mortal como nosotros y al mismo tiempo completamente Dios, y la teología lo proclama a la comunicación de los idiomas, lo que es, la adoración a la carne. La eternidad afirmaba cuando se trata de aquello que muere, la imposibilidad de aquello que sufre, la inmensidad del que se transfigura, lo finito tomando la virtualidad de lo infinito, en fin, el Dios-hombre que ofrece a todos los hombres hacerlos Dios.

La serpiente tenía dicho, ***Eritis sicus dii.*** Jesucristo, pisando la cabeza de la serpiente bajo el pie de su madre, osa decir: ***¡Eritis not sicut, non sicut Deus, sed eritis Deus!.***

Seréis Dios, porque Dios es mi Padre, y mi Padre y yo somos uno y quiero que vos y yo seamos uno: ***ut omnes unum sint sicut ego et pater unum sumus.***

Envejecí y emblanquecí en los libros más desconocidos y más grandes del ocultismo; mis cabellos cayeron, mi barba creció como la de los sacerdotes del desierto; busqué y encontré la llave de los símbolos de Zoroastro; penetré en las criptas de Manés, sorprendí el secreto de Hermes, olvidando de robarme una punta del velo que esconde eternamente la gran obra; sé lo que es la Esfinge colosal que lentamente penetró en la arena contemplando las pirámides. Penetré en los enigmas de los brahamanes. Sé qué misterios enterraba consigo en la arena, durante doce años, Schimeon ben Jochai; las Clavículas perdidas de Salomón me aparecieron resplandecientes de luz y leí correctamente en los libros que el propio Mefistófeles no sabía traducir a Fausto. Pues bien, en ningún lugar, ni en la Persia, ni en la India, ni entre los palimpsestos ***(Pergaminos antiguos en los que se escribía por segunda vez borrando la escritura primitiva)*** del Antiguo Egipto, ni en los grimorios malditos sustraídos a las hogueras de la Edad Media, encontré un libro más profundo, más revelador, más luminoso en sus misterios, más maravilloso en sus revelaciones espléndidas, más cierto en sus profecías, más profundo escrutador de los abismos del hombre y de las tinieblas inmensas de Dios, mayor y más verdadero, más sencillo, más terrible y más dulce, que el Evangelio de Jesucristo.

¿Qué libro fue más leído, más admirado, más calumniado, más desfigurado, más glorificado, más atormentado y más ignorado que este?. Es como una miel en la boca de los sabios, como un veneno violento en las entrañas del mundo: la Revolución lo practica

queriendo combatirlo: Proudhon, se retuerce para vomitarlo; es invencible como la verdad e insecuestrable como la mentira. Decir que Dios es un hombre, ¡Que blasfemia, Oh!. ¡Israel, y vosotros cristianos, qué locura!. Decir que el hombre puede hacerse Dios, ¡Que paradoja abominable!. ¡A la cruz el profanador del arcano, al fuego los iniciadores, ***Christianos ad Leonem!.***

Los cristianos exterminarán los leones, y el mundo entero, conquistado por el martirio de las tinieblas del Gran Arcano, se halla a tientas, como Edipo, ante la solución del último problema, el del hombre-Dios.

El hombre-Dios es una verdad, exclamó entonces una voz, pero debe ser único en la tierra como en el cielo. El hombre-Dios, el infalible, el omnipotente, es el Papa; y por debajo de esta proclamación que fue escrita y repetida en todas las formas, podemos leer nombres entre los que figura Alejandro Borgia.

El hombre-Dios es el hombre libre, dice después la Reforma, cuyo grito que quisieran acallar en la boca de los protestantes terminó con el rugido de la Revolución. La gran palabra del enigma había sido pronunciada, pero se volvía un enigma aun más formidable. ¿Qué es la verdad?, habría dicho Pilatos, condenando a Jesucristo. ¿Qué es la libertad? dicen los Pilatos modernos, lavándose las manos en la sangre de las naciones.

Preguntad a los revolucionarios, desde Mirabeau hasta Garibaldi, lo que es la libertad y ellos nunca llegarán a entenderte.

Para Robespierre y Marat, es un hacha adaptada a un nivel; para Garibaldi, una camisa roja y un sable.

Para los ideólogos, es la declaración de los derechos del hombre, pero, ¿De qué hombre se trata?, el hombre de las galeras es suprimido porque la sociedad lo aprisiona.

¿Tiene derechos el hombre, simplemente porque es hombre, o sólo cuando es justo?.

La libertad para las multitudes profanas es la afirmación absoluta del derecho, el derecho que parece traer siempre consigo el constreñimiento y la servidumbre.

Si la libertad es solamente el derecho de hacer el bien, ella se confunde con el deber y no se distingue de la virtud.

Todo lo que el mundo vio y experimentó hasta hoy no nos da la solución del problema establecido por la magia y por el evangelio: el Gran Arcano del hombre-Dios.

El hombre-Dios no tiene derechos ni deberes, tiene la ciencia, la voluntad y el poder.

Es más que libre, es señor, no manda, hace hacer, no obedece, porque ninguno le puede ordenar alguna cosa. Lo que otros llamaban el deber, él lo denomina su placer, hace el bien porque lo quiere y no podría querer otra cosa, coopera libremente a toda justicia, y el sacrificio es para él el lujo de la vida moral y la magnificencia del corazón. Es implacable para el mal, porque no tiene odio al malvado. Considera como un beneficio el castigo reparador y no comprende la venganza.

Tal es el hombre que supo llegar al punto central del equilibrio, y podemos, sin blasfemar y sin hacer locuras, llamarlo hombre-Dios, porque su alma se identificó con el principio eterno de la verdad y la justicia.

La libertad del hombre perfecto es la propia ley divina; ella posa encima de todas las leyes humanas y de todas las obligaciones convencionales de los cultos. La ley es hecha para el hombre, decía Cristo, y no el hombre para la ley. El hijo del hombre es el señor del

sábado; esto es, que la prescripción de observar el sábado bajo pena de muerte, impuesta por Moisés, sólo obliga al hombre en cuanto a éste puede serle útil, porque el hombre es, en definitiva, el soberano señor. Todo me es permitido decía San Pablo, mas todo no es conveniente, lo que quiere decir, que tenemos el derecho de hacer todo lo que no perjudica a nosotros ni a otros, y que nuestra libertad sólo es limitada por las advertencias de nuestras conciencias y de nuestra razón.

El hombre sabio nunca tiene escrúpulos, obra razonablemente y sólo hace lo que quiere; y es así como, en su esfera, todo lo puede y es impecable. ***Qui natus est ex Deo non peccat,*** dice S. Pablo, porque sus errores siendo involuntarios no le pueden ser imputados.

Es para llegar a esta soberana independencia que el alma debe adelantarse a través de las dificultades del progreso. Este es el verdadero y Gran Arcano del ocultismo, pues es así que se realiza la promesa misteriosa de la serpiente: "seréis como dioses conociendo el bien y el mal".

Así, la serpiente edénica se transfigura en la serpiente de bronce curadora de todas las heridas de la humanidad. El mismo Jesucristo fue comparado por los padres de la Iglesia a esta serpiente porque, dicen ellos, tomó la forma del pecado para mudar la abundancia de iniquidad en superabundancia de justicia.

Hablamos aquí sin rodeos y mostramos la verdad sin velos y, con todo, no tememos que se nos acuse en razón de ser un revelador temerario. Aquellos que no deban comprender estas páginas no las comprenderán, porque para los ojos muy débiles la verdad que mostramos forma un velo con su luz, y se oculta tras el brillo de su propio esplendor.

CAPÍTULO XVI

LA AGONIA DE SALOMON

La fe es un poder de la juventud y la duda un síntoma de la decrepitud.

El joven que no cree en nada, se asemeja a un aborto que tuviese arrugas y cabellos blancos.

Cuando el espíritu enflaquece, cuando el corazón se apaga, se duda de la verdad y del amor. Cuando los ojos se perturban, se juzga que el sol no brilla más, se llega hasta dudar de la vida y se siente, de antemano, la aproximación de la muerte.

Ved los niños, ¡Qué irradiación en sus ojos, qué inmensa creencia en la luz, en la felicidad, en la infalibilidad de su madre en los dogmas de su ama!. ¡Qué mitología de invenciones!. ¡Qué alma atribuyen a los juguetes y muñecas!. ¡Qué paraísos en sus miradas!. ¡Oh, los ángeles bien amados!. Los ojos de los infantes son los espejos de Dios en la tierra. El joven cree en el amor, es la edad del cántico de los cánticos. El hombre maduro cree en las riquezas, en los triunfos y a veces hasta en la sabiduría. Salomón llegaba a la edad madura cuando escribió su libro de los proverbios.

Después, el hombre cesa de ser amable y proclama la vanidad del amor, se extenúa y no cree más que en los goces que dan las riquezas; los yerros y los abusos de la gloria y hasta los triunfos le disgustan. Su entusiasmo se extingue, su generosidad se gasta, se vuelve egoísta y desconfiado, y entonces duda de la ciencia y de la sabiduría. Es entonces cuando Salomón escribe su triste libro del Eclesiastés.

¿Qué resta entonces al bello joven que escribía: "Mi bien amada es única entre las bellas, el amor es más invencible que la muerte, y aquel que diese toda su fortuna y toda su vida por un poco de amor, aun lo tendría comprado por nada..."?. ¡Oh!, leed ahora esto en el Eclesiastés:

"Encontré un hombre entre mil y entre todas las mujeres, ninguna. Consideré todos los errores de los hombres y hallé que la mujer es más amarga que la muerte. Sus encantos son los lazos del cazador y sus lánguidos brazos son cadenas". ¡Salomón: envejeciste!.

Este príncipe había superado en magnificencia a todos los monarcas de Oriente; había construido el templo que era una maravilla del mundo y que debía, conforme con el sueño de los judíos, tornarse en un centro de la civilización asiática. Sus navíos se cruzaban con los de Hiram, rey de Tiro. Las riquezas de todos los pueblos afluían a Jerusalén. Pasaba por el más sabio de los hombres y era el más poderoso de los reyes. Había sido iniciado en la ciencia de los santuarios y la había resumido en una vasta enciclopedia. Era aliado, por muchos casamientos, a todas las potencias de Oriente. Se juzgó entonces señor absoluto del mundo y pensó que era tiempo de realizar la síntesis de todos los cultos. Quiso agrupar alrededor del centro inaccesible en que adoraban la abstracta unidad de Jehovah, las encarnaciones brillantes de la divinidad en los números y en las formas. Quería que la Judea no fuese más inaccesible a las artes y que estuviese permitido al cincel del escultor crear dioses.

El templo de Jehovah era único como el sol, y Salomón quiso completar su universo, dando a este sol una corte de planetas y satélites. Para ello, hizo construir templos en las montañas que rodeaban Jerusalén. Dios, manifestado en los fenómenos del tiempo, fue adorado bajo el nombre de Saturno o de Moloch. [(1)]. Salomón conservó todo el simbolismo de esta gran imagen y solamente suprimió los sacrificios de niños y otras víctimas humanas; inauguró alrededor del altar de Venus o de Astarté [(2)] las fiestas de la belleza, de la juventud y del amor, esta triple sonrisa de Dios que anima y consuela la tierra.

Si hubiese tenido éxito, la gloria y el poder de Jerusalén habrían hecho abortar los de Roma y el cristianismo jamás habría aparecido. Salomón convertíase en el Mesías prometido a los hebreos. Pero el fanatismo rabínico se alarmó. Los viejos sabios que rodeaban al hijo de Bethsabé fueron juzgados de apostasía. Los jóvenes escribas y la turba amotinada de los levitas llegaron a engañar a la juventud de Roboán, hijo de Salomón, y el viejo rey comprendió un día, con terror, que su heredero no continuaría su obra. La duda entró en su corazón, y con ella, una profunda desesperación. Fue entonces que escribió: “Hice trabajos inmensos y voy a dejar todo a un heredero que será tal vez un insensato. Todo es vanidad debajo del sol y todo parece girar en un círculo fatal; el justo en este mundo no es más feliz que el impío, y es una presunción entregarse al estudio, porque aumentado su ciencia se aumentan los disgustos. El hombre muere como el animal y nadie sabe si el espíritu de los hombres alcanza lo alto o si el de los animales rueda para abajo. El hombre muy sabio cae en estupor y ninguno sabe si es digno de amor o de odio. Vivamos, pues en el presente y esperemos que Dios nos juzgue.” Y pensando amargamente en su hijo dice: “Desdichada la nación cuyo príncipe apenas es un niño”: Estas tristezas infinitas de una gran alma aislada en la cima del poder y que recuerdan las lamentaciones de Job y el clamor de Jesús en el Calvario: ***Eli, Eli, Lamma Sabachtani.***

Salomón percibía que en lugar de haber creado la unidad del mundo con Jerusalén como centro, su propio reino iba a despedazarse violentamente. El pueblo se agitaba y quería reformas que de mucho tiempo se le habían prometido; el templo estaba terminado y los impuestos excepcionales, que tenían por objeto o por pretexto la construcción del templo, no habían sido disminuidos.

Un agitador, llamado Jeroboán, formaba un partido en las provincias. Roboán, convertido instrumento ciego de los pretendidos conservadores, lanzaba al fuego casi públicamente los libros filosóficos de su padre, los que no fueron encontrados después de la muerte de Salomón, y el viejo señor de los espíritus, abandonado por todos los que amaba, se asemejaba al rey Thule de la balada alemana que llora en silencio en su copa y bebe un vino mezclado con lágrimas. Es entonces que maldice la alegría, diciendo: ¿Por qué me engañaste?. Y escribe: “Es mejor ir a casa de las lágrimas que a casa de las risas”. ¿Pero por qué?. No lo dice. Más tarde, una sabiduría mayor que la suya, venida para enjugar todas las lágrimas, debía exclamar: “Felices los que lloran, porque ellos reirán un día”. Así es la risa y la felicidad que Jesús vino a prometer a los hombres. San Pablo, su apóstol, escribía a sus discípulos: “estad siempre en alegría”, ***Semper gaudite.***

El sabio llora cuando es feliz y sonríe con bravura cuando sufre. Los antiguos padres de la Iglesia combatían un octavo pecado mortal, que lo llamaban la tristeza.

Dicen que Salomón conocía la virtud secreta de las piedras y las propiedades de las plantas, pero hay un secreto que ignoraba, puesto que escribió el Eclesiastés. Desconocía el secreto de la felicidad y de la vida; ese secreto repele al abatimiento, eternizando la

felicidad y la esperanza: **¡EL SECRETO DE NO ENVEJECER!.**

¿Existe un secreto semejante?. ¿Existen hombres que jamás envejecen?. ¿Es una realidad el elixir de Flamel?. ¿Y debemos creer, como dicen los amigos apasionados de las maravillas, que el célebre alquimista de la Calle de los Escritores eludió la muerte y que, bajo otro nombre, vive aún con su mujer Pernella en la rica soledad del nuevo mundo?.

No, no creemos en la inmortalidad del hombre en la tierra. Pero sí creemos y sabemos que el hombre puede preservarse de envejecer.

Se puede morir, cuando se vivió un siglo o casi un siglo; entonces es tiempo de que el alma abandone su vestido, que ya no está de moda; es tiempo no de morir, ya dijimos que no creemos en la muerte, más sí de aspirar a un segundo nacimiento y de comenzar vida nueva.

Hasta el momento del último suspiro se pueden conservar las alegrías ingenuas de la infancia, los éxtasis poéticos del joven, los entusiasmos de la edad madura. Hasta el fin, es posible embriagarse de flores, de belleza y de sonrisas, recobrar incesantemente lo que pasó y encontrar lo que se perdió. Se puede hallar una eternidad real en el bello sueño de la vida.

¿Qué es preciso hacer para ello?. Leed con atención y meditad, seriamente, en lo que os voy a decir:

Hay que olvidarse de sí mismo y vivir únicamente para los otros.

Cuando Jesús dijo: Si alguien quiere venir conmigo que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga, no pretendió él que fuesen a enterrarse en un claustro o en un desierto; él, que siempre vivió entre los hombres, abrazando y bendiciendo a los niños, levantando a las mujeres caídas, de las que no despreciaba ni las caricias menos las lágrimas, comiendo y bebiendo con los ***parias*** del fariseísmo, y dando hasta ocasión de que dijeran: este hombre es un glotón y un bebedor de vino, amando tiernamente a San Juan y a la familia de Lázaro, soportando a San Pedro, curando a los dolientes y alimentando a las multitudes, cuyos recursos multiplicaba por los milagros de la caridad. ¿En qué se asemeja esta vida a la de un trapense o de un estilista como la del autor de un tratado célebre que preconiza el aislamiento y la concentración sólo en sí, y que tuvo la osadía de llamar ***Imitación de Cristo***?.

Vivir en los otros, con los otros y para los otros, es el secreto de la caridad y el de la vida eterna. También es el secreto de la eterna juventud. Si no os volvéis semejantes a los niños, decía el Maestro, no entraréis en el reino de los cielos.

Amar es vivir en aquellos que se ama, es pensar sus pensamientos, adivinar sus deseos, participar de sus afectos; cuanto más ama la gente, más aumenta la propia vida. El hombre que ama ya no está solo y su existencia se multiplica, familia, patria, humanidad. Balbucea y salta con los infantes, se apasiona con la juventud, razona con la edad madura y extiende la mano a la vejez.

Salomón no amaba más cuando escribió el Eclesiastés y había caído en la ceguera del espíritu por la decrepitud del corazón. Su libro es la agonía de un espíritu sublime que va a apagarse por faltarle el alimento del amor. Es triste como el genio solidario de Chateaubriand, como las poesías del siglo XIX. Sin embargo, el siglo produjo, por ejemplo, a Víctor Hugo, prueba viva de lo que acabo de afirmar. Este hombre, egoísta al principio, fue viejo en su juventud, y después, cuando sus cabellos encanecieron, comprendió el amor y se rejuveneció. ¡Cómo adora Víctor Hugo a los niños!. ¡Cómo respira todas las savias y todas las divinas locuras de la juventud!. ¡Qué gran panteísmo de amor en sus últimas

poesías!. ¡Cómo comprende la risa y las lágrimas!. Tiene la fe universal de Goethe y la inmensidad filosófica de Spinosa. Es Rabelais y Shakespeare. ¡Víctor Hugo: sois un gran mago sin saberlo y encontraste, como no lo logró el pobre Salomón, el arcano de la vida eterna!.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Moloch.*** Príncipe del país de las lágrimas, adorado por los moabitas y los ammonitas. Su estatua de bronce tenía los brazos abiertos para recibir las víctimas humanas, y según Mitol, sacrificábansele niños y el principio de la generación. Moloch, en su origen, es lo mismo que un rey soberano y significa lo mismo que Baal, Melcon, etc.

(2) ***Astarté.*** Mitología. Diosa fenicia que traía su origen de la Siria Astoret, adorada en la Judea y Egipto. Donde más se destacó su culto fue en las islas de Chipre y Citerea. Se la honraba como diosa de la fecundidad.

CAPÍTULO XVII

EL MAGNETISMO DEL BIEN

Se dice y repite hasta el cansancio, que las personas de bien son infelices en este mundo, mientras que los malos prosperan y son dichosos. Esto es una estúpida y abominable mentira.

Esta mentira proviene del error vulgar que confunde la riqueza con la felicidad; como si pudiésemos decir, sin estar locos, que Tiberio, Calígula, Nerón, Vitelio fueron felices. Eran ricos, y además de eso eran señores del mundo, y no obstante sus corazones carecían de descanso, sus noches, de sueño y sus conciencias estaban azotadas por las furias.

¿Acaso un cerdo se volvería un hombre si le sirviesen trufas en un balde de oro?.

La felicidad está en nosotros y no en nuestros platos; Malfilatre, muriendo de hambre, habría merecido su destino.

¿Cuál de los dos es más feliz, Sócrates o Trimalción? (este personaje de Pretruvio es la caricatura de Claudio). Trimalción habría muerto de indigestión si no lo hubiesen envenenado.

Hay personas de bien que sufren la pobreza y hasta la miseria, no discuto, pero generalmente es por su culpa y también, muchas veces, es la pobreza la que conserva su honestidad. La riqueza posiblemente las corrompería y perdería. No debemos considerar como verdaderos hombres de bien a aquellos que pertenecen a la multitud de los tontos, de mediocre valor y voluntad nula, aquellos que obedecen las leyes por temor o flaqueza, los devotos que tienen miedo al diablo y los pobres diablos que sienten miedo de Dios. Todas estas personas son los animales de la estulta multitud y no saben aprovechar ni del oro ni de la riqueza, menos de la miseria; ¿Pero podremos ofender seriamente al sabio, al verdadero sabio que cuando se le hace mal es siempre por envidia?. Más, varios lectores van a decirme con despecho; nos prometisteis magia y tratáis aquí de moral. Tenemos suficiente filosofía, habladnos ahora de las ciencias ocultas. - Sea, vosotros que leísteis mis libros sabéis lo que significan las dos serpientes del caduceo, son las dos corrientes contrarias del magnetismo universal. La serpiente de luz creadora y conservadora y la serpiente de fuego eterno que devora para regenerar.

Los buenos son imantados, vivificados y conservados por la luz imperecedera, los malos, quemados por el fuego eterno.

Hay comunión magnética y simpática entre los hijos de la luz, todos se bañan en la misma fuente de vida; son todos felices por la felicidad de unos y otros.

El magnetismo positivo es una fuerza que reúne, y el magnetismo negativo, una fuerza que dispersa.

La luz atrae la vida, y el fuego trae consigo la destrucción.

El magnetismo blanco es simpatía, y el magnetismo negro, la aversión.

Los buenos se aman entre sí, y los malos se odian mutuamente, porque se conocen.

El magnetismo de los buenos les trae todo lo que es bueno, y cuando no les trae las riquezas es porque ellas le estarían demás.

¿No abrazaban los héroes de la antigua filosofía y del cristianismo primitivo la santa pobreza, como una severa guardiana del trabajo y la temperancia?.

¿Entonces no son pobres las personas de bien?. ¿No tienen siempre cosas magníficas que dar?. Ser rico es dar, es acumular, y la fortuna eterna se forma únicamente de lo que damos.

Existe realmente una atmósfera de bien como una atmósfera de mal. En la una respiramos la vida eterna y en la otra la muerte eterna.

El círculo simbólico que forma la buena serpiente que muerde de su propia cola, el pleroma de los gnósticos, el nimbo de los santos de la leyenda áurea, es el magnetismo del bien.

Toda cabeza santa irradia y las irradiaciones de los santos se entrelazan unas con otras para formar cadenas de amor.

Los rayos de gracia se sujetan a los rayos de gloria; las certezas del cielo fecundan los buenos deseos de la tierra. Los justos que murieron no nos dejaron, viven en nosotros y por nosotros inspiran sus pensamientos y se regocijan de nosotros. Vivimos en el cielo con ellos y luchan con nosotros en la tierra, pero repetimos nuevamente, el cielo simbólico, el cielo que las religiones prometen al justo no es un bien, es un estado de las almas; el cielo es la generosa armonía eterna, y el irremediable infierno, el conflicto inevitable de los instintos viles.

Mahoma [(1)], siguiendo los hábitos orientales, presentaba a sus discípulos una alegoría que tomaron por cuento absurdo, como lo hace Voltaire con las palabras de la Biblia.

Existe, decía él, un árbol llamado Tuba, tan vasto y tan frondoso, que un caballo, suelto al galope y partiendo de su pie, galoparía cien años antes de salir de su sombra. El tronco de este árbol es de oro, sus ramas traen por hojas talismanes hechos de piedras maravillosas que dejan caer, desde que se las toca, todo lo que los verdaderos creyentes puedan desear, sean deliciosos manjares o espléndidos vestuarios. Es invisible para los impíos, más introduce una de sus ramas en casa de todos los justos y cada rama tiene la propiedad del árbol entero. Este árbol alegórico es el magnetismo del bien. Es lo que los cristianos llaman la gracia. Lo que el simbolismo del Génesis designa con el nombre de árbol de la vida. Mahoma había adivinado los secretos de la ciencia y habla como un iniciado, cuando cuenta las bellezas y las maravillas del árbol de oro, el gigantesco Tuba.

No es bueno que el hombre esté solo, dice la sabiduría eterna, y ello expresa una ley. El hombre nunca está solo, sea en el bien, sea en el mal. Su existencia y sus sensaciones son al mismo tiempo individuales y colectivas.

Todo lo que los hombres de genio encuentran o atraen de la luz, irradia para la humanidad entera. Todo lo que los justos hacen de bien, aprovecha al mismo tiempo a todos los justos y merece gracias de arrepentimiento de los malos. El corazón de la humanidad tiene fibras en todos los corazones.

Todo lo que es verdad, es bello. Solo hay de vano bajo el sol el error y la mentira. El propio dolor y la muerte son bellos, porque son el trabajo que purifica y la transfiguración que liberta. Las formas pasajeras son verdaderas, porque son manifestaciones de la fuerza y de la belleza eterna. El amor es verdadero, la mujer es santa y su concepción es inmaculada.

La verdadera ciencia nunca engaña, la fe razonable no es una ilusión. La risa de alegría simpática es un acto de fe, de esperanza y de caridad. Temer a Dios es desconocerlo, sólo debemos temer el error. El hombre puede todo lo que quiere, cuando sólo quiere la justicia. Puede, si lo quiere, hasta precipitarse en la injusticia, pero en ella se destruirá. Dios se revela al hombre en el hombre y por el hombre. Su verdadero culto es la caridad. Los dogmas y los ritos mudan y se suceden, la caridad no muda y su poder es eterno.

Hay apenas un único y verdadero poder en la tierra como en el cielo: es el del bien. Los justos son los únicos señores del mundo. El mundo tiene convulsiones cuando ellos sufren y se transforma cuando mueren. La opresión de la justicia es una comprensión de una fuerza mucho más terrible que la de las materias fulminantes. No son los pueblos los que hacen las revoluciones, son los reyes. La persona justa es inviolable; ¡Infeliz de quien la toca!. Los césares quedarán en cenizas, quemados por la sangre de los mártires. Lo que un justo quiere, Dios lo aprueba. Lo que un justo escribe, Dios lo afirma y es un testamento eterno.

La clave del enigma de la Esfinge es Dios en el hombre y en la Naturaleza. Los que separan el bien de Dios lo separan de la Naturaleza, porque la Naturaleza está llena de Dios y repele con horror al ateísmo. Los que separan al hombre de la Naturaleza son como los hijos que para honrar a su padre le cortasen la cabeza. Dios es, por decirlo así, la cabeza de la Naturaleza; sin él, ella no existiría, sin ella, él no se manifestaría.

Dios es nuestro padre y la Naturaleza es nuestra madre. Honra a tu padre y a tu madre dice el Decálogo, a fin de que vivas largamente en la tierra. ***Emmanuel,*** Dios está con nosotros, tal es la palabra sagrada de los iniciados conocidos solamente con el nombre de hermanos de la Rosa Cruz. [(2)] Es en este sentido que Jesucristo pudo, sin blasfemar, llamarse hijo de Dios y el propio Dios, y querer que no hagamos más que uno con él, como él no hace más que uno con su padre, y es así como la humanidad regenerada realiza en este mundo el Gran Arcano del hombre-Dios.

Amemos a Dios los unos en los otros, porque Dios jamás se mostrará de otra manera en nosotros. Todo lo que en nosotros es amable es Dios que está en nosotros, y sólo podemos amar a Dios, ya que es siempre a Dios que la gente ama cuando sabe amar de verdad.

Dios es luz y no gusta de las tinieblas. Si queremos pues, sentir a Dios en nosotros, esclarezcamos nuestras almas. El árbol de la ciencia no es un árbol de muerte sino para Satán y sus apóstoles, es el manzanillero de ***las supersticiones, pero para nosotros, es el árbol de la vida.***

Extendamos las manos y tomemos los frutos de este árbol, ellos nos curarán de las aprehenciones de la muerte.

Así no diremos más, como estúpidos esclavos: esto es bien, porque nos lo ordenan, prometiéndonos una recompensa; y esto es mal, porque nos lo prohiben, amenazándonos con suplicio.

Diremos entonces: hacemos esto, porque sabemos que es bueno, y no hacemos aquello otro, porque sabemos que es malo.

Y así será realizada la promesa de la serpiente simbólica:

Seréis como Dioses, conociendo el bien y el mal.

NOTAS DEL TRADUCTOR

(1) ***Mahoma.*** Fundador de la religión musulmana. Nació en la Meca en el 571, y a los 40 años comenzó a predicar el Islamismo, inspirándose en las tradiciones judaicas y cristianas. Tuvo que huir de la Meca en el año 622, fecha que señala el principio de la era musulmana. Sometió la Meca en el año 630 y la hizo ciudad santa. Una tarde dijo a su mujer que ya había llegado la ocasión de revelarle el secreto de la misión que el ángel San Gabriel le había encomendado, apareciéndosele muy brillante y llamándole "apóstol de Dios".

El gusto de los orientales por las cosas extraordinarias hicieron que bien pronto las palabras de Mahoma fueran recibidas por todos como verdades. Desde entonces, juntó Mahoma a sus discípulos, organizó un ejército e inspiró a todos, diciéndoles: "Fieles creyentes, Dios os manda desenvainar la espada contra el incrédulo y el infiel. Volad al combate contra ellos, herid, exterminad a todos cuantos se atrevan a resistir a la verdad de vuestra santa religión. Dios guiará vuestros golpes y su brazo terrible extinguirá a vuestros enemigos". Según él, el cielo estaba cerrado a los cobardes y a los corazones indecisos, y así arraigó en el alma de sus discípulos los transportes de ese celo devorador y fanático que les hizo arrostrar impávidos todos los peligros.

(2) ***Rosa Cruz.*** De los muchos griegos que durante siglos acudieron a Egipto en busca de nuevos conocimientos, algunos fueron iniciados en la Fraternidad Rosa Cruz, entre los que se cuenta a Solón, el insigne legislador ateniense, a los filósofos Anaximandro y Pitágoras, cuya escuela era copia de la de Egipto.

Se lee en el ***Apocalipsis Hermético,*** o libro de los Rosacruces: "Se asegura que de la Fraternidad Rosa Cruz se destacaron con fines de apostolado y propaganda, dos ramas, una de las cuales se estableció en Palestina con la denominación de ***Esenios*** y la otra en Grecia, con la de ***Terapeutas***. El advenimiento del cristianismo dio nuevo empuje a la que ya tenía todos los caracteres distintivos de las ***órdenes,*** y cuando el movimiento Rosa Cruz llegó a Francia, en el siglo IX, influyó poderosamente en el establecimiento de la escuela de Carlomagno, quien favoreció la fundación de una Logia Rosa Cruz en un monasterio cercano a la antigua Tolosa. Cuando los terrores del año 1000, la Logia de Tolosa fundó en Nimes un monasterio Rosa Cruz, que fue más tarde núcleo del colegio tan floreciente desde el siglo XII a mediados del siglo XV, y que revivió en 1882 en Montpellier. Desde 1187 residió en Tolosa el Colegio Supremo de la Orden de Francia, aunque continuaba en Egipto la Sede Central. Se difundió la Orden por Alemania, donde se estableció en Worms una Logia; más tarde, trasladada a Leipzing, fue la gran Logia Alemana. La mayor parte de los historiadores profanos atribuyen su fundación a un personaje llamado ***Christian Rosenkreuz;*** pero no hubo tal, sino que por una ley secreta, en cada nación había de tener la Orden un ciclo de 108 años de actividad y otros 108 de reposo, sin que durante estos últimos diese señal de ***actividad externa.*** El tercer renacimiento de la Orden en Alemania coincidió con la Reforma, y fue anunciado por público pregón en que se participaba simbólicamente el descubrimiento de una tumba en que se había encontrado el cuerpo de un

gran maestro llamado C. R. C., cuyas iniciales se tradujeron por ***Christian Rosenkreuz,*** sin que jamás haya existido este imaginario personaje"...

Las enseñanzas de los Rosacruces constituyen una moral elevadísima y un conocimiento profundo de la Naturaleza y del Hombre Interno. No sólo predican el bien, sino que lo practican constantemente, son, en fin, unos perfectos cristianos. Estudian con fervor la Cábala, practican la Astrología y meditan los inefables paradigmas de la Alquimia Espiritual. (De ***El Apocalipsis Hermético,*** por el filaleta Juan Bautista Duchamps).

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

APÉNDICE



CREDO FILOSÓFICO

De Eliphas Levi

Creo en lo desconocido que Dios personifica,
Probado por el propio ser y por la inmensidad.
Ideal sobrehumano de la filosofía,
Perfecta inteligencia y suprema bondad.
Creo en el infinito que el finito proclama;
Creo en la razón que no se debilita;
¡Creo en la esperanza y he adivinado el alma,
Sentando que el amor desprecia la muerte!.

Creo que el ideal para nosotros se realiza
En los hombres con amor, espíritu y bondad.
Justos de todos los tiempos, vos sois mi Iglesia;
¡Y mi dogma tiene por ley la universalidad!.

Creo que el dolor es un esfuerzo para nacer,
Que el mal es para nosotros la sombra o el error del bien;
Que el hombre trabajando debe conquistar su ser,
Que el bien es el amor y que Satán no es nada.

Creo que la misma esperanza vive bajo todos los símbolos,
Que el mundo tiene por ley la solidaridad;
Yo derroco el altar de todos los ídolos,
Pronunciando dos palabras: justicia y verdad.

Creo que por el derecho el deber se mide,
Que el más fuerte debe más y el débil menos;
Que tener miedo del verdadero Dios, es injuriarle.
Ya que necesita unir nuestros esfuerzos a los suyos.

Creo que por el derecho el deber se mide,
Del que jamás nuestro error abusa impunemente;
El mal hace al pensamiento activo y vigilante,
Pero él es el remedio y no el castigo.

Creo que de la muerte desgarrando los velos,
Volveremos todos al hogar paterno;
La ignorancia y el error sombras son de las estrellas
¡De las que el bien radiante es el centro eterno!.

LA MORAL – LOS AXIOMAS

Saber ***sufrir,*** saber ***abstenerse*** y saber ***morir,*** son las tres reglas principales del mago.

Aprender a sufrir, aprender a morir es la gimnasia de la eternidad, es el noviciado inmortal.

La Magia y el Esoterismo no son ***ocultos*** más que para los ambiciosos e ignorantes

LAS CIENCIAS OCULTAS

Hay hombres que como la luz los irrita y fatiga vuelven su espalda al sol, mirando siempre a su sombra.

Se creen cristianos pero adoran al diablo, otorgándolo los atributos de Dios.

Se llaman filósofos, mas adoran la nada y la anarquía, poniéndolas en lugar del ser eterno y del orden inmutable que preside la jerarquía de los seres.

La afirmación temeraria y la negación absurda tienen también sus fanáticos, estos son los búhos de la inteligencia.

Los que sólo ven en la noche de sus pasiones al clarear el día quedan ciegos.

Jamás esos hombres comprenderán nada de la filosofía oculta.

Para ellos solamente es oculta;

Oculta como el sol para los búhos;

Oculta como el buen sentido para los fanáticos;

Oculta como la razón para los insensatos.

Pues es la filosofía de la luz; es la filosofía del buen sentido; es la filosofía exacta como los números, rigurosa como las proporciones de la geometría, regulada y ordenada como la naturaleza, evidente como el ser, infalible como las matemáticas eternas.

¡Ciego el que no lo vea, pero más ciego aún quien pretenda verlo en la noche!.

El temerario que ose mirar al sol sin pantalla queda ciego y entonces para él el sol es negro.

Nunca el estúpido vulgar comprenderá la alta ciencia de los magos. Orfeo canta y los monos hacen muecas y gestos, esperando que el poeta elogie su cola. La gloria que se pide a la muchedumbre es ambrosía bien amarga, pues contiene mucha hiel y poca miel. Además, las palmas inmortales tardan en crecer y suelen no dar sombra más que a los féretros.

Los verdaderos grandes hombres son poco ávidos de escuchar su gloria, saben que si el trueno ahorra el laurel, éste estará por especie de complicidad entre azotes y azahares; la corona de laurel es con frecuencia corona de vértigos. La savia del laurel contiene el más sutil de los venenos.

Es necesario atreverse para ocuparse seriamente de esta filosofía oculta, tratada con tanto desprecio por aquellos que la niegan, y con tanto odio por los que la atribuyen al demonio. Es preciso tener osadía, para mandar a los fantasmas de la imaginación y las inquietudes del espíritu; es necesario ser audaz para pensar de diferente modo que el vulgo, para oponer el inmutable y buen sentido de los sabios a las divagaciones siempre variables de la multitud. Dios ha puesto a nuestra disposición la paz y la dicha, pero es preciso atreverse a extender las manos hasta esos frutos del árbol de la vida, prohibidos por tantas quimeras, y no temer robarlos, porque una vez cogidos la naturaleza nos los donará. Recordemos que el cielo soporta violencia y quiere ser tomado por asalto.

Si el infierno fuera el patrimonio de la inteligencia valerosa que lucha en nombre de

la razón y si el cielo estuviera reservado a la estúpida temeridad que obedece al misterio, las gentes de honor y de corazón deberían ir todas al infierno, y este sería entonces el cielo.

AMOR, he aquí el gran secreto de la Magia, pero hay que saber distinguir entre el amor que inmortaliza y el amor que mata.

Escribimos para los hombres sin prejuicios.

Saber es ser. Dudar es ignorar. Pues bien, lo que dudamos o ignoramos no existe aún para nosotros.

Tales son las consecuencias del dogma filosófico de Hermes y tal es la filosofía de los Rosa Cruz, herederos de todos los sabios de la antigüedad.

FINIS CORONAT OPUS